Los Hollister



LOS FELICES HOLLISTER

1



JERRY WEST

Los Hollister son una familia divertida y aparentemente normal que siempre acaban topándose con extraños misterios y viviendo emocionantes aventuras. El intrépido Pete, la inteligente Pam, el travieso Ricky, la revoltosa Holly y la pequeña Sue son los cinco hijos del matrimonio Hollister, que jamás desaprovechan la oportunidad de resolver juntos los más oscuros enigmas.





Jerry West

Los felices Hollister

Los Hollister - 1

ePub r1.4

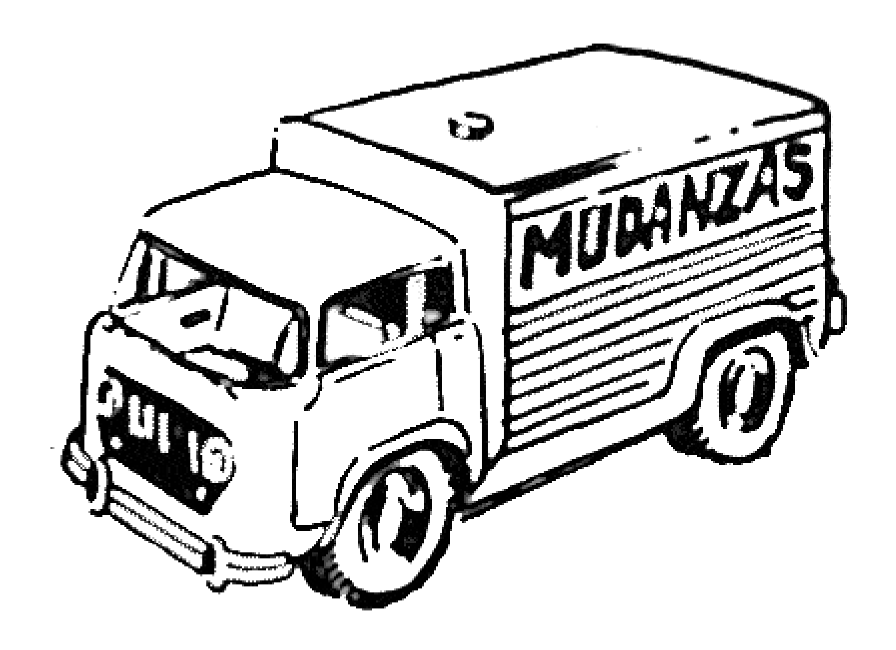
nalasss 01.11.14

Título original: *The Happy Hollisters*
Jerry West, 1953
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2



DÍA DE MUDANZA



Holly Hollister estaba sentada en las escaleras fronteras de su casa, mirando a la calle. Cuanto más fijamente miraba, con más rapidez se retorcía una de sus trencitas.

«¿No llegará nunca ese furgón de mudanzas?», se preguntaba impaciente la niña.

Aquél era un gran día para la familia Hollister. Se trasladaban a otra ciudad y a una nueva casa.

De repente, desde el otro lado de la casa apareció un muchachito que llegaba corriendo. Tenía los cabellos rojizos y la nariz respingona y llena de pecas.

—¿Todavía no han venido, Holly? —preguntó el niño.

—No, Ricky, pero supongo que no tardarán.

—Yo también lo supongo. ¡Me gustaría ir en ese furgón!

Ricky era alto, para sus ocho años. Sus largas piernas parecían

llevarle inmediatamente en todas direcciones. Sus ojitos azules brillaban siempre y, en cualquier momento, resplandecía su amplia y amable sonrisa. Holly se parecía mucho a su hermano, con la diferencia de que tenía el cabello oscuro y los ojos castaños. Cuando reía, cerraba casi por completo los ojos.

De un salto, los dos hermanos bajaron a la acera.

—Tú miras por una parte y yo miraré por la otra —propuso Holly.

De pronto Ricky exclamó a gritos:

—¡Ya los veo!

Un furgón enorme y otro más pequeño se detuvieron al final de la calle. Del más grande salió un hombre que se acercó a comprobar el número de una casa, pero quedó inmóvil al ver a los niños que corrían hacia él.

—¿Busca usted a los felices Hollister? —preguntó nerviosamente Holly.

—Busco la casa de los Hollister —repuso el hombre, sonriendo —. ¿Sois felices porque os mudáis?

—Claro que sí —aseguró Holly.

—Aquí todos nos llaman los felices Hollister —explicó Ricky. Y alargando una mano para señalar, añadió—: Nuestra casa está allí.

—Muy bien. Pues id para casa que nosotros os seguiremos —dijo el hombre, subiendo al asiento del furgón grande.

—Sería mejor que montásemos con usted —sugirió Ricky, esperanzado.

El conductor miró a su ayudante, haciéndole un guiño, y luego se volvió a Holly y a Ricky.

—Muy bien —dijo—. ¡Arriba!

—¡Gracias, señor Mudanzas! —dijo Holly.

—No me llamo más que George —aclaró el hombre, riendo a carcajadas.



Ricky ayudó a Holly a subir el alto estribo, hasta el asiento, y después él mismo saltó dentro. Zumbó el motor y el furgón emprendió la marcha, a lo largo de la calle, seguido por el otro vehículo más pequeño. Muy pronto se encontraron ante la fachada de la casa de los Hollister.

—¿Puedo tocar la bocina? —preguntó el pecosillo Ricky.

Cuando George le contestó que sí, el niño tocó dos veces. Y, mientras lo hacía, otros dos niños salieron corriendo por la puerta frontera. Uno era un muchacho de unos doce años, con chispeantes ojos azules y el cabello castaño, cortado a cepillo. La niña tenía el cabello oscuro y rizado y los ojos castaños. Tenía diez años y era muy inteligente.

—¿Son también felices Hollister? —preguntó George.

Ricky movió la cabeza, indicando que sí, y explicó luego:

—Son Pete y Pam, nuestros hermanos.

—Aún tenemos otra hermanita pequeña —comunicó Holly—. Se llama Sue y tiene cuatro años. Siempre está metiéndose en líos.

—Cinco felices Hollister —bromeó George.

—Siete —le corrigió Holly—. Papá y mamá también son felices.

Para entonces, los dos furgones se habían arrimado ya a la acera y los conductores abrieron las grandes puertas traseras.

—Yo quiero ayudarles —se ofreció Ricky.

—Buena idea —dijo George—. Podéis encargaros de traer los juguetes hasta aquí. He visto que los tenéis en el porche. Los meteremos en el segundo furgón, con las cosas pequeñas.

Mientras los hombres sacaban las pesadas piezas del mobiliario, cubriéndolas cuidadosamente con mantas, para evitar que se arañasen, los niños transportaron hasta el furgón pequeño sus muñecas y demás juguetes. Pam y Pete montaron en sus bicicletas para llevarlas hasta el vehículo, y Ricky pedaleó en el triciclo de Sue, para luego meterlo en el furgón de mudanzas.

Pete ayudó a Pam a llevar su bonita mesa escritorio. La niña estaba tan orgullosa de aquel mueble, como de la colección de muñecas de diferentes países. Todas esas muñecas iban envueltas en algodón y trapos para que no se rompiesen. Pam las había ido coleccionando desde que tenía cinco años.

—Yo llevaré tu piano de juguete, Holly, igual que lo hacen esos hombres —se ofreció Ricky.

Ricky había visto que los transportistas llevaban pesadas cargas a la espalda, sujetándolas con muy grandes correas.

Habiendo cogido una de aquellas largas correas, Ricky corrió al porche y se cargó el piano a la espalda. Cuando empezaba a bajar las escaleras del porche, la carga se balanceó de un lado a otro peligrosamente. Menos mal que Pete llegó a tiempo de sujetarlo.

Pero Ricky todavía no estaba fuera de peligro. En aquel mismo momento pisó uno de los extremos de la correa y perdió el equilibrio.

¡Crac!

Ricky y el piano de juguete se cayeron al suelo, mientras las teclas tintineaban ruidosamente.

—¡Huy, Ricky! —chilló Holly, llena de angustia.

—Lo siento —dijo su hermano, mientras intentaba ponerse de pie—. ¿Lo he roto? —Y, al mismo tiempo que se frotaba la nariz, murmuró lastimeramente—: Sí, creo que… lo he roto.

—¡No! —se desesperó Holly—. No quiero que se rompa.

Pete y Pam ya se habían acercado, corriendo. La nariz de Ricky empezaba a sangrar. Pam sacó un pañuelo para empapar la sangre y aconsejó:

—Lo mejor será que vayas con mamá. Yo te acompañaré.

Entre tanto, Pete había desatado el piano, que no había sufrido más desperfecto que unas cuantas desconchaduras en la pintura.

La señora Hollister, que estaba preparando bocadillos en la cocina, se alarmó al ver a Ricky. Pero en seguida puso un paño mojado con agua fría en la nariz del niño, que, a los pocos minutos, dejó de sangrar.

—Ya se sabe que los hombres tienen que recibir golpes alguna vez —dijo Ricky, después de dar las gracias a su mamá, la joven y guapa señora Hollister.

Y se marchó para seguir con su trabajo.

Unos minutos más tarde, por el camino del jardín entraba un gran coche, de los que sirven para transporte, y de él salió un hombre alto, de aspecto atlético. Tenía unos ojos pardos que se llenaban de arruguitas en los extremos cuando sonreía, y el cabello castaño y ondulado.

—¡Papá! —gritó Holly, corriendo hacia el hombre—. Ya lo hemos guardado casi todo. ¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto mamá esté preparada —contestó el padre, sonriendo.

Al poco, la casa de los Hollister había quedado vacía. Los furgones se cerraron, y los niños y los papas quedaron en la acera, esperando a verles marchar. Y fue entonces cuando empezaron a sentirse tristes por dejar aquella casa donde habían pasado tan buenos ratos.

—Pero ¿dónde está Sue? —preguntó de pronto la señora Hollister, al no ver a la chiquitina.

Sue no aparecía por ninguna parte.

—Yo he visto que estaba jugando con Zip —dijo Ricky.

Zip era el fiel perro pastor de los Hollister, y se le consideraba como uno más de la familia.

Los niños empezaron a llamar a voces a su hermanita y a silbar al perro.

—Escuchad —advirtió el señor Hollister.

Acababa de oír un apagado ladrido que parecía salir del furgón más pequeño de las mudanzas.

—Ábranlo —ordenó el señor Hollister.

George se apresuró a abrir las puertas y del interior del vehículo saltó Zip, ladrando y moviendo la cola porque se sentía contento de encontrarse ya fuera. Detrás de él salió Sue.

—Estaba escondida en el carrito de Ricky —explicó la pequeñita de la familia, con los ojos relucientes y moviendo la cabeza cubierta de rubios rizos—. Quería ir en ese coche. ¿Puedo ir?

—Ahora no —repuso la señora Hollister.

—Bueno. Creo que ahora está todo en orden —dijo el señor Hollister a George—. Ustedes pueden seguir la marcha toda la noche, pero nosotros nos detendremos en algún camping. Así nos aseguraremos de tener todo en su sitio cuando lleguemos a Shoreham. En este boceto va indicado cómo queremos que se coloquen las cosas en nuestra nueva casa.

El señor Hollister entregó a George un papel con instrucciones, los dos hombres levantaron las manos, despidiéndose, y los furgones se pusieron en marcha.

Ya era el momento de que los Hollister se pusieran en camino. En la furgoneta de la familia se metieron varias maletas y el paquete de la comida. Después se cerró la vieja casa y los niños

corrieron a ocupar sus puestos en el coche. Sue se sentó en el asiento delantero, con los padres. Y los demás hermanos se acomodaron en la Parte trasera.

Zip saltó dentro y se enroscó en su almohada. Aunque Zip quería mucho a los cinco hermanos, adoraba a Pam porque, dos años atrás, ella le había encontrado herido en la calle. Pam se hizo cargo del perrito abandonado y le cuidó hasta que estuvo curado.



—¡Mirad quién viene! —gritó Pam, excitadísima.

Por la calle llegaban corriendo varios niños y niñas y dos perros foxterrier.

—Creo que vienen a despedirnos —opinó la señora Hollister, sonriendo agradecida.

Los perros empezaron a ladrar y Zip les hizo coro e intentó saltar por la ventanilla; pero Pam le sujetó con mano firme.

—¡Adiós, Holly! —exclamó una pequeñita—. No te olvides de

escribirme.

—No. Escribiré —prometió Holly.

Un muchacho delgaducho y alto llamó:

—¡Eh, Pete! Si pescas un pez gordo no dejes de decírmelo. Iré a verlo.

—Claro que sí —contestó Pete.

Todo eran gritos y risas, mientras la furgoneta salía por el camino del jardín y se alejaba de la ciudad. Estaban a finales de junio y todos los campos aparecían verdes, resplandecientes. Se detuvieron a comer a la orilla de un bonito riachuelo y prosiguieron el viaje casi hasta la hora de ponerse el sol. Entonces el señor Hollister dijo a su familia:

—Mirad bien, a ver si veis un sitio donde podamos pasar la noche.

Los niños miraron atentamente en todas direcciones y, al poco rato, Pam anunció a gritos:

—¡Ya veo un sitio! Parece muy bonito.

El señor Hollister hizo entrar la furgoneta por un camino estrecho al final del cual había un círculo de blancas casitas de campo con postigos y puertas de color rojo.



Salió un hombre muy amable, con cabellos grises, que dijo que era el dueño de aquellas casas y preguntó si deseaban sitio para dormir.

—Les daré la casa más bonita que tengo —añadió.

Los niños se sintieron encantados y ayudaron en seguida a llevar las maletas a la casa.

Después de una cena muy sabrosa, los niños y Zip estuvieron jugando delante de los apartamentos. Al cabo de un rato, de otra de las casitas salió un chico de la edad aproximada de Pete, muy alto y de aspecto fuerte. Al ver a los Hollister se quedó parado, mirándolos con el ceño arrugado.

—Hola —dijo Pete.

El otro no contestó. Estuvo mirándoles otro rato y entonces se alejó por la parte posterior de las casitas. Zip se quedó gruñendo mientras le veía marchar.

—No es un chico muy amable —observó Pam.

Al cabo de un poco Holly decidió llevarse a Zip a dar un paseo, pero antes fue a la furgoneta a buscar la correa. Cuando estaba abriendo la puerta trasera y entraba, vio que el muchacho poco simpático salía de detrás de un árbol.

—¿Cómo te llamas? —preguntó gruñón el chico.

—Holly Hollister. ¿Y tú?

—Joey Brill. ¿Adónde vais?

—A nuestra casa de Shoreham —explicó Holly.

—¡Shoreham! —se asombró el chico—. Yo vivo allí. Y en Shoreham no queremos más críos. Lo pasaréis mal, si vais allí.

A Holly no le gustó nada aquel chico tan mal educado y estaba deseando que se marchase. Pero, en lugar de hacerlo, Joey se metió en la parte delantera del coche y soltó el freno.

—¡Joey! —Gritó Holly—. ¡No hagas eso! ¡Vamos a rodar por la cuesta!

UN DESVÁN MISTERIOSO



—Yo sé conducir muy bien —presumió Joey, mientras la furgoneta se deslizaba lentamente.

Pero, cuando vio que cada vez bajaba más deprisa, tuvo miedo e intentó poner el freno. El coche avanzó un poco más despacio, pero no quedó parado. Joey saltó en seguida fuera y Holly hizo lo mismo. La furgoneta siguió corriendo cuesta abajo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —pidió Holly, a gritos.

Pete oyó llamar a su hermana y, como en seguida se dio cuenta de lo que pasaba, corrió con todas sus fuerzas tras el coche. Por suerte, la parte trasera de éste había quedado abierta. Era la única posibilidad de que Pete pudiera entrar en la furgoneta.

Mientras el coche seguía corriendo, Pete logró cogerse a él y, en seguida, a toda prisa, saltó por encima de los asientos y tomó el volante.

Gracias al muchacho, el coche esquivó un árbol muy grande y, después, Pete hundió el pie en el freno y la furgoneta patinó, hasta detenerse por completo.

—¿Qué ha pasado, Holly? —preguntó Pete, cuando su hermana se acercó rápidamente.

La niña le contó lo que Joey había hecho y, entretanto, el señor

Hollister y los demás niños llegaron corriendo.

Pete estaba indignadísimo.

—¡Ya veréis cuando encuentre a Joey! —dijo, disponiéndose a buscarle.

—¿Has perdido algo? —preguntó el dueño de los apartamientos al darse cuenta de que Pete miraba por todas partes.

Cuando el muchacho le explicó que quería encontrar a Joey, el hombre le contestó:

—Joey y sus padres se han marchado hace unos minutos.

Y, a continuación, explicó que Joey había llegado corriendo y pidió a sus padres que se marchasen en seguida porque se encontraba mal. El propietario de los apartamientos se alegraba mucho de que se hubieran marchado porque Joey no había parado de hacer travesuras de todas clases desde que llegó.

Los Hollister se acostaron temprano y, a la mañana siguiente, se levantaron al salir el sol, para continuar el viaje. Durante la tarde empezaron a sentirse cansados de mirar el paisaje y se entretuvieron con juegos que podían hacerse dentro del coche.

—Hay un juego nuevo en mi maletín —dijo el padre—. A lo mejor os gusta estrenarlo. Sácalo, Pete.

El señor Hollister había ideado varios aparatitos de muchas clases, además de juguetes y juegos. Y siempre hacía que sus hijos los estrenasen, antes de ponerlos a la venta.

—No veo ningún maletín, papá.

De pronto Ricky se puso en pie, muy rígido, y con carita de susto dijo:

—Papá, yo metí el maletín en el furgón pequeño, con nuestros juguetes. No sabía que tú querías llevarlo en el coche con nosotros.

El señor Hollister se quedó tan sorprendido y nervioso que detuvo el coche, mientras preguntaba:

—¿Qué dices que has hecho?

El miedo de Ricky era cada vez más grande.

—El conductor me preguntó si aquel maletín tenía que ir en el furgón pequeño y yo dije que sí —explicó—. Pero le dije que tuviera mucho cuidado porque en ese maletín van tus inventos.

El señor Hollister volvió a poner el coche en marcha, mientras decía con un suspiro:

—Confío en que no pase nada. Porque me disgustaría mucho

perder ese maletín.

Poco después, Pete vio un letrero que decía:

«A Shoreham 30 kilómetros».

—¡Ya estamos llegando! —exclamó muy contento.

Los niños estaban tan nerviosos que casi no podían resistir la espera. ¿Cómo sería la casa nueva?, se preguntaban. ¡Qué divertido iba a resultar vivir a la orilla de un lago!

—¿Cómo se llama el lago? —preguntó Pam.

—Lago de los Pinos —contestó su padre—. Es muy grande y tiene una isla que se llama Zarzamora.

Ya se había ocultado el sol cuando los Hollister llegaron a Shoreham. ¡Qué bonitas les parecieron las casas!

—¿Ésta es nuestra calle, papá? —preguntó Sue.

—Sí —contestó el padre—. Se llama Shoreham Road y el número de nuestra casa es el 124.

—Aquélla es nuestra casa —anunció Pam—. La conozco por la fotografía que nos enviaron desde la agencia.

Al final de la amplia avenida estaba la nueva morada de los Hollister. Era una casa grande, de tres pisos, con prados a los dos lados y el lago en la parte trasera.

El señor Hollister hizo entrar la furgoneta en el camino de grava y, mientras frenaba, exclamó:

—Ya hemos llegado, niños. Todos fuera.

La portezuela de la furgoneta se abrió.

—Ya están aquí nuestros muebles —dijo la señora Hollister, al ver, a través de una ventana, una mesa.

El padre se encaminó a la puerta y toda su familia le siguió en tropel.

—¡Mirad! En la puerta hay una nota sujeta con un alfiler —observó Holly.

El señor Hollister leyó la nota en voz alta. Estaba escrita por George, el conductor del furgón grande, y decía:

«En este momento son las seis de la tarde. El furgón pequeño aún no ha llegado y la compañía no sabe dónde puede estar. Nosotros hemos estado aquí desde esta mañana y ya no podemos esperar más».

—¿Y nos quedaremos sin nuestros juguetes? —preguntó Holly, angustiada.

—¡Con los juguetes iba tu maletín con el nuevo invento! —recordó Pam.

—Iré a informar de esto a la policía —resolvió el señor Hollister—. Puede que ya sepan algo.

Inmediatamente después de abrir la puerta y echar una ojeada por la casa, el señor Hollister volvió a marchar en su coche. Entre tanto, los niños corrían de una habitación a otra.


MUDANZAS

—¡Me gusta mucho todo! —gritó Holly, llena de entusiasmo.

—Y a mí también —aseguró Pam.

Los niños hicieron sus camas, colocaron sus ropas en los cajones de las cómodas y colgaron los trajes en los armarios.

Pete y Pam eran los que más prisa se daban y, en cuanto acabaron, salieron a inspeccionar los alrededores.

Estaba Holly acabando de hacer su cama, cuando de repente se quedó quieta, muy extrañada. Había oído un ruido extraño encima de su cabeza. En seguida corrió a la habitación de los chicos.

—Ricky, ¿quieres escuchar, a ver qué oyes por arriba?

Su hermano puso atención. Ahora el ruido era muy ligero.

—No sé lo que será —declaró el niño—. En el desván no hay nadie. Puede que sea un ratón. Vamos a ver.

Pero Holly creyó mucho mejor ir a decir a su madre lo que pasaba, de modo que los niños bajaron a buscar a la señora Hollister.

Entre tanto, Pete y Pam habían dado la vuelta a la casa y estaban contemplándola desde fuera, cuando Pam dio un grito y señaló hacia una ventana del desván.

—Pete, ¿has visto?

Lo que vio en la oscuridad le pareció a Pam una cara que se ocultó inmediatamente.

—Parecía un hombre —aseguró Pam, con voz muy bajita y temblorosa.

—¿Cómo iba a ser un hombre? —razonó Pete.

—Parece que no puede ser —admitió Pam—. Pero a lo mejor es un maniquí, o una careta, que haya dejado alguien.

—Yo veré lo que es —decidió Pete.

—Voy contigo.

Pam entró en la casa con su hermano y juntos subieron las escaleras.

Pete abrió la puerta del desván y manipuló en el interruptor de la luz… Pero la luz no se encendió.

—Esto está muy oscuro. Será mejor traer una linterna —dijo Pete.

Corrió a su habitación para coger la linterna que había guardado en la cómoda. Volvió al oscuro pasillo y enfocó el haz luminoso hacia arriba.

—Yo iré delante —dijo a su hermana.

De puntillas y muy lentamente, Pete subió las escaleras, seguido de cerca por Pam. Cuando llegaron al descansillo se pararon a escuchar. No se oía el menor ruido.

Pete anduvo unos pasos más, hasta que su cabeza tropezó con el techo del desván.

—Puede que hubiera alguien aquí —murmuró Pam.

Los dos niños acabaron de subir los últimos escalones y luego quedaron quietos, escuchando.

—¡Qué horrible es este sitio! —dijo Pam, que en aquel momento se estaba quitando de la cara una telaraña.

—Me extraña mucho que la luz no se encienda —comentó Pete.

Y fue pasando la luz de la linterna para buscar el cable.

—¡Ah! Ya veo lo que pasa. Es que no hay bombilla.

—Yo iré a buscar una —se ofreció en seguida Pam, que tenía unas ganas enormes de salir de aquel desván, aunque sólo fuese por un minuto.

Bajó corriendo al segundo piso, quitó la bombilla del portalámparas del vestíbulo y volvió a subir para ajustaría en el del desván, que al momento se llenó de luz.

—Ahora ya podremos buscar —dijo Pete.

Abrió un armario que no habían visto hasta aquel momento. La puerta rechinó de un modo raro, pero el armario estaba vacío.

Luego, el niño se acercó a la ventana por donde Pam había creído ver la cara. El niño exclamó en seguida, con voz de asombro:

—¡OH! ¡Mira!

Pete señalaba el antepecho de la ventana, en donde se veían las huellas de unos dedos, entre el polvo.

—Eso es que aquí ha estado alguien. ¿Por dónde se habrá ido? —preguntó Pam.

—Hay que seguir mirando.

Pete abrió el postigo y miró hacia fuera, pero no había dejado ningún trecho de tejado por donde pudiera pasar nadie. Entre tanto, Pam había encontrado otra ventana que estaba entreabierta.

—A lo mejor el hombre salió por aquí.

Al decir esto, Pam se empinó de puntillas para mirar hacia fuera y vio que ocurría lo mismo que por la otra parte. En la parte de fuera no había espacio por donde pasar.

Al meter la cabeza, Pam vio algo en el suelo; era una cerilla apagada. Pam se agachó a recogerla, diciendo:

—Puede que el hombre que vimos en la ventana haya sido el que tiró esto, Pete.



Cada vez más llenos de curiosidad, los dos niños buscaron por todos los rincones del desván, esperando encontrar indicios. Había una estera pequeñita, cerca de la chimenea de ladrillo. Pete tiró de una de las puntas de la estera, pero no pudo moverla.

—Está clavada —observó Pam—. Puede ser que haya algo debajo.

El muchachito enfocó la luz de su linterna alrededor de la estera y en seguida exclamó:

—¡Pam, esta estera sirve para tapar una trampilla!

—¿Y cómo se abre? No tiene ni asa.

—Ni siquiera goznes —lamentó Pete.

Y entonces se le ocurrió una idea. Apoyó los pies en una de las puntas de la alfombra y vio que la trampilla cedía un poco.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Mira! Es una trampilla con muelles.

Pete la abrió en seguida y enfocó la luz hacia abajo. Había un tramo de escalones. El muchachito casi no tenía voz cuando murmuró muy asombrado:

—¡Es una escalera secreta! ¡En la casa nueva tenemos una escalera secreta!

—¡Qué estupendo! —dijo Pam, muy contenta. Pero de pronto se acordó de la cara que había visto un poco antes—. A lo mejor aquel hombre se marchó por aquí.

—¿Adónde irán a parar estas escaleras? —preguntó Pete—. Voy a averiguarlo.

—¿Crees que debemos ir solos? ¿No estará todavía ese hombre por aquí?

Pero Pete no oyó lo que decía su hermana, o quiso hacer creer que no lo había oído; el caso es que ya estaba bajando, iluminando el camino con su linterna. Pam fue tras él.

Escaleras, escaleras, más escaleras Los dos hermanos habían pasado ya la altura del segundo piso, del primero… A través de las paredes se oían, de vez en cuando, voces muy apagadas. Debían de llegar desde la cocina.

Y Pete y Pam seguían bajando, bajando, bajando. Por fin, Pete llegó ante una puertecita muy pequeña y empujó. La puerta se abrió y Pete miró hacia dentro.

—¿En dónde estamos? —preguntó Pam.

—No lo sé, pero ven conmigo.

UN PERRO HEROICO



Pam se asió de la mano de Pete, mientras bajaban en medio de la oscuridad. El muchachito fue pasando la luz de la linterna por todas partes, para verlo que les rodeaba. Al otro lado de la puerta por donde acababan de entrar había estanterías para colocar alimentos. Viéndola desde aquella parte, nadie habría adivinado que aquello era una puerta.

—Es el sótano de nuestra casa —observó Pete—. Fíjate, Pam, la ventana de ahí arriba está abierta. Creo que ha debido de ser por donde ha salido ese hombre.

—También yo lo creo. Debajo de la ventana hay un cajón. Se habrá subido en él para alcanzarla.

Los niños encontraron un camino que llegaba hasta la cocina y llamaron a la puerta. La mamá les abrió y quedó muy sorprendida.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —les preguntó.



Muy nerviosos, Pete y Pam contaron lo ocurrido a su familia, incluido su padre, que ya había vuelto del cuartelillo de policía.

—¿No sabías que existían esas escaleras, papá? —preguntó Holly.

El señor Hollister no lo sabía porque el agente de la inmobiliaria ni siquiera se las había mencionado.

—Puede que sean un secreto muy grande, muy grande —dijo Holly, consiguiendo que todos se echasen a reír.



El señor Hollister, aunque se interesó por la inesperada escalera, habló en voz baja con su mujer, diciendo que le preocupaba pensar que la utilizaba un desconocido. Y se preguntaba con qué razones lo haría.

Cuando toda la familia se dispuso a cenar, Ricky preguntó, esperanzado:

—Papá, ¿sabes algo del furgón Perdido?

El señor Hollister explico que no sabía nada.

—Mañana por la mañana, la policía me dirá qué noticias tiene —añadió.

Al día siguiente, los niños se levantaron temprano, pero su padre ya había salido de casa.

—¿Es que papá se ha ido a buscar nuestros juguetes? —quiso saber Sue.

—No, hijita. Ha ido a la nueva tienda —explicó la mamá.

—¡Cuánto se va a divertir! —exclamó la pequeñita, admirativa.

Los Hollister se habían trasladado a Shoreham precisamente a causa de aquel almacén. El padre había tenido una buena oportunidad de comprar un negocio de ferretería, y él iba a añadir una sección con toda clase de equipos deportivos y juguetes. El establecimiento se inauguraba aquel día.

—Quiero ir al almacén nuevo —declaró Holly.

—Dentro de un rato nos iremos —prometió su madre—. Papá todavía no tiene empleados y nos necesitará para que le ayudemos a vender los artículos de ferretería o de deportes.

—¡Yo venderé barcas! —gritó Ricky—. Y enseñaré a todo el mundo cómo funcionan.

Mientras esperaban el desayuno, Ricky, que seguía pensando en las barcas, bajó hasta el embarcadero del lago. Al poco Pete se unió a él.

—Ahí está nuestra barca —dijo Ricky—. Vamos a remar.

Los dos niños buscaron por todas partes, sin encontrar remos. Puede que estuviesen guardados en el garaje.

—Ya sé lo que podemos hacer —dijo Pete—. Yo saldré y empujaré la barca. Después te haré volver muy deprisa, tirando de la cuerda.

Ricky pensó que aquello iba a ser muy divertido y se sentó en la popa. Su hermano empujó con fuerza y la barca se alejó, haciendo

un ruidillo, pero, al llegar al extremo de la cuerda, giró violentamente. Ricky dio un grito.

—¡Ay, ay!

Estuvo a punto de caer en el agua, pero se sujetó a tiempo. Pete, tirando de la cuerda, hizo regresar a la barca. Los dos hermanos cambiaron sus puestos y Ricky dio un par de paseos en barca con Pete.

Estaban tan entretenidos con aquel juego que no vieron que su hermanita Sue se acercaba a la orilla. La última vez que la habían visto, Sue estaba en el patio, camino de un pilón de arena.

La pequeña había hecho allí varios túneles y por ellos empujaba un palito, jugando a que era un tren que pasaba por una montaña. Pero acabó por cansarse de aquello y decidió ir hasta la orilla del agua.

Al cabo de un momento vio una roca alta y se le ocurrió jugar a ser el faro de un puerto. Sue subió a lo alto de la roca, pero el musgo que recubría aquel gran peñasco era muy resbaladizo. De repente la pequeña levantó los brazos y perdió el equilibrio.

¡Plas! Sue había caído al agua. El lago no era muy profundo, pero el agua estaba tan fría que la niñita se quedó sin respiración y sintió un miedo enorme. Subió una vez a flote, pero en seguida volvió a hundirse.

Ninguno de los Hollister oyó el chapoteo, pero Zip sí lo advirtió. El hermoso perro pastor atravesó corriendo el prado, se lanzó al agua y con los dientes cogió a Sue por el vestido.

Pete y Ricky, que habían visto al perro tirarse al agua, corrieron para ver qué sacaba.

¡Zip estaba arrastrando fuera del agua a su hermanita Sue!

—¡Oh! —se asombró Pete, que añadió en seguida—: Eres un buen chico, Zip.

Sue no sabía si llorar o reír, y acabó por soltar una risita.

—Zip es mi amigo —aseguró.

—Ha sido una suerte que Zip estuviera cerca —dijo Pete—. Pero tú, Sue, no debes acercarte al agua si no está uno de nosotros contigo.

Sue prometió no hacerlo más y Pete la llevó donde Pam le puso ropa seca.

Entonces ya estaba el desayuno preparado y la señora Hollister y

sus hijos se sentaron a la mesa. Los ojos de los niños brillaron de entusiasmo cuando vieron lo que tenían para desayunar.

—¡Pestiños! —exclamó Ricky—. Me comeré por lo menos unos diez.

Pero sólo había comido cuatro, cuando sonó el teléfono. Contestó a la llamada la señora Hollister y el mensaje que recibió hizo que Ricky dejase hasta los pestiños.

—¡Niños! —dijo la mamá—. La policía ha encontrado el furgón desaparecido.

—¡Viva! ¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó Pam.



—Cerca de Stony Point, que es una ciudad del otro lado del lago.

—¡Qué bien! —dijo alegremente Holly—. Ya podré usar otra vez mi pianito.

La señora Hollister levantó una mano para hacer callar a todos.

—No penséis en volver a tener vuestros juguetes. La policía ha encontrado el furgón, pero vacío.

Los cinco niños se quedaron muy asombrados y estuvieron largo rato sin decir nada. Por fin fue Ricky quien habló primero, diciendo:

—Quiero ver el furgón, aunque esté vacío. A lo mejor, debajo de aquellas mantas tan grandotas, ha quedado algo. —Y la voz del pecosillo Ricky tembló un poco al añadir—: Puede que esté allí el maletín de papá.

La madre se quedó unos momentos pensativa y luego decidió que irían a donde deseaba Ricky. El señor Hollister había dejado en casa la furgoneta. Rápidamente, recogieron lo que quedaba del desayuno y colocaron los platos en el fregadero. En seguida se pusieron en marcha hacia Stony Point.

—Mamá —dijo Pete—, ¿tú crees que el hombre que vimos Pam y yo en el desván tendrá algo que ver con lo que le ha pasado a ese furgón?

—No me entrañaría. La verdad es que estamos rodeados de misterios desde que hemos llegado a la casa nueva.

—Pero vamos a ser siempre felices, ¿verdad? —preguntó Sue que nunca estaba largo rato triste.

—Naturalmente —repuso la madre—. Los Hollister no permiten que nada les haga dejar de sonreír.

Pero, a pesar de todo, la señora Hollister estaba preocupada por la pérdida del maletín con las invenciones de su marido.

Un momento antes de entrar en la ciudad, los Hollister vieron un coche de la policía con dos oficiales, estacionado a un lado de la carretera. La señora Hollister detuvo el vehículo y entonces explicó quién era a los dos policías.

—El furgón está en aquel camino estrecho —dijo uno de los policías.

Los niños salieron de su coche y corrieron hacia allí. El furgón tenía una rueda deshinchada, las puertas posteriores abiertas y en su interior no quedaba nada, ni siquiera una manta.

—Es la cosa más extraña que he visto —comentó el policía, acompañando a la señora Hollister—. No sé dónde ha desaparecido

el cargamento. Estuvimos siguiendo algunas huellas, pero no hemos concretado nada.

Los niños se sintieron descorazonados. Habían desaparecido todos sus juguetes, además del maletín. Volvieron a entrar en la furgoneta y se dirigieron al almacén que acababa de abrir su padre en Shoreham. Todos estaban silenciosos. Habían perdido las ganas de parlotear alegremente y no eran capaces de sonreír con su habitual jovialidad, porque les daba mucha tristeza haberse quedado sin sus juguetes.



—Ya veo que tendremos que esperar hasta Navidad para tener juguetes nuevos —dijo Holly, enfurruñada.

Para alegrar un poco a sus hijos, la señora Hollister sugirió la idea de que ganasen algún dinero ayudando a su padre; de ese modo podrían comprarse algunos juguetes baratos.

—Ahí está el almacén —anunció, deteniéndose en la calle principal de la ciudad—. ¿Os parece bonito?

Los niños se quedaron con la boca abierta. No habían esperado ver una tienda tan espléndida, con grandes escaparates y mucho surtido de mercancías.

—¡Ya han pintado el nombre nuevo! —gritó Pete—. ¡«El Centro Comercial»!

Al entrar en la tienda y ver las estanterías llenas de objetos

atractivos, los niños empezaron a alegrarse. ¡Qué agradable resultaba poderse convertir en verdaderos comerciantes!

Mientras la señora Hollister informaba a su marido sobre el furgón vacío, los niños exploraron el «Centro Comercial». No se puede calcular el número de ¡Oh! y ¡Ah! que exclamaron, según iban viendo toda aquella tienda maravillosa. En la puerta había una cubilla refrigeradora de agua y, por el centro de la nave, un amplio pasillo que llegaba hasta el fondo.

En la parte izquierda había toda clase de artículos para deportes: aparejos de pesca, patines de ruedas, palas de béisbol y raquetas de tenis. Detrás de todo aquello había juguetes.

En la parte derecha del local, estaba la sección de ferretería, donde se veían martillos y clavos, sierras, rollos de alambre y botes de pintura.

—¡Qué divertido va a ser, papá! —exclamó Ricky, al ver entrar a tres clientes.

El señor Hollister fue a atenderles, ayudado por sus hijos. Un hombre compró una libra de clavos. Una señora pidió un exprimelimones y, guiñando un ojo, aseguró que le gustaría exprimir, además de limones, a la pequeña Sue.

Creyendo que la señora hablaba en serio, Sue se escabulló al otro extremo de la tienda. Allí encontró un caballo blanco y negro, de balancín, que era apropiado para su altura.

—¡Qué preciosísimo! —dijo en voz alta, mientras montaba el caballito y empezaba a balancearse—. Soy una niña vaquero. ¡Ole!

La idea gustó mucho a Ricky que siempre estaba jugando a indios y vaqueros. Sería muy divertido que Sue pudiera ser una niña vaquero. Inmediatamente, Ricky buscó una cuerda y se confeccionó un lazo.

—¡Te voy a echar el lazo, Sue! —dijo, haciendo girar la cuerda en el aire.

—Vamos a utilizar parte de tu energía para el trabajo —dijo el señor Hollister a Ricky—. ¿Qué te parece si me ayudas a deshacer unos paquetes de muebles para muñecos?

Ricky siguió a su padre hasta una puerta lateral que daba a un callejón. Un transportista estaba descargando una gran caja. El hombre llevó la caja para dejarla al lado de una gran pila de botes con cebos.

Ricky, Pete y Pam se pusieron a la tarea de abrir la caja. Dentro había toda clase de mesitas, sillas, refrigeradores y mecedoras de juguete, pintado todo de alegres colores.

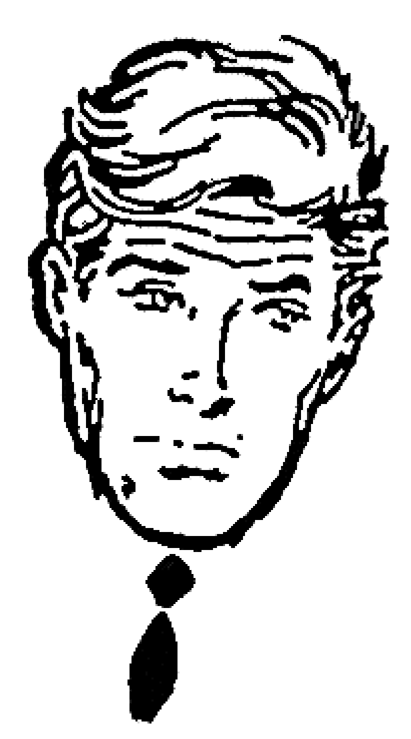
—¡Qué lindo! —decía Pam, mientras desenvolvía cuidadosamente cada pieza.

Los niños estaban tan ocupados que no se dieron cuenta de que la puerta se abría silenciosamente. Un muchacho se deslizó en la tienda, sin hacer el menor ruido y cuando nadie miraba hacia la pila de botes fue a esconderse detrás.

De pronto, la pila empezó a moverse e inclinarse hacia delante más y más. Con un chasquido, la pila se desvió totalmente sobre los tres Hollister.

—¡Mirad! —gritó una voz desde el interior de la tienda.

UNA REUNIÓN ESTUPENDA



Al oír aquel grito, Pete y Pam miraron hacia arriba. ¡El gran rimero de botes estaba a punto de caer sobre sus cabezas!

Los niños se apartaron a un lado, mientras los botes iban a parar al suelo, repiqueteando. El señor y la señora Hollister y los clientes que había en la tienda llegaron corriendo, para ver qué pasaba y quién era el que había dado el grito de advertencia.

—Menos mal que he avisado a tiempo —dijo un hombre de edad que ahora se encontraba junto a los niños. Era alto, delgado y de ojos brillantes.

—Muchas gracias —dijo el señor Hollister—. Ricky, Pete y Pam podían haber recibido serias heridas. No puedo comprender cómo se han venido abajo.

—Los empujó un muchacho —explicó el desconocido—. No sé quién es, pero le he visto salir corriendo por esa puerta lateral.

Al oír pronunciar la palabra «muchacho». Pete echó a correr hacia la puerta lateral y el callejón que daba a la avenida. Vio que un chico desaparecía por la esquina. Pete intentó alcanzarle, pero pronto lo perdió de vista.

—Puede que fuera Joey —dijo Pete, pensativo—. Ya lo averiguaré.

Cuando volvió a la tienda, los botes ya habían sido recogidos y el hombre desconocido hablaba con el señor Hollister. Dijo que era Roy Tinker, pero que todo el mundo le llamaba simplemente Tinker. Había estado trabajando en el «Centro Comercial» hasta que le pilló un coche y le tuvieron que llevar al hospital.

—Hummm —murmuró el señor Hollister, mientras miraba a su alrededor la tienda que se estaba llenando de compradores—. ¿Qué le parece si se queda a trabajar conmigo?

Cuando Tinker contestó que le parecía muy bien, los niños se sintieron complacidos de que en el «Centro Comercial» trabajase un hombre tan simpático.

El señor Hollister dijo a Tinker que podía encargarse de conducir la camioneta pequeña del almacén, además de despachar en la tienda. Después de darle las gracias, Tinker se puso inmediatamente a atender a los compradores.

Durante la tarde, Pete vendió algunas herramientas y Ricky y Holly varios juguetes. Pam se ocupó del mostrador donde se vendían las semillas para plantar. Hasta la pequeña Sue ayudó, despachando unas perchas de muñeca a otra niña como ella.

—Esto es divertidísimo —dijo Pam, cuando, por la tarde, ya iban a cerrar—. Mucho más bonito que jugar a las tiendas. ¡Qué contenta estoy de que tengamos el «Centro Comercial», y a Tinker…, y la casa!

—¡Tres aplausos para los Felices Hollister! —dijo Tinker, participando de su entusiasmo.

Cuando llegaron a casa, los niños encontraron cinco sobrecitos que parecían estar esperándoles.

—¿Qué será esto? —se preguntaba Pam.

—Algo agradable —contestó, sonriendo, la señora Hollister.

Todos abrieron sus respectivos sobres: eran la primera

correspondencia que recibían en la casa nueva. Holly fue la primera en leer la suya.

—¡Es una invitación! —gritó—. ¡Una invitación para una reunión!



A medida que iban leyendo sus respectivas invitaciones, cada niño estallaba en exclamaciones de alegría. Las cartitas habían sido escritas por Jeff y Ann Hunter, que vivían al final de aquella misma calle. La reunión sería a las dos de la tarde del día siguiente y se celebraba para presentar a los demás vecinos a los hermanos Hollister.



Al día siguiente, los cinco niños se presentaron puntuales. Jeff y Ann salieron a abrirles la puerta. Jeff tenía ocho años, el cabello liso y oscuro y los ojos azules, y se parecía mucho a su hermana; con la diferencia de que Ann tenía diez años y el cabello rizado. Sus pestañas largas, sombreaban sus ojos grandes y cuando sonreía, se le formaban hoyitos en las mejillas.

Pam comprendió inmediatamente que había encontrado una nueva amiga y se sintió muy contenta. Ella se encargó de presentar a sus hermanos y hermanas a la señora Hunter, diciendo que los Hollister se alegraban mucho de aquella invitación.

—Yo estoy encantada de que a la casa grande haya venido a vivir una familia tan simpática —le contestó la señora Hunter con una sonrisa.

Mientras Jeff estaba enseñando a Ricky el cuarto de los juguetes, llegó Dave Meade. Era un chico de doce años, con el cabello siempre revuelto, que vivía tres puertas más allá de los Hollister. Él y Pete empezaron en seguida a hablar del lago, de la pesca y de las

barcas.

Holly se estaba preguntando si no habría niñas de su edad, cuando llegó Donna Martin. Donna tenía siete años, era regordeta y tenía un hoyuelo en cada mejilla.

—Estoy muy contenta de que hayáis venido a vivir aquí —dijo a Holly—. ¿Te gustará venir alguna vez a jugar con mi casa de muñecas?

¡Qué alegres estaban todos! Llegaron algunos niños más y luego sonó un fuerte timbrazo en la puerta.

—¿Quién será ahora? —se preguntó Ann, mientras corría a abrir.

Al otro lado de la puerta se oyó una voz ruidosa que decía:

—Soy yo.

¡Era Joey Brill! Los hermanos Hollister, al verle, se quedaron con la boca abierta, y Joey también se mostró asombrado.

—¿Cómo habéis venido aquí? —preguntó el chico con muy malos modales.

—Nos han invitado —repuso Pam.

—¡Vaya ocurrencia han tenido los Hunter! —Gruñó Joey—. Nadie sabe quiénes sois.

La señora Hunter se acercó a decir:

—Joey, si no vas a portarte bien es mejor que te vayas.

—Bueno. Bueno.

—¿Joey vive cerca? —preguntó Holly, en voz muy bajita, a Donna.

—En la esquina —contestó Donna—. A nadie le gusta ese chico. Siempre está haciendo diabluras.

—Entonces, ¿por qué le han invitado?

Ann, que había oído hablar a las niñas, explicó:

—Mi mamá es muy buena y siempre piensa que Joey se portará bien.

Al principio, Joey no hizo ninguna travesura. Pero cuando llevaba unos minutos quieto empezó a importunar a Pete.

Yo sé lanzar una pelota mucho más lejos que tú, y remo en una barca mucho más deprisa, y soy mucho más rápido que tú nadando por debajo del agua.

—Ya lo veremos cualquier día —contestó Pete, sin hacerle mucho caso.

Pam se llevó a un lado a Ann Hunter para preguntarle:

—¿Joey siempre fanfarronea tanto?

—Sí. Y ésa es una de las cosas por las que es tan antipático a todos.

Los niños estuvieron haciendo juegos durante dos horas. La señora Hunter les ayudó a jugar a las sillas musicales. Cuando a Ricky le tocó sentarse enfrente de Joey éste se dejó caer sentado sobre el pecoso Hollister, y hubo que expulsar a Joey del juego.

—Seguro que te has creído que yo era Pam —rió Ricky, divertido—. ¿Por qué se te ocurre sentarte encima de un chico?

—Estate quieto —gritó Joey, dando a Ricky un fuerte empujón.

—Basta, Joey —dijo con severidad la señora Hunter, mientras Joey se ponía muy hosco y se marchaba a un rincón.

Fue Holly quien ganó y recibió como premio una muñeca muy pequeñita, vestida de encaje.

—Voy a llamarla Ann, como tú —dijo Holly a Ann Hunter.

Después, todos los niños salieron al jardín, donde había columpios y toboganes, y se divirtieron mucho durante veinte minutos.

Entonces la señora Hunter les hizo pasar al porche, donde se habían preparado mesas y sillas. Todos corrieron a ocupar sus puestos.

Cada niño encontró en su sitio un gran plato de crema helada, un pedazo de pastel y un pequeño obsequio. Todos abrieron los envoltorios que contenían gorritos de papel y notitas en donde se les decía la buenaventura. Sonaron muchas carcajadas, mientras cada uno leía en voz alta las cosas que les predecía la notita.

—Escuchad la mía —dijo Donna Martin.

«Si trepas por los árboles y luces una cola,
No te quepa duda de que eres una mona».

Cuando le llegó a Holly el turno de leer, Joey Brill que estaba junto a ella, acercó la cabeza para leer lo impreso.

—Lo leeré yo —protestó Holly.

«Si tienes algún vecino que te tiene manía,
Puedes estar segura de que su nombre es María».

—María, María —rieron varios niños, señalando a Joey Brill—. El nombre de Joey es María.



Joey se puso furioso. Quería pegar a alguien, pero no se atrevía. Holly se reía con tantas ganas, que tuvo que agachar la cabeza hasta que la nariz casi tocó el helado.

Y, de pronto, Joey tuvo una idea. ¡Empujó la cabeza de Holly hacia abajo y le hundió la cara en el helado!

En cuanto hubo hecho aquello, el chico se levantó de la mesa y corrió hacia la puerta. Y en el mismo instante salió Pete en su persecución. Alcanzó a aquel muchacho tan mal intencionado cuando atravesaba el césped y, de un salto, se lanzó a agarrarlo por los pies para hacerle caer al suelo. Los dos rodaron sobre la hierba, mientras los otros se acercaban a mirar.

—¡Dale su merecido! —gritó Dave.

Cuando los dos contrincantes se pusieron en pie, Joey dio un puñetazo a Pete y Pete le dio otro fuerte golpe. Al fin, apareció la señora Hunter.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó, separando a los dos chicos y después dio a Joey una reprimenda.

El chico se puso muy enfurruñado y gruñó:

—Todo es por culpa de éstos. Los Hollister creen que pueden venir a nuestra ciudad a hacer todo lo que les da la gana. Pero ¿a quién pueden interesar los Hollister? Si hasta tienen una casa donde hay fantasmas…

Después que Joey se marchó corriendo, Pete se volvió a Jeff para preguntarle:

—¿Ha dicho fantasmas? ¿En nuestra casa?

Todos los niños empezaron a contestar al mismo tiempo, y cada uno daba una explicación distinta, hasta que Pete consiguió que hablasen uno tras otro.

—He oído decir que construyó esa casa un señor muy rico que escondió dentro mucho dinero. Luego se olvidó de donde lo había puesto —informó Jeff.

—No me extraña —declaró Dave—. Hizo tantos pasadizos secretos que cualquiera se olvidaría de dónde ha escondido un tesoro en una casa como ésa.

Pam no podía creerse una cosa así y dijo a los demás lo que pensaba. Pero Donna repuso:

—Nuestra lavandera dice que ese viejo anda dormido y por las noches va a vuestra casa a buscar su tesoro.

Los Hollister ya no sabían qué pensar. Cuando se despidieron de sus nuevos amigos, corrieron a casa para explicarle a su madre aquella noticia tan misteriosa. Pero la señora Hollister no se preocupó en absoluto.

—Tonterías —dijo—. No hay casas con fantasmas. Además, el que construyó esta casa es un caballero anciano, muy atento, que vive con su hija en el otro extremo de la ciudad.

—Entonces, ese señor que anda dormido tendrá que dar un paseo muy largo, ¿verdad? —rió Ricky—. ¿Usará un mapa de señor sonámbulo para venir?

—Pues, si en nuestra casa no hay fantasmas, ¿por qué se oyen esos ruidos tan raros? —objetó Holly.

Tampoco Pam acaba de estar tranquila.

—¿Y cómo vimos aquella cara por la ventana del desván? —preguntó.

La señora Hollister aseguró que todo tendría su explicación y que no se preocupasen más.

—Ahora salid a jugar un rato, hasta que sea hora de acostaros —dijo, alegremente.

A la mañana siguiente, Pete decidió averiguar más detalles sobre todo aquello del tesoro escondido, preguntando a las personas mayores del vecindario. Habló con los padres de algunos de sus nuevos amigos.

Las explicaciones siempre coincidían. El anciano que había sido propietario de la casa grande, nunca hizo daño a nadie, pero fue siempre algo raro. Echaba a todos los niños que se acercaban a su casa y casi nunca hablaba con los vecinos. Pero nadie sabía exactamente qué tesoro podría existir, ni dónde habría sido escondido.

—Si hubo algún tesoro, ese hombre se lo llevaría con él —dedujo la señora Smith.

Tan ocupado estuvo Pete con sus pesquisas que sin darse cuenta se apartó más de medio kilómetro de su casa. Cuando, viendo lo lejos que estaba, iba a dar media vuelta para volver, vio a una niña que empujaba un coche de muñecas. Aquello le resultó familiar. Su hermana tenía un coche como aquél…

¿Podría ser aquél el cochecito de Sue, que había desaparecido en el furgón?

UN ESTRAFALARIO SOMBRERO ROJO



Acercándose a la niña, Pete le pidió que le dejase ver el cochecito por debajo. Cuando la niña le dijo que podía mirar, Pete dio la vuelta al cochecito. Marcadas con un hierro al rojo, en la madera del juguete se veían las iniciales S. H.

¡Sue Hollister! ¡Era el cochecito de Sue!

Estaba Pete poniendo otra vez derecho el cochecito, cuando se acercó el hermano mayor de aquella niña.

—¿De dónde habéis sacado este coche? —le preguntó Pete.

—Lo hemos comprado esta mañana para regalárselo a mi hermana porque es su cumpleaños —contestó el niño.

—¿Lo habéis comprado?

—Sí. En la tienda de segunda mano.

Pete preguntó dónde estaba aquella tienda y, cuando el otro chico se lo explicó, él corrió hacia la parte central de Shoreham. La

tienda de segunda mano estaba a sólo dos manzanas de separación del «Centro Comercial».

Pete entró en la tienda y se presentó al robusto propietario.

—¿Y qué es lo que deseas, hijo? —preguntó el vendedor.

Cuando Pete le hubo explicado lo del furgón de mudanzas vacío y el cómo acababa de descubrir el coche robado de Sue, el hombre exclamó:

—¡Eso es terrible! De haber sabido que era un coche robado, no lo habría comprado.

—¿Quién se lo vendió? —preguntó Pete.

El vendedor le repuso que había comprado el cochecito a un desconocido, vestido con ropas muy viejas.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —volvió a preguntar Pete.

El tendero se rascó la cabeza, murmurando:

—Pues, lo único que recuerdo bien es que llevaba un sombrerito pequeño, muy estrafalario.

—Me gustaría que me devolviesen el cochecito de mi hermana —dijo Pete.

Al vendedor le pareció muy natural el deseo de Pete y, mientras acompañaba al chico a casa de la niña, no cesaba de repetir lo mucho que lamentaba lo ocurrido.

Cuando llegaron a la casa, el vendedor llamó al timbre y salió a abrir la madre de la niña. Fue Pete quien habló con ella.

—Por equivocación, les vendieron a ustedes el cochecito de mi hermana —dijo.


TO

Al principio, la señora no sabía de qué estaban hablando. Entonces, el tendero le explicó que habían comprado un juguete robado y que era preciso devolverlo a su propietario. La señora no estaba muy decidida a devolver el cochecito, pero, como el hombre le recordó que estaba castigado por la ley el comprar y vender mercancías robadas, acabó devolviendo el coche y aceptando el dinero que había pagado por él.

—Si vuelvo a ver a ese hombre —rugió el vendedor con voz terrible— avisaré a la policía.

—Y haga también el favor de decírnoslo a nosotros —pidió Pete —. Seguramente ese hombre tiene las demás cosas que robaron del furgón.

Pete se sentía avergonzado mientras avanzaba por la calle, empujando el cochecito, y aún fue mayor su apuro cuando se encontró con Joey.

—¡Oh! ¡Ha, ya! —gritó Joey, burlón—. ¡La chiquitina Hollister jugando a las muñecas!

Pete se puso muy colorado, pero siguió adelante sin hacerle caso, y llegó a su casa empujando el cochecito.

¡Qué contenta se puso Sue al verle!

—¡Con lo que necesita mi muñeca tomar el aire! —dijo, cariñosa, corriendo a casa para buscar a Annie, la única muñeca que tenían ahora.

Ricky, que estaba subido en un árbol, construyendo un refugio, y Pam que le observaba, corrieron adentro para enterarse de cómo había aparecido el cochecito. Cuando Pete contó todo lo que sabía, sus hermanos se pusieron muy nerviosos y desearon encontrar en seguida al hombre del sombrerito estrafalario. Pero la señora Hollister les dijo que no quería que anduviesen por la ciudad. Cuando la mamá se marchó a sus tareas, Pete habló con su hermana mayor:

—¿Y si buscamos el escondrijo?

—Muy bien —contestó Pam, entusiasmada—. Pero ¿dónde buscamos?

—Yo creo que estará por alguna parte de las escaleras secretas.



Los dos niños cogieron una linterna, subieron al desván y abrieron la puerta que daba a las escaleras secretas. Encendiendo la linterna, miraron bien por toda la parte superior de la escalera y luego abajo; después volvieron arriba y por último abajo otra vez.

—Estoy viendo que no hay nada —dijo Pete, muy descorazonado.

Pam se apoyó en la pared, para descansar y, al hacerlo, tocó con la mano un botón muy pequeño, escondido en la pared. Y entonces se oyó un ruido que parecía el chasquido de un muelle.

—¡Huy! —exclamó Pete, al notar que la pared en que se apoyaba se movía—. ¿Qué es esto?

Pete enfocó en seguida la luz de la linterna sobre la pared. Una pequeña puertecita había girado en dirección a la chimenea. Los dos niños miraron a través de aquella puerta.

—Es un cuartito —cuchicheó Pam.

Ella y Pete registraron la habitación que no era más grande que un armario y no tenía ninguna ventana.

—Si alguien había guardado aquí un tesoro, ya se lo han llevado —dijo Pete.

Cuando mostraron sus descubrimientos al resto de la familia, todos quedaron muy extrañados. ¿Para qué habría sido utilizado aquel cuarto?

Aquella noche, cuando la familia Hollister se hubo acostado, en toda la casa reinó el silencio y la quietud. Incluso Zip, que había estado todo el día cazando ranas a la orilla del agua, dormía profundamente en la cocina.

Pero, a media noche, se oyó un rumor extraño. Zip fue el primero en darse cuenta de aquel ruido, sordo, pero inquietante. El perro empezó a ladrar, mientras corría alrededor de la cocina.

Pete se despertó y muy silenciosamente entró en la habitación de sus padres. El señor Hollister ya estaba levantado.

—Papá, ¿tú crees que es el hombre que vimos por la ventana quien ahora hace ese ruido?

—¡Si es él, le atraparemos! —afirmó el señor Hollister, muy serio.

Él y su hijo mayor bajaron rápidamente las escaleras. Zip seguía ladrando y arañando la puerta del sótano. El señor Hollister abrió aquella puerta, encendió la luz y, cautelosamente, bajó las

escaleras, seguido de su hijo.

No se veía a nadie. Ambos miraron en todos los posibles escondites hasta que, por fin, el señor Hollister abrió la puerta de la escalera secreta. Mientras Pete miraba en el cuarto secreto, el señor Hollister encendió su linterna para subir al piso alto.

Cuando bajó, dijo que allí tampoco había visto nada. Pete probó a abrir la puerta del sótano que daba al patio. Estaba cerrada y además, ocurría algo extraño.

—Mira, papá —advirtió Pete.

Cuando se acercó el señor Hollister, su hijo explicó:

—La puerta está cerrada, pero la llave está puesta por fuera.

¡Alguien había estado en el sótano! La persona que había estado allí cerró por fuera, seguramente para entretener a sus perseguidores.

El señor Hollister echó el cerrojo a la puerta del sótano y dejó abierta la entrada de la cocina, para que Zip pudiera ocuparse de cualquiera que entrase en el sótano.

A la hora del desayuno, los demás niños se sintieron muy asombrados al saber lo ocurrido.

—Desde luego, es un fantasma humano y va a ser difícil atraparle —dijo el señor Hollister—. Pero no podemos hacer nada, de no ser que ese hombre vuelva.

A media mañana, Pam y Holly fueron hacia el lago.

—Vamos a dar una vuelta en la barca —propuso Holly.

—No debemos ir lejos —advirtió Pam—. ¿Dónde están los remos?

—Yo los buscaré.

Y Holly corrió hacia el garaje. Volvió en seguida con los remos y saltó a la barca.

—¿Me dejas remar? —preguntó.

—Bueno. Pero sólo por esta parte poco profunda, como ha dicho mamá.

Pam desató la cuerda que sujetaba la embarcación y empujó para que la barca se pusiera en marcha con ella y Holly dentro. Holly no era muy habilidosa en aquella tarea y chapoteaba con los remos, hundiendo y levantándolos con fuerza. Pam tenía que apartarse a un lado y a otro para no quedar empapada en agua. Antes de que ninguna de las dos se dieran cuenta, ya se

encontraban navegando en aguas bastante profundas.

—¡Huy! ¡Mira qué nube tan negra y tan grandota! —advirtió Holly, con la vista hacia arriba.

—Va a llover. Tenemos que volver a la orilla.

Holly había visto muchas veces a Pete hacer girar deprisa una barca, hundiendo un remo en el agua, sin moverlo, y remando rápidamente con el otro. Y probó a hacerlo ella también.

Pero, al intentarlo, los dos remos se le escaparon de las manos, resbalaron de sus encajaduras y fueron a parar al agua. Antes de que Pam tuviera tiempo de alcanzarlos, los remos se habían ido lejos.

—¡Ay, qué mala suerte! —lloriqueó Holly—. ¿Qué haremos ahora?



Pam sabía que no debía asustarse.

—Remaremos con las manos —decidió.

Las dos niñas empezaron a manotear en el agua todo lo deprisa que pudieron. Pero se había levantado un fuerte viento que empujaba a la barca. Muy pronto pudieron ver las orillas de la isla Zarzamora. ¡El viento estaba empujando la barca hacia la isla! Cuando tocó la orilla, Pam salió de la barca y ayudó a su hermana a saltar a la playa pedregosa.

—¡Qué contenta estoy de haber llegado aquí! —dijo Holly, suspirando tranquilizada—. Pero ¿cómo volveremos a casa?

—Esperando a que alguien venga a rescatarnos —contestó Pam, sin perder la esperanza.

Después de caer una ligera llovizna, se alejó la nube tormentosa y el viento cesó. Pam tomó a Holly de la mano y empezaron a pasear juntas por la orilla.

—¿Crees que vivirá alguien aquí? —preguntó Holly a su hermana.

—Papá dice que aquí hubo una granja, pero ahora no vive nadie —contestó Pam.

—Pues hoy ha estado alguien —aseguró Holly. ¡Fíjate!

La niña señalaba un grupo de piedras colocadas en la arena. Era una especie de fogón provisional, lleno de negras cenizas.

Mientras miraba a su alrededor con extrañeza, Pam hizo un descubrimiento sorprendente. Junto a la hoguera apagada se veía… ¡una fotografía de la casa de los Hollister, medio rota y empapada en agua!

—Es igual que la que enviaron a papá los de la agencia —comprobó Holly—. ¿Cómo habrá llegado aquí?

Pam contestó que podía ser que el agente de la inmobiliaria hubiera ido a la isla de excursión y se le hubiese caído la fotografía del bolsillo.

Muy de pronto, Holly se olvidó de que se encontraban aisladas en la isla Zarzamora, porque se distrajo recogiendo las lindas piedrecitas que encontró en la arena. Algunas eran blancas y con rayitas coloradas como los caramelos.

—¡Parecen huevos de Pascua! —gritó Holly, entusiasmada y eligiendo una docena de aquellas piedras dijo a su hermana—: Éstas se las llevaré a mamá.

En cambio, Pam, aunque no decía nada, empezaba a preocuparse. No aparecía nadie por el lago.

Holly se alejó, buscando más piedras. No tardó en ver unas de alegres colores junto a una charca, a corta distancia de la orilla.

La pequeña estaba segura de poder saltar por encima del charco, pero, al intentarlo, se cayó en medio del agua. Inmediatamente, sus pies se hundieron en la arena húmeda. Holly luchó por salir de allí, pero, cuanto más se movía, más se le hundían los pies.

—¡Pam, ven en seguida! ¡Me hundo!



Pam corrió por la orilla hasta llegar junto a Holly.

—¡No te muevas! —ordenó—. Será mucho peor.

En seguida empezó a buscar un tablón para poner atravesado sobre el charco en que estaba su hermana. Pero no vio ninguno. Entonces se acordó de la hoguera apagada que estaba un poco más arriba. Allí sí había algunos maderos rotos.

Corriendo tanto como pudo, Pam fue a coger el tablón más largo y volvió al momento junto a su hermana. ¡La pobre Holly ya estaba hundida hasta la cintura!

—Te sacaré en un momento —aseguró Pam.

Colocó el tablón a través de la profunda charca y echó a andar sobre él. Pero no tuvo fuerzas para levantar a Holly. ¡Era preciso hacer algo rápidamente!

A poca distancia de la orilla vio una maraña de enredaderas y se agachó a recogerlas, para ensartarlas rápidamente, formando una trenza.



—No saldré nunca de aquí —lloraba Holly.

—Claro que saldrás —aseguró Pam con determinación.

Hizo un lazo en un extremo de la cuerda que había formado con las enredaderas y lo lanzó a la cabeza de su hermana.

—¡Pásalo por debajo de los brazos! —indicó.

Holly lo hizo en seguida y Pam empezó a tirar. Pero Holly no salía del charco, aunque la cuerda evitaba que se hundiese más.

Pronto a Pam empezaron a dolerle los brazos. Ya no podía tirar más y tuvo que retroceder unos pasos para atar la cuerda a un gran tronco de árbol, caído. De este modo, pudo descansar un poco.

Holly había dejado de quejarse, pero las lágrimas seguían resbalando por sus ojos.

—Atravesaré toda la tierra hasta llegar a la China —dijo valientemente Holly.

Pam no hacía más que mirar angustiada hacia el lago por si recibían ayuda, y de pronto gritó:

—¡Mira! ¡Una motora!

La embarcación iba demasiado deprisa para que se pudiera saber con seguridad quién la conducía. Pero, cuando llegaba a la orilla, Holly dio un chillido de alegría.

—Son papá y Pete. ¡Han alquilado una motora!

A los pocos minutos la lancha estaba en la orilla y, mientras Pete la sujetaba con la cuerda a un árbol cercano, el señor Hollister corrió hacia sus hijas. Pam seguía cogiendo la cuerda de enredaderas, pero estaba extenuada.

—¡Sigue sujetando! —le animó su padre.

En seguida, cogió también él la improvisada cuerda y tiró con fuerza, haciendo que Holly saliera del lodo.

—Has salvado la vida a tu hermana —dijo el señor Hollister, muy contento de su hija—. Y ahora contadnos lo que ha pasado.

Mientras, entre todos limpiaban un poco el barro que cubría a Holly, Pam explicó cómo habían sido arrastradas en la barca por la corriente y de qué modo la pequeña había caído en el charco.

—¿Y cómo supisteis dónde venir a buscarnos? —preguntó luego.

Pete repuso que él había encontrado los remos y que, por la dirección del viento, pudo saber a dónde había sido arrastrada la barca.

Durante todo aquel rato, Holly no había hecho más que mirar

sus ropas llenas de barro.

—Ya sé lo que haré —anunció al fin—. Me bañaré con toda la ropa puesta.

El señor Hollister soltó una carcajada y repuso:

—Creo que será lo mejor.

Las dos hermanas se quitaron los zapatos y los calcetines y Pam tomó a Holly de la mano, mientras entraban en el agua. A los pocos minutos de estar chapoteando, todo el barro había desaparecido.

—¿Qué te parece si damos un paseo por la playa para que el sol te seque el vestido, Holly? —propuso el padre.

Caminaron un rato y, cuando habían recorrido un cuarto de kilómetro, pudieron ver las ruinas de una vieja granja.

—¡Qué sitio tan terrible! —dijo Holly, con voz asustada, mientras se acercaban.

El tejado estaba inclinado y muchas de las tejas se habían caído, y el porche colgaba desprendido por uno de los extremos, como si fuera un brazo roto. Y el patio estaba tan lleno de zarzales que Pete, mientras lo atravesaba para acercarse a la casa, se llenó los brazos y las piernas de arañazos.

—¡Canastos! —se quejó—. Ahora comprendo por qué llaman a esto la isla Zarzamora.

—Yo creo que se debería llamar la isla «Pegadora» —rió Holly —, porque te pegas en el suelo y no puedes salir. Ahora ya estoy seca. ¿Por qué no volvemos a casa?

Dieron media vuelta y, antes de subir, Pete ató a la popa de la motora la cuerda de la barca de remos. Pronto empezó a zumbar el motor fueraborda y volvieron a encontrarse cruzando el lago. Los demás Hollister habían ido a recibirles al desembarcadero.

—¡Holly! ¡Pam! —exclamó la madre con un suspiro de alivio—. ¡Menos mal que estáis bien!

Rápidamente, se explicó lo sucedido y las niñas fueron a bañarse antes de cenar.

Cuando los niños se fueron a acostar, Zip siguió a Pete hasta su habitación y saltó a la cama, donde se quedó dormido antes que el muchacho. En plena noche, Pete le oyó levantarse y gruñir apagadamente.

Pete dejó su cama de un salto.

¿Sería otra vez el merodeador? Prestando atención a todo ruido,

Pete salió al pasillo y allí se encontró con Pam.

—Yo… Yo también lo he oído —dijo la niña, muy excitada—. Parece que alguien llore. Puede que sea Sue.

Andando de puntillas, los dos hermanos se acercaron al cuarto de la pequeñita, que a veces hablaba dormida, sobre todo si estaba enferma o tenía una pesadilla. Pero Sue estaba en su camita, profundamente dormida. ¿De dónde procedían aquellos rumores tan raros?

Pete y Pam volvieron a prestar atención.

—Llega de abajo —dedujo Pam—. Vamos a ver.



—Sí. Vamos.

Siempre de puntillas, bajaron las escaleras, seguidos por Zip. Pete apoyó una mano en la cabeza del animal, pues era ésa la manera de indicar al obediente perro que no debía ladrar.

—¡Chist! —dijo el chico—. No hagas ruido.

Cuando llegaron a la cocina, el llanto era más sonoro. Pam abrió la puerta del sótano.

—Sale de aquí ese ruido —dijo.

Pete encendió la luz y él y su hermana bajaron las escaleras.

—Escucha —dijo Pete—. Se oye en aquel rincón.

Cuando se acercaban, Pam dio un chillido, pero no por miedo.

—¡Mira, Pete! ¡Gatitos! ¿Verdad que son lindos?

Sobre un saco había una gata y sus cinco hijitos. Pam, que estaba muy acostumbrada a ver gatitos pequeños, calculó que aquéllos tenían unas tres semanas.

Pete miró hacia arriba y vio que la ventana del sótano estaba entreabierta.

—Han entrado por ahí —dijo—. ¿De dónde habrán venido?

Oyeron pasos arriba. El señor y la señora Hollister bajaban las escaleras, seguidos de Holly y Ricky.

—¡Hay gatitos! ¡Hemos encontrado gatitos! —gritó Pam, contenta—. Hay una mamá con cinco hijitos.

—Los gatos Hollister —se le ocurrió decir a Holly—. Y hay un gato para cada uno de nosotros…

La pequeña se acercó para agacharse y acariciar a los animalitos, pero, en seguida, la gata madre dio un bufido.

—Apártate, hijita —le aconsejó la señora Hollister—• La madre no sabe todavía que somos amigos y quiere proteger a sus pequeños.

Los Hollister decidieron dejar a la familia gatuna para pasar la noche. Pete cerró la ventana para que los gatos no pudieran escaparse y toda la familia se marchó a la cama, aunque tardaron un rato en dormirse.

La pequeña Holly pasó mucho tiempo haciendo planes. Al día siguiente haría vestidos para los gatitos. Cuando tuviera vestidos a los animalitos, a lo mejor podría hacer comedias con los gatos como si fuesen marionetas.

También Ricky pensaba en los gatitos. Prepararía un desfile

gatuno alrededor de la casa. Haría unos collares para los animales y sujetos a los collares pondría banderitas. Al fin, los niños se durmieron y soñaron con los gatitos.

A la mañana siguiente se levantaron más temprano que de costumbre. ¡Cuántos gritos y nerviosismo había, mientras corrían todos a ver los gatitos!

Ahora los animales fueron más sociales. La madre estaba dando lametones a sus hijos y no bufó a los visitantes.

—Ya sé cómo vamos a llamar a la mamá gata —anunció Holly—. Se llamará Morro Blanco.

Ricky quiso llamar Medianoche al gatino negro, y al blanco, Pam le puso el nombre de Bola de Nieve. A uno que era de varios colores mezclados, Pete tuvo la idea de ponerle Tutti-Frutti, y Holly llamó Humo al de color gris. No se les ocurría cómo bautizar al quinto minino, hasta que Sue propuso:

—Se puede llamar Mimito.

—Yo creo que esto es mucho mejor que encontrar en casa un tesoro —opinó Holly—. Me gustan mucho los gatos.

Mientras desayunaban, la señora Hollister aconsejó a sus hijos que procurasen averiguar quién era el propietario de los gatitos. Podían pertenecer a algún niño que estuviera muy triste porque se le habían marchado los gatitos.

—Yo creo que es una gata solitaria —indicó Ricky.

Y su hermano Pete agregó:

—Puede que tenga un amo malo y por eso se ha escapado.

No pasó mucho tiempo sin que los vecinos se enterasen de la nueva familia gatuna que poseían los Hollister. Donna Martin fue la primera en ir a verlos. ¡Cómo le habría gustado tener aquellos cinco mininos!

Después llegó Ann Hunter con su hermano Jeff. Más tarde, cuando Dave Meade se presentó, a ver a Morro Blanco y sus hijitos, se pasó una mano por los rebeldes cabellos, diciendo:

—¿Sabéis que esta gata se parece a la que tenía Joey Brill? Le desapareció hace un mes.

—Claro. No me extraña —gruñó Ricky.

Los niños se sintieron muy inquietos al enterarse de que aquella gata podía pertenecer a Joey. Pam le contó a su madre lo que pasaba.

—Yo creo que, si pertenece a Joey, lo mejor será ir a devolverle la gata.

—Puede ser que se portase mal con Morro Blanco —dijo Pam.

Pero la señora Hollister les explicó que, si el animal era de Joey, Joey tenía derecho a recuperarlo. Posiblemente ahora trataría mejor a Morro Blanco y la gatita ya no se escaparía.

Los niños discutieron a solas el asunto y comprendieron que su madre tenía razón. Pero, antes de que hubieran tenido ocasión de ir a avisar al chico, le vieron acercarse por la calle. Donna le había dicho en dónde estaba Morro Blanco.

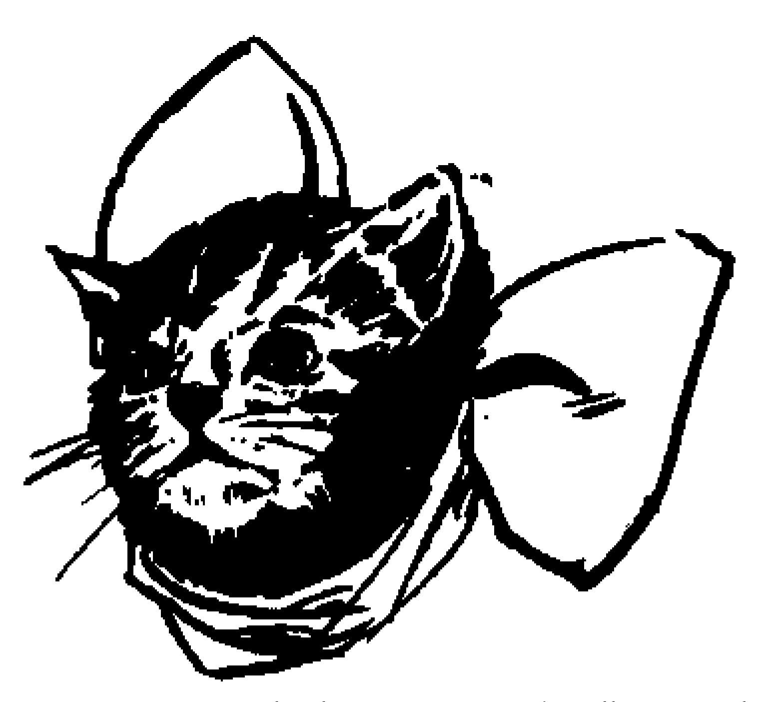
—¿Dónde está mi gata? —preguntó, agresivo, dirigiéndose a los hermanos Hollister.

—No sabemos si es tu gata —respondió Pete, en plan defensivo —. Pero si lo es, puedes llevártela.

Llevaron a Joey Brill al sótano y el chico dijo a gritos:

—Esta gata es mía. Lleva varias semanas fuera de casa y ahora ha tenido familia. Me la voy a llevar, a ella y a sus hijos.

UNA ATRACCIÓN SORPRENDENTE



—¡No! No puedes hacer eso —gritó Holly—. Puedes llevarte a Morro Blanco, pero a sus hijitos, no.

—¿Por qué no?

—¿Es que habías perdido también a los gatos? —preguntó Holly.

—Claro que no —hubo de admitir Joey.

Holly sonrió.

—Entonces, no puedes llevarte más que lo que perdiste —dijo la niña.

Los demás niños no habían pensado en tal cosa, pero de todos modos les pareció natural. A regañadientes, Joey se conformó con llevarse la gata y dejar los gatitos. Dijo a los Hollister que el verdadero nombre de Morro Blanco era Leche con Manteca.

—Anda, Leche con Manteca —dijo el chico—. Nos vamos a casa.

Pero la gata no se movió.

—Lo ves —dijo Ricky—. La gata no quiere irse contigo. Se quiere quedar con sus hijitos.

—De todos modos, me la voy a llevar —gruñó el chico.

Miró por el sótano y encontró una cesta vieja con tapadera. Entonces, Joey se agachó y cogió al animal por el vientre. La gata maulló y se afiló las uñas, pero Joey la empujó brutalmente dentro de la cesta, bajó la tapa y se sentó encima.

—Ahora ya te tengo —dijo, triunfante—. No te volverás a escapar nunca.

—¿Qué le vas a hacer? —preguntó Pam.

—La meteré en el cuarto de los trastos —repuso el chico—. Eso la enseñará a no escaparse.

Los Hollister sintieron mucha lástima por Morro Blanco y sus hijitos. Los gatitos eran ya bastante crecidos para poder vivir sin su madre, pero nadie lo hubiera creído, oyendo a Morro Blanco maullar y arañar dentro de la cesta.

Los niños abrieron la puerta del sótano para que saliera Joey. El chico salió por el patio trasero, mientras la gata seguía lamentándose y arañando.

—Ya sé lo que voy a hacer. La refrescaré en el lago.

—Pero si a los gatos no les gusta el agua —dijo Pam con tristeza.

—Pues yo haré que a éste sí le guste.

Y, en cuanto dijo esto, el chico se inclinó al borde del embarcadero y bajó la cesta hacia el agua.

A la gata, aquello no le gustó ni un poquito. Cuando el agua estaba a punto de alcanzar a la parte alta del cesto, la tapa se abrió bruscamente.

La gata dio un enorme salto y se lanzó sobre Joey, arañándole una mano. El chico retrocedió, apartándose del animal, y tropezó en el extremo del embarcadero.

—¡Atrápalo! ¡Atrápalo! —gritó Pam a Pete, que estaba cerca del otro muchacho.

Pero ya era demasiado tarde. Con un ruidoso chapoteo, Joey Brill cayó de espaldas en el agua. Se hundió hasta el fondo y con muchas dificultades volvió a aparecer en la superficie. Pete se agachó para ayudarle a salir al embarcadero.



—¡La gata! ¿Dónde está la gata? —gritó Joey.

Pero Morro Blanco, que no estaba dispuesta a dejarse tocar más por un chico de tan malas intenciones como Joey, había trepado a las ramas más altas de un árbol.

—¡Hollister, os aseguro que me vais a pagar esto! —chilló Joey, mientras se marchaba, muy furioso, a su casa.

Cuando el chico desapareció, Morro Blanco bajó cautelosamente del árbol, cruzó el césped tan majestuosamente como un tamborilero y se encaminó a la puerta del sótano, con el rabo muy tieso. Holly le abrió y los gatitos maullaron alegremente al ver a su madre. Holly les llevó un tazón de leche.

Al mediodía llegó el señor Hollister a comer. Teniendo a Tinker que se quedaba a despachar en la tienda, él podía ir muchas veces a

su casa a la hora de la comida. Aquel día, el señor Hollister parecía muy pensativo.

—¿Estás pensando en un invento nuevo, papá? —le preguntó Pete.

—No es eso exactamente, hijo. Estoy buscando un modo de sacar más beneficios del «Centro Comercial».

—¿Es que no ganas bastante? —se interesó Pam.

—Sí. Se gana bastante. Pero tengo que vender mucho más, si quiero que la tienda sea un verdadero éxito.

Sonriendo a su marido, la señora Hollister preguntó:

—¿Y qué idea se te ha ocurrido para atraer más clientela al «Centro Comercial»?

—Tendremos que idear alguna atracción —dijo el padre—. Algo que llame la atención sobre la tienda.

Holly dijo inmediatamente:

—Tengo una idea. ¿Por qué no escribimos a todos los señores y a todas las señoras para decirles lo bonito que es el «Centro Comercial»?

El señor Hollister repuso que la idea le parecía muy buena, pero que hay personas que no leen los papeles de propaganda.

—Tendría que hacerse algo muy sorprendente —añadió el señor Hollister.

—¿Qué es «solprendente», papá? —preguntó Sue, muy interesada.

Todos se echaron a reír, y el señor Hollister explicó a su hijita menor que «sorprendente» quería decir algo que asombrase, como por ejemplo instalar un pequeño circo en el patio trasero de su casa.

—Eso. Eso —aplaudió Sue—. ¡Un circo!

De pronto a Pete se le ocurrió una idea, hizo chasquear los dedos y exclamó:

—¿Y si usamos globos? Podremos hacer algo sorprendente usando globos.

Mientras toda su familia escuchaba atentamente, Pete explicó su plan. Los Hollister inflarían muchos, muchísimos globos y en tres de ellos meterían un trozo de papel que dijese: «En el Centro Comercial recibirá usted un premio».

Entonces, todos los globos se soltarían desde un alto campanario de alguna iglesia del centro de la ciudad. Naturalmente, todos los

niños correrían a ver si cogían algunos de los globos.

—¿Y desinflarán el globo para ver si han tenido suerte? —preguntó Holly.

—No. Tendrán que llevarlos a la tienda. Así todos pasarán por el «Centro Comercial», para ver quién tiene el número de la suerte.

—A mí me parece una idea estupenda —aseguró Pam—. ¿Qué crees tú, papá?



El señor Hollister dio la razón a Pam y dijo que anunciaría lo que iban a hacer en el periódico y que llevaría a casa un gran paquete de globos del «Centro Comercial». Por la noche los niños se entretendrían inflando globos para la gran propaganda.

Por la tarde, Pete telefoneó al sacristán de una iglesia. El sacristán dijo que estaría encantado de permitir a los niños lanzar los globos desde lo alto del campanario.

Cuando aquella noche el señor Hollister llevó los globos a casa, se despertó un gran alboroto y nerviosismo. Pam escribió muchos papelitos en los que decía:

«Compre sus juguetes en el “Centro Comercial”.»

Pero en tres de aquellos papeles escribió algo diferente:

«Éste es uno de los globos de la suerte. El “Centro Comercial”

tiene un premio para usted».

Mientras Pam se ocupaba de escribir, Ricky, Holly y Pete inflaban globos y más globos. Unos eran redondos, otros alargados; los había de todas las medidas y en colores rojo, amarillo, blanco, verde y azul.

Antes de acostarse ya tenían los globos preparados. Pam los contó. Eran ciento dos. Los niños ataron un cordoncito en cada globo y, luego, los colocaron en grupos, como hacen los vendedores de globos en las ferias.

Estaban acabando aquel trabajo cuando Pete miró hacia la ventana y vio una cabeza que se escondía inmediatamente.

—¿Quién es? —preguntó Pete.

Pero nadie contestó, mientras Pete corría a mirar afuera. Todo estaba oscuro y silencioso.

—Puede que sea el señor viejo que anda dormido —dijo Ricky con su sonrisa burlona—. Podemos invitarle a entrar y le regalaremos un globo.

—No seas tonto —le reprendió Holly—. Puede que sólo haya sido una sombra.

Para asegurarse de que no había nadie rondando la casa, Pete corrió a la puerta trasera y miró por los alrededores, pero no pudo ver a nadie. Entonces volvió adentro y ayudó a sus hermanos a dejar los globos en la sala de estar.

A la mañana siguiente, pronto corrió entre los niños de la ciudad la noticia de los globos de los Hollister.

—¿Cuándo vais a soltarlos? —deseó saber Dave Meade.

—Hoy, a la una —respondió Pam.

Después de comer, el señor Hollister se llevó a sus hijos, con los globos, al «Centro Comercial».

—¿Cuáles van a ser los premios? —preguntó Ricky.

—Todavía no lo he decidido. ¿Qué creéis vosotros que puede ser un buen premio?

Ricky opinó que unos patines de ruedas; en cambio, Holly pensó que si ganaba una niña lo mejor era una muñeca, y Pam dijo que le parecía muy buen regalo una raqueta de tenis.

—Muy bien —asintió el padre—. Pues esos serán los tres regalos.

¡Qué nerviosismo tenían todos, a medida que se iba acercando la

hora de soltar los globos! Se decidió que Pete y Pam se encargasen de subir al campanario. Pero Ricky y Holly suplicaron que se les dejase ir también. Querían ver Shoreham desde muy alto.

—Si prometéis tener mucho cuidado, podéis ir —dijo el señor Hollister.

A la una menos diez los cuatro niños salieron hacia la iglesia. En la puerta les esperaba el sacristán, que les condujo a una larga escalera.

Los niños llevaban tantos globos en la mano que casi no podían ver por donde iban. Los globos les daban continuamente golpecitos en la cara y los Hollister se sintieron muy contentos cuando llegaron al pequeño balcón del campanario.

—Los niños de abajo parecen muñecos —rió Pam, mirando al enorme grupo de niños y niñas que se arremolinaban en la calle.

Al fin, las saetas del gran reloj de la iglesia señalaron la una y la campana repicó una vez.

—¡Soltemos los globos! —gritó Pete.



Y entre él y Pam dejaron ir los globos por el aire, mientras los niños de abajo empezaban a gritar alegremente. Los globos se esparcieron por todas partes, empujados por el viento hacia arriba, hacia abajo, a los lados… Los Hollister se quedaron un rato mirando cómo sus amiguitos, abajo, corrían para atrapar los globos.

¡Qué escena tan divertida! El tráfico se había interrumpido completamente, mientras los niños corrían de un lado a otro, dando saltos para alcanzar los lindos globitos.

—Tendremos que volver al «Centro Comercial» —dijo Pete—. Esos chicos irán en seguida allí.

Muchos padres habían acompañado a sus hijos al centro de la ciudad para presenciar el lanzamiento de globos y ahora todos se pusieron en marcha hacia el «Centro Comercial».

Según le iban entregando cada uno de los globos, el señor Hollister lo desinflaba con precaución y sacaba el pedacito de papel. Pero, al poco rato, fueron tantos los niños que entraban al mismo tiempo que Pete y Pam tuvieron que ayudar a su padre, mientras Tinker despachaba a los clientes mayores.

Al poco rato, un niñito que se llamaba Phil entregó su globo a Pete, quien lo deshinchó y leyó el papelito.

—¡Aquí hay un papel de la suerte! —anunció Pete.

—¡Viva! —chilló Phil y todo el mundo se congregó alrededor del pequeño.

—¿Qué prefieres, una raqueta de tenis o unos patines? —preguntó el señor Hollister.

—Unos patines —escogió el pequeño.

Cuando los Hollister habían desinflado unos cincuenta globos entró corriendo Ann Hunter.

—He encontrado éste en el lago —dijo, sin aliento.

Pam lo miró. ¡Otro globo de la suerte!

—¡Oh, Ann, cuánto me alegro de que hayas ganado tú!

—Muy bien, señorita. ¿Qué es lo que prefieres? —preguntó el señor Hollister—. ¿Una muñeca o una raqueta de tenis?

Ann prefirió una bonita muñeca de tirabuzones rubios.

Siguió habiendo nerviosismo en todos los chicos, mientras se iban desinflando los restantes globos. Cuando estaban con el que hacía número noventa y dos, entró Joey Brill, corriendo como una flecha y apartando a los demás. Joey llevaba un globo en la mano.

—¡Abridlo! —ordenó.

Pete sacó el papelito.

—¡Otro globo de la suerte! —anunció.

—¡Uf! —gruñó Ricky, mascullando con Holly—. ¡Ya le ha tenido que tocar a él…!

El señor Hollister estaba a punto de entregarle una raqueta de tenis cuando entró otro niño, a toda prisa, llevando también un globo.

—Ya han aparecido todos los globos de la suerte —le dijo el señor Hollister, sonriendo.

—De todos modos, ¿por qué no abre el mío? Me haría mucha ilusión —dijo el niño.

Pete le atendió y Pam leyó inmediatamente el papel.

—¡Pete! —exclamó la niña, que casi había perdido la voz a causa de la sorpresa—. Es otro globo de la suerte. ¿Cómo puede haber cuatro, si nosotros sólo pusimos tres papeles?

RESBALÓN EN EL TIOVIVO



Todo el mundo se quedó asombrado por aquel cuarto globo de la suerte que los Hollister no habían preparado.

—Pero si no habían más que tres —se lamentó Holly.

—Es verdad —asintió el señor Hollister—. Tiene que haber algún error.

Tanto los demás niños, como sus padres se daban cuenta de que alguno de los papelitos de la suerte tenía que ser falso.

—Déjamelos leer, papá —pidió Pam—. Yo te diré si están escritos por mí o no.

El primer papel que miró fue el del globo que llevó el último niño. Estaba escrito con su letra. Luego miró el de Ann Hunter. También aquél tenía la letra de Pam. El niño que había recibido primero el premio estaba muy nervioso y empezó a gritar:

—El mío también es bueno. De verdad. De verdad.

Pam miró el papelito. Sí. También era uno de los que ella había hecho la noche anterior.

Entre tanto, Joey Brill había empezado a escabullirse hacia la puerta, pero Pete le vio.

—No corras tanto, Joey —le gritó—. Déjanos ver otra vez tu papel.

Joey habría querido marcharse, pero los demás le empujaron para que volviera. Sin ninguna gana de hacerlo, el chico entregó su papel a Pam.

—Papá, este papel no está escrito por mí —dijo la niña, mirando fijamente el papelito y luego se volvió a Joey, muy enfadada—. Seguro que eras tú el que estaba anoche mirando por la ventana para ver lo que hacíamos.

Mientras Pam le acusaba, el labio inferior de Joey empezó a temblar. El chico bajó la vista al suelo. Aunque nadie dijo nada, todos estaban seguros de que Joey había querido apropiarse indebidamente de un premio.

—¡Eso es muy feo! —reconvino Pam.

Joey estaba muy asustado. Sin levantar la vista, salió corriendo de la tienda y escapó a su casa.

—Me alegro de que se haya ido —declaró Holly.

Y en seguida todos se olvidaron del chico.

Las personas mayores que habían acompañado a sus hijos empezaron a mirar los atractivos artículos que se exhibían en los mostradores y compraron muchas cosas. Tinker, el señor Hollister y hasta los niños estuvieron muy ocupados, envolviendo juguetes y artículos de ferretería.

Cuando el número de compradores fue disminuyendo, el señor Hollister se sentó a hablar con Pam y Pete.

—Ha sido una idea magnífica. Éste es el día que más he vendido, desde que se abrió la tienda. Como recompensa a vuestra ayuda, voy a hacer algo especial para vosotros.

—¿Qué va a ser, papá? —preguntó Pam.

—Os lo diré a la hora de la cena —repuso el padre—. Será una sorpresa para toda la familia. ¡Una gran sorpresa!

Y aquella noche el señor Hollister les comunicó que al día siguiente irían de excursión a cenar al State Park. Él saldría de la tienda a las cuatro de la tarde para poder ir todos juntos.

—¡Hurra! —gritó Ricky, dando un salto en la silla que por poco no le hizo caer de cara en el vaso de leche.

Todos los niños estaban ansiosos de ver el State Park, que estaba al norte de la ciudad, a la orilla del lago de los Pinos. En aquel parque, no se permitía la entrada de automóviles, pero había muchos senderos y paseos para bicicletas por donde se llegaba hasta un pinar donde había fogones y bancos para sentarse a comer.

El señor Hollister explicó que, en la entrada del parque, había un centro de atracciones, con tiovivo, coches de carreras y otros entretenimientos muy divertidos.

—¿Podremos meternos en todas las «tracciones»? —preguntó Sue, muy seria.

—En todo lo que quieras —repuso el padre, haciendo un guiño a su esposa.

A la tarde siguiente, las niñas ayudaron a su madre a preparar una estupenda cena que colocaron en una cesta especial. Dave Meade, que había ido a ver a Pete, se enteró de la excursión que preparaban los Hollister y preguntó:



—No habréis pensado en llevar a Zip, ¿verdad? En el State Park no está permitida la entrada a los perros.

—Zip se quedará en casa —contestó Pete.

—¿Y qué te parece si yo me lo llevo a mi casa hasta mañana por la mañana? —preguntó Dave—. Así no tendría que estar solo, el pobre.

Como Dave y Zip se habían hecho muy buenos amigos, Pete contestó en seguida:

—Muy bien. Que vaya contigo.

—Pues nos vamos ya, porque tengo que recortar el césped de mi

jardín. Hasta mañana. Ven, Zip. ¡Andando, chico!

Cuando el señor Hollister volvió de su trabajo, encontró a su familia preparada para salir.

—Tinker cerrará la tienda a las seis —explicó, mientras todos se instalaban en el coche.

Cuando llegaron al parque, los niños corrieron alegremente a la entrada.

—¿Qué queréis hacer primero? —preguntó el padre.

—Montar en el tiovivo —respondió inmediatamente Ricky.

A todos sus hermanos les pareció divertidísimo poder montar en los animalitos de madera que daban vueltas y más vueltas, mientras sonaba la música. Cuando el tiovivo se paró, el señor Hollister pagó entradas para todos y los niños subieron.

Ricky se acercó a un precioso caballito amarillo y saltó a la silla en un instante. Holly, que llevaba los pantalones de gimnasia, saltó a una jirafa. Pete se sentó sobre un oso bailarín, y Pam, con Sue sentada en sus rodillas, se colocó en un cochecito amarillo.

—¿Vais a montar con nosotros? —preguntó Holly a sus padres.

—Naturalmente —repuso la señora Hollister.

Ella y su marido eligieron unos caballos que estaban colocados uno al lado del otro. La señora Hollister iba sentada de lado y su marido se colocó a horcajadas, como si fuera un ranchero tejano, lo que dio mucha risa a los niños.



El carrusel empezó a girar lentamente. Sonaron silbidos, repicaron campanillas. Los caballos subían y bajaban; el oso se balanceaba de un lado a otro y el cochecito oscilaba, suavemente como si estuviese en el lago de los Pinos.

¡Qué divertido era aquello! Los gritos de los niños se oían por encima de la música. Cuando el tiovivo se paró, el señor Hollister bajó a pagar otros siete tickets.

Al ponerse otra vez en marcha, a Ricky se le ocurrió una idea. Se estaba aburriendo de no hacer más que subir y bajar en su caballo. Le estaban dando ganas de trepar por la barra, que atravesaba el lomo del caballito, y subir al techo del tiovivo para ver desde allí todo lo de abajo.

Y, sin pensarlo más, el travieso pecoso se puso de pie sobre el caballito y, cogido a la barra, empezó a trepar. Pero el empleado del tiovivo le vio cuando estaba a medio camino.

—¡Baja de ahí! —gritó el hombre—. ¡Baja antes de que te caigas!

Pero la música del órgano era tan ruidosa que Ricky no oyó la advertencia, llegó a lo alto de la barra y se dispuso a cogerse a la traviesa a que iba unida la barra.

Lo malo fue que la traviesa estaba impregnada de una grasa resbaladiza y Ricky no lo sabía.

Sin embargo, el señor Hollister ya había saltado de su caballo y se encontraba debajo de Ricky. Cuando el niño se cogió a la grasienta traviesa, le resbalaron las manos. Ricky se vino abajo, para ir a caer en los brazos de su padre.

Entre tanto, el empleado del carrusel había levantado una palanca para interrumpir la marcha y en seguida corrió junto al señor Hollister y Ricky.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Vaya idea! A nadie se le había ocurrido nunca subir a lo alto del tiovivo ¿Este pequeño es hijo de usted?

El señor Hollister contestó que sí y que lamentaba muchísimo el conflicto que el pequeño había producido. La mamá de Ricky se sintió muy tranquilizada al ver que su hijo había aterrizado entero, y no en varios pedazos, fue a darle un cariñoso abrazo. No obstante, dijo al pequeño muy severamente:

—¡No vuelvas a hacer nunca una cosa así!

—No, mamá, palabra que no lo haré —prometió.

El empleado del tiovivo dijo que él también tenía un niño de la edad de Ricky y que sabía perfectamente que a los chicos se les ocurrían toda clase de diabluras; y fue a buscar un trapo para que Ricky se limpiara las manos.

—Creo que, por hoy, basta de tiovivo —dijo la señora Hollister.

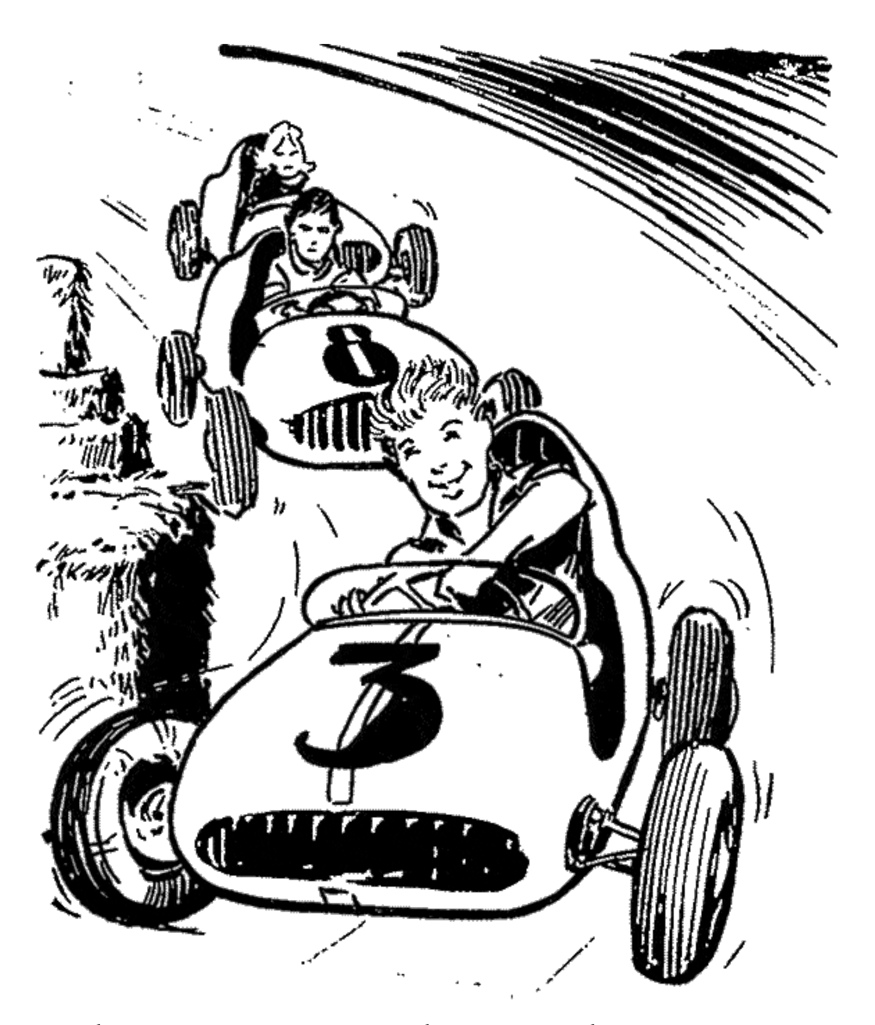
Después de que Ricky se hubo limpiado las manos, la familia se encaminó a ver otras atracciones. Pete y Pam iban delante, pero Pete no tardó en volver junto a los demás para decir:

—Allí hay una cosa diferente. Son coches de carreras pequeños. Venid a ver.

A corta distancia vieron una pista de carreras en miniatura, con seis diminutos coches.

—Tienen motores de verdad. ¿Puedo subir en uno, papá?

Antes de contestarle, el señor Hollister fue a hablar con el encargado de aquella atracción y así se enteró de que los pequeños coches de carreras resultaban totalmente seguros y sólo se permitía ir en ellos a chicos mayores. Ricky se sintió desencantado al ver que su padre sólo compraba tickets para Pete y Pam. De todos modos, el señor Hollister le prometió alguna otra diversión a cambio.



Cuando Pete y Pam se estaban metiendo en sus pequeños automóviles, otros cuatro niños ocuparon los demás vehículos. Los seis coches estaban colocados en fila. Cuando se oyó decir: «Adelante», todos se pusieron en marcha, dando vueltas alrededor de la pista.

—¡Pero si va a ser una carrera de verdad! —se entusiasmó Holly.

Al principio, el que iba delante era un muchachito de jersey color rojo; luego, Pete le pasó. Pero Pam había situado su coche cerca de la baranda, en la curva más corta, y no tardó en quedar al frente. Los cochecitos tenían gasolina suficiente para dar seis vueltas a la pista. El niño del jersey rojo empezó a aproximarse a

Pam. Los demás iban detrás, en fila de a uno. El coche de Pete sufrió una avería en el motor y se detuvo a la cuarta vuelta. Todos los otros Hollister estaban pendientes de Pam.

—¡Vamos, Pam! ¡Adelante! —le gritaban a la niña—. ¡Gana la carrera, Pam!

Ella no podía oírles, porque el viento le zumbaba fuertemente los oídos, pero siguió corriendo con toda rapidez y fue la primera en cruzar la línea final. Como recompensa recibió un gran aplauso de todos los que estaban mirando.

El próximo sitio donde los niños se detuvieron fue ante el Cohete con destino a la Luna. Ahora era el turno de Ricky. Sobre un mostrador se veían tubos cargados con cohetes de la medida de alfileres y en la parte posterior de la barraca resplandecía una graciosa luna.

El primero y el segundo cohetes de Ricky fueron a parar a la luna.

—Ocurre igual que en el cuento de la vaca que saltó a la luna —rió Sue.

Ricky apuntó cuidadosamente. ¡Su cohete siguiente fue a parar al mismo centro de la luna y el niño recibió un premio!

—Enhorabuena —dijo el señor Hollister—. Y ahora, vamos a cenar.

—Podríamos alquilar unas bicicletas para ir pedaleando hasta el sitio en que vayamos a comer, si te parece —dijo la señora Hollister.

Al señor Hollister le pareció una buena idea. De modo que lo primero que hicieron fue ir a buscar a la furgoneta las cestas de la comida.

Las bicicletas estaban allí cerca, alineadas en un bastidor a la entrada del parque. Pam y Holly eligieron las bicicletas apropiadas a su medida, y su madre hizo otro tanto.

Ricky encontró una pequeña, que le gustó mucho, y el señor Hollister una grande, con un gran cesto sujeto al manillar; allí sentó a Sue.

Pete estaba buscando una bicicleta apropiada para su altura, cuando de repente exclamó:

—¡Ésta es igual que la mía!

—¡Pero si es la tuya! —se asombró Holly—. ¡Tiene una

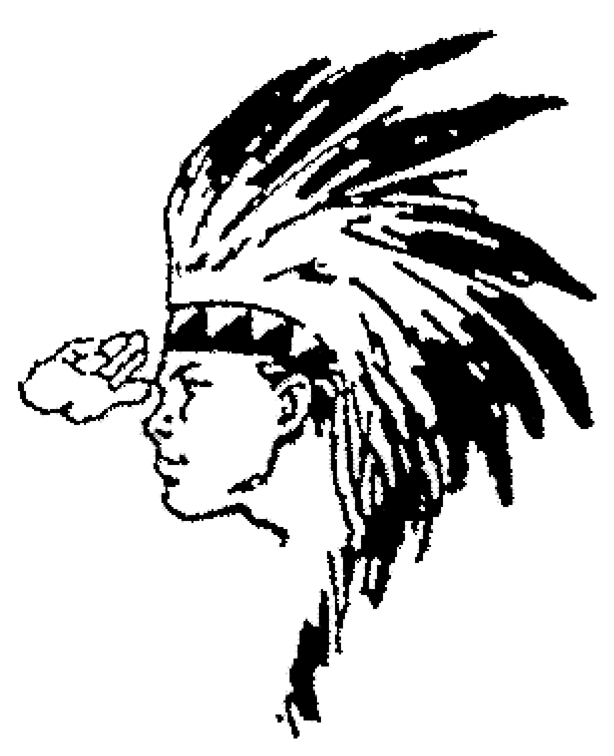
raspadura en el guardabarros!

Pete sabía un medio para asegurarse de si aquélla era su bicicleta, porque hacía un mes que en la suya, en un escondite, había metido un mensaje. Había escrito una nota y enrolló el papel alrededor de la batería, dentro del faro.

Mientras el hombre encargado del alquiler de bicicletas le miraba con asombro, Pete desmontó los cristales del faro y rebuscó en la batería. Había un papel donde se leía:

«Esta bicicleta pertenece a Peter Hollister».

LA SORPRESA DE LOS BOSQUES



—¿Es que tú eres Peter Hollister? —preguntó el dueño de las bicicletas, muy asombrado.

—¡Síiii! —dijeron los hermanos Hollister a coro.

Y, cuando el señor Hollister intervino para asegurar que Pete era el propietario de la bicicleta, el hombre se rascó la cabeza, diciendo:

—¡Pues vaya un negocio que hice!

—¿A qué se refiere? —preguntó el señor Hollister.

—Compré esta bicicleta hace dos días. Venía montado en ella un hombre de muy mal aspecto. Parecía tener muchísima prisa y me ofreció la bicicleta por tres dólares.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó Pete, muy

nervioso.

—Pues estaba muy tostado y llevaba ropas muy viejas. Y noté algo raro en él. Esperad, a ver si sé lo que era.

—¿Era el sombrero? —apuntó Ricky.

—Eso es. Llevaba un sombrero rojo, muy estrafalario.

—Seguro que era el ladrón —afirmó Pete.

Luego, el señor Hollister y Pete contaron al hombre de las bicicletas que el furgón pequeño de mudanzas había desaparecido y se encontró luego, vacío de todos los juguetes.

—¡Hummm! —dijo, pensativo, el hombre—. Lo siento mucho. Creo que tendré que darles a ustedes su bicicleta.

El señor Hollister le dijo que no perdería los tres dólares que había pagado porque él se los iba a abonar.

—Verá lo que haremos —propuso el hombre—. Yo le cobraré tres dólares por el alquiler de las otras bicicletas y así ninguno saldrá perdiendo.

—Muy bien —asintió el señor Hollister—. Y yo pondré esta información en conocimiento de la policía en seguida. Puede que les ayude a dar con el ladrón.

Pete estaba loco de contento con su bicicleta y pedía que no se le volviese a perder. Pero, por si acaso, colocó otra vez la nota en la batería, antes de ajustar los cristales del faro.

La familia se puso, por fin, en marcha hacia el lugar apropiado para cenar. ¡Qué paseo tan divertido! Montados en sus bicicletas, subían y bajaban por la montaña y, cuando los chicos se deslizaban por alguna pequeña cuesta, adelantando a sus padres, gritaban, reían como un grupo de alegres vaqueros.

Los Hollister pasaron ante varios grupos de excursionistas. Todos los fogones parecían estar ocupados ya. Después de marchar durante unos veinte minutos, la familia llegó a un pequeño valle. Después de cruzar un pequeño puente, Holly distinguió otro rincón, donde se podía parar a comer. Estaba lleno de altos árboles y un pequeño arroyuelo corría a un lado.

—¡Qué sitio más estupendo! Seguro que los indios acampaban aquí muchas veces —gritó Ricky.

La señora Hollister dijo que su hijo debía de tener razón y propuso que Ricky mirase bien por si descubría alguna flecha india.

Todos bajaron de sus bicicletas. Pete corrió hacia una pila de

leña que había junto al fogón de piedra. Con la ayuda de Pam, pronto tuvo un fuego chisporroteando bajo la rejilla. Entonces, la señora Hollister abrió la cesta de la cena.

—¡Canastos! ¡Hay salchichas! —se entusiasmó Ricky.

Y quiso comerse una inmediatamente, pero su madre le dijo que aguardase a que estuviera asada sobre la hoguera. Entre tanto, lo que podía hacer era recoger palitos.

—¿Puedo preparar las salchichas yo? —preguntó Pam, cogiendo la ristra de embutidos.

—Muy bien —dijo su madre—. Yo las iré cortando.

La señora Hollister se había apartado un poco para ir a buscar el cuchillo, cuando Pam notó que le daban un tirón a las salchichas. Al volverse vio a un perrazo marrón con las salchichas en la boca. El animal echó a correr inmediatamente, arrastrando la ristra de embutido.

—¡Quieto! —Le gritó Pam, saliendo en su persecución—. ¡Suelta eso!

El perro corrió por el bosque, seguido de Pam que no le perdía de vista. El animal huía precipitadamente, a través de los matorrales y los grandes árboles.



Por dos veces, Pam le perdió la pista, pero volvió a encontrar al animal a la orilla del pequeño arroyuelo. El animal se había sentado sobre las patas traseras y estaba devorando una de las salchichas. Al ver a Pam empezó a gruñir.

«¡Ay, Dios mío! ¿Qué haré?», pensó Pam.

El perro ya se estaba comiendo la segunda salchicha.



«Tengo que quitárselas», se dijo Pam.

Cuanto más se acercaba Pam, más ruidosamente gruñía el perro. Pero Pam, valientemente, se agachó, cogió uno de los extremos de la ristra de salchichas y tiró con fuerza. El perro, muy furioso, también tiraba del otro extremo. Por fin, una de las ataduras se rompió y tanto el perro como Pam se tambalearon y estuvieron a punto de caer para atrás. Pero, al perro, sólo le quedaban dos salchichas y Pam, en cambio, tenía diez.

Al darse cuenta de aquello, el animal dio un salto hacia la niña. Dando un grito, Pam echó a correr, pero el animal salió tras ella y, como daba grandes saltos, en seguida estuvo muy cerca de la niña.

«Me va a morder», pensó Pam, llena de miedo. «Tengo que hacer algo en seguida».

Delante de ella vio un árbol que tenía algunas ramas bajas. Saltó en seguida a las ramas y empezó a trepar cuando el perro estaba a punto de alcanzarla.

Todo lo de prisa que pudo, Pam siguió subiendo hacia las ramas altas, sin soltar las salchichas. El perro se quedó debajo del árbol, saltando y dando ladridos de indignación.

Pam empezó a gritar, pidiendo ayuda, pero su familia estaba muy lejos de ella. ¿Cuánto tiempo se quedaría el perro debajo del árbol?

De repente, Pam oyó una voz cerca, que le decía:

—Yo me ocuparé de él, pequeña.

Entre los árboles apareció un guarda del parque que llevaba un garrote. El hombre sonrió a Pam y corrió hacia el animal, espantándole.

Pam bajó del árbol y, cuando llegó al suelo, vio que su familia llegaba, buscándola.

—Las he recuperado casi todas —anunció la niña, levantando en alto la ristra de salchichas—. Sólo faltan cuatro.

Contó a los demás lo que había ocurrido y todos se quedaron con la boca abierta.

—Eres muy valiente, Pam —dijo Holly—. Pero yo tengo un apetito…

Corrieron todos juntos al fogón y los niños asaron las salchichas después de lavarlas.

Cuando acabaron de comer, los niños se encargaron de recoger

las sobras y meterlas en una gran cazuela.

—Podemos hacer algún juego —propuso entonces Pete.

Holly dijo que le gustaría jugar a los pasos gigantes y en eso se entretuvieron. Pero, al cabo de un rato, Ricky dijo:

—Yo voy a ver si encuentro flechas indias.

Y desapareció por un espeso pinar, pero volvió en seguida. Se apoyaba un dedo en los labios y murmuraba:

—¡Chist! No hagáis ruido. He visto una cosa preciosísima.

—¿Qué es?

El niño no contestó, y sólo les hizo señal de que le siguieran.

De puntillas, todos marcharon detrás de Ricky. En seguida llegaron a un claro entre los pinares y en el centro vieron ¡un ciervo chiquitín!

—¡Qué guapito es! —cuchicheó Holly.

Entonces se oyó un ruidillo entre las matas. Un gran ciervo madre salió al claro y se aproximó a su bebé, acercándole el morro suavemente.

—Está besando a su hijito —dedujo Sue.



Al oír hablar, el ciervo grande levantó la cabeza y vio a los Hollister, pero no huyó.

—Deben de estar domesticados —dijo Pam, al ver que el gran ciervo les miraba tranquilamente con sus grandes y dulces ojos castaños.

—Claro. Si yo he estado acariciándoles —confesó Ricky.

Lentamente, todos los Hollister se acercaron a los animalitos y les acariciaron.

—¿No podría montar en un ciervo? —preguntó Ricky, que ya estaba pensando en lo divertido que sería cabalgar en uno de aquellos animalitos.

—No lo creo —repuso el señor Hollister—. Aunque en Laponia los niños lapones montan en renos.

Ricky decidió probar y montó en el lomo del ciervo madre. Pero, en lugar de conseguir que el animal le llevase a dar un paseo, Ricky sufrió una sacudida y fue a parar al suelo. Y tanto el ciervo madre como su hijito desaparecieron por los bosques.

Cuando Ricky se levantó del suelo, los Hollister volvieron junto a sus cestas de la cena y dieron un paseo en bicicleta, por los alrededores, antes de regresar a la entrada del parque.

—¿Os habéis divertido? —preguntó el hombre de las bicicletas, mientras colocaba los vehículos otra vez en el bastidor.

—¡Ha sido estupendo! —contestó Pam, que luego le contó las aventuras que habían pasado.

La vacía cesta de la cena y la bicicleta de Pete se metieron en la furgoneta y los Hollister tomaron el camino de Shoreham.

Cuando llegaron a su calle ya era casi completamente de noche. Sue se había quedado dormida en los brazos de la madre y todos se encontraban cansados.

Ya estaban llegando a su casa, cuando los Hollister se quedaron perplejos por lo que veían. Pete exclamó:

—¡Hay un reflector brillando!

—¡Y un coche de la policía! —añadió el señor Hollister.

—¡Señor! ¿Qué habrá ocurrido? —se lamentó la señora Hollister.

Cuando detuvo la furgoneta en el camino del jardín, el padre se acercó inmediatamente al coche, en el que estaba sentado un policía.

—¿Qué sucede, oficial? —preguntó el dueño de la casa.

El policía salió del coche y se presentó, diciendo que era Cal Newbarry, de la policía de Shoreham.

—Nos han avisado de que había alguien merodeando por la casa, señor Hollister —explicó—. El sargento y yo hemos venido a investigar. El sargento está ahora explorando la parte posterior de la casa.

Y, precisamente desde esa parte, llegó en aquel momento el sargento de policía, acompañado del señor Hunter, el padre de Jeff y de Ann.

El señor Hunter explicó que había visto a un hombre rondando por la casa cuando empezaba a oscurecer y por eso llamó a la policía. Pero el sargento no pudo encontrar a nadie.

—Es una lástima que Zip no se haya quedado de guardia en la casa —dijo Pete.

—Lo mejor será registrarlo todo en seguida, otra vez —propuso el sargento.

Los Hollister y el oficial Cal se unieron a la búsqueda. Miraron entre los matorrales y detrás de los árboles y se cercioraron de que todas las puertas de la casa estaban bien cerradas.

De pronto, Pete gritó:

—¡Mira, papá, la ventana del sótano está entreabierta!

Aquella ventana quedaba disimulada detrás de unos arbustos y el sargento no se había fijado en ella.

—A lo mejor la ha abierto Joey para quitarnos los gatitos —dijo Pam.

A toda prisa, el señor Hollister abrió la puerta principal y los niños corrieron al sótano. En el rincón estaba tranquilamente Morro Blanco con sus cinco gatitos.

—¡Qué contenta estoy! —dijo Holly, llena de felicidad.

Entretanto, el oficial Cal que estaba examinando el suelo por la parte exterior de la ventana del sótano, llamó, diciendo:

—Aquí hay huellas de pisadas.

—¿Son pequeñas? —preguntó Pete.

—No. Son de zapato de hombre.

El señor Hollister habló a los policías de la misteriosa persona que rondaba la casa y les tenía preocupados desde que se habían trasladado a Shoreham.

—Mantendremos cierta vigilancia sobre esta casa —dijo el agente de policía—. Yo pasaré por aquí, en el coche, todas las noches un par de veces, hasta que se aclare el misterio.

Los niños subieron del sótano y acompañaron al policía a su coche. El simpático Cal apagó el faro, dijo adiós a todos y se puso en marcha.

Cuando los niños volvían a la casa, la lámpara del vestíbulo proyectaba un trecho de luz y entonces Pam pudo ver un cuadrado de tela, medio oculto bajo unos grandes arbustos de azalea. La niña recogió lo que acababa de encontrar y corrió hacia el cuarto de estar, donde se encontraban sus padres, diciendo:

—Aquí tengo una pista.

—Sí, esto es un pañuelo —replicó su madre.

—Un pañuelo muy feo —declaró Pete—. ¿Sabes quién tiene uno igual?

—¿Quién? —preguntó Ricky.

—Roy Tinker. El otro día, cuando estábamos en la tienda, se lo vi en el bolsillo.

—¿Roy Tinker? —repitió el señor Hollister.

—¡Vaya, papá! ¿Crees que puede ser Tinker el que ronda por la casa? —preguntó Pete.

ZIP JUEGA AL CABALLO



¿Sería posible que fuese Tinker el hombre que rondaba la casa de los Hollister?

—Que no sea. Que no sea —rogó Holly, ingenua.

Él asintió y fue a telefonear. Habló con Tinker y le pidió que fuese en seguida a verle. A los pocos minutos, el empleado llamaba a la puerta de los Hollister y el padre le llevó al cuarto de estar.

—Tinker, ¿esto es de usted? —preguntó el señor Hollister, mostrándole el pañuelo que había encontrado Pam.

El viejo miró el pañuelo con sorpresa.

—Sí, es mío —admitió.

El señor Hollister le explicó que lo habían encontrado en el jardín y el hombre repuso:

—Debe de ser que se me ha caído esta noche.

—¿Es que ha estado usted aquí? —preguntó, inmediatamente, Pete.



Tinker contestó que había tenido necesidad de ir a ver al señor Hollister para concretar los detalles sobre un envío que tenía que hacerse a la mañana siguiente. Y, mientras se acercaba a la casa de los Hollister, vio a alguien corriendo por el patio de detrás.

—Quise averiguar quién era y le seguí, pero, cuando llegué cerca, ya no pude ver a nadie.

—¿No advirtió usted nada más interesante? —preguntó el señor Hollister.

Tinker estaba muy inquieto, y se balanceaba, apoyándose cada vez en uno de sus pies.

—Al final de la calle oí sonar la sirena de la policía —repuso— y, como no quería que me vieran rondando por su casa, me marché rápidamente. Pensaba ponerle al corriente de la presencia de ese hombre en su casa, mañana, cuando nos viéramos en la tienda.

—Comprendo —dijo el señor Hollister, que en seguida se puso a hablar con su empleado del asunto del envío.

Cuando concluyeron de hablar aquellos detalles, el señor Hollister pidió:

—Antes de irse, haga el favor de mostrarme dónde estaba el hombre que merodeaba por nuestra casa.

Salieron de la casa y Tinker fue a señalar el lugar en que había visto al hombre. ¡Era exactamente el sitio en que los arbustos ocultaban la ventana del sótano!

—¡Ese hombre debió de saltar por la ventana! —reflexionó Pete.

—Creo que debemos registrar bien otra vez el sótano —declaró el señor Hollister—. Puede haber otra pista que nos haya pasado por alto.

Todos bajaron y empezaron a mirar por un lado y otro. Incluso la pequeña Sue, que ahora ya estaba despierta, imitaba a sus hermanos buscando una pista. De repente, la pequeñita se agachó y cogió algo de la chimenea.

—¡Mira lo que he encontrado, Pammie! —dijo, abriendo la manecita para que su hermana viera lo que tenía en ella.

Era una bonita piedra, blanca con rayas rosadas.

Pam se quedó sin respiración.

—¡Es igual que las que encontramos en la isla Zarzamora! ¿Te acuerdas, Holly, de las piedrecitas que parecían huevos de paloma? ¿Es que las has dejado tú en la chimenea?

Holly contestó que no. Sus piedrecitas estaban en el cajón del tocador.

—¿Por qué? —añadió Holly.

Pam enseñó a todos la bonita piedra y explicó que había muchas

como aquélla en la isla Zarzamora.

—Papá, ¿tú crees que es alguien que vive en la isla, el que viene a rondar por nuestra casa?

El señor Hollister no creía eso posible, ya que en la isla no vivía nadie, y Tinker fue de la misma opinión.

—Pero esto ha llegado ya demasiado lejos —afirmó el señor Hollister—. Tenemos que atrapar a ese intruso.

—¿Cómo? —preguntó Pam.

El padre miró a todos con expresión misteriosa, contestando:

—Ya os lo diré mañana, cuando vuelva de trabajar. Pero os haré un pequeño adelanto —añadió, sonriendo—. ¡Le haremos una fotografía!

Y ya no quiso decir nada más.

Entonces los niños tomaron una especie de aperitivo, consistente en leche, pan, crema de cacahuetes y jalea de colores, y se acostaron. El señor Hollister se aseguró de que la casa quedaba bien cerrada, aunque no creía que el merodeador volviese aquella noche.

A la mañana siguiente, los niños fueron despertados por los ladridos de Zip. Pete se asomó a la ventana y vio que Dave entraba en el patio, corriendo con el perro.

—¡Hola! —saludó Pete, desde arriba.

—Salid ya, dormilones. Tengo una gran idea que quiero explicaros —dijo Dave.

Verdaderamente, los hermanos Hollister se despertaban más tarde de lo usual aquella mañana. Habían corrido tanto el día antes en el State Park que les hizo falta un largo descanso.

Sin embargo, en cuanto estuvieron despiertos, se vistieron rápidamente y bajaron corriendo a desayunar. En seguida que acabaron, salieron al patio para que Dave les pusiese al corriente de su gran idea.

Cuando Pete le preguntó, Dave repuso:

—Un carro tirado por perros. Podríamos utilizar a Zip.

Y explicó que en un libro había visto dibujos donde se veían a niños belgas montados en carros tirados por perros.

—¡Hombre, a mí me parece estupendo! —exclamó Pete.

—Podré pasear en el carro por toda la ciudad y llevarme también a Sue —planeó Holly.

Todos los niños se sintieron entusiasmados con la idea de Dave.

—Nosotras podremos preparar los arneses, mientras los chicos hacéis el carro —propuso Pam.

—Lo haremos ahora mismo —resolvió Dave Meade—. Iré a casa a buscar un dibujo de esos carros belgas, tirados por perros. Y haremos nuestro carro igual que ésos.

Salió corriendo y, a los pocos minutos, ya estaba de vuelta con el dibujo del carro y el perro. Pam cogió papel y lápiz para hacer un dibujo de los aparejos que eran necesarios.



—En el garaje tenemos dos ruedas viejas —recordó Pete—. Podemos utilizarlas.

Y Dave dijo que, en su cuadra, tenía un coche viejo de llevar bebés.

—Yo iba en él cuando era pequeño —explicó—. No creo que a mamá le importe que lo usemos para nuestro carro.

Pete, Ricky y Dave corrieron al patio de los Meade, mientras las niñas Hollister entraban rápidamente en su casa para hablar con su madre. Cuando le contaron lo que querían hacer, la señora Hollister dijo que podían coger unos cuantos cinturones viejos que ya no se usaban.

Mientras Pam y Holly cortaban los cinturones en varias tiras, la pequeña Sue, que las observaba, dijo con su vocecilla chillona:

—Pero si no le hemos preguntado a Zip si él quiere… A lo mejor no le gusta tirar de un carro.

—¡Es verdad! —Repuso en seguida Holly—. ¿Qué pasará si Zip va tirando del carro y de pronto ve un conejo? Di, ¿qué pasará?

—Nosotros le haremos parar —contestó Pam.

Al poco rato, los chicos volvieron cargados con el cesto de un viejo coche de niño, y corrieron con aquello al garaje. Después de mucho martillear, los muchachos sacaron al patio un artefacto de extraño aspecto. En la parte baja del cochecito, pusieron dos ruedas de carro.

—Ahora tenemos que colocar las varas para que quede una a cada lado del perro —dijo Pete.

Ricky sabía dónde encontrarlas. Al otro lado del garaje había dos viejas varas de tender la ropa. Pete se encargó de aserrarlas a la medida conveniente y los tres chicos se dispusieron a colocarlas en su carrito nuevo.

—Dejadme probarlo —pidió Ricky, entusiasmado—. Tiraré del carro como si fuera Zip.

Y se colocó entre las varas, cogiendo una con cada mano. En seguida empezó a dar vueltas alrededor del garaje, por la parte exterior.

—¡Eh! ¡No vayas tan deprisa! —le advirtió Pete, cuando vio que su hermano llevaba el carro, inclinándolo sobre una de las ruedas al tomar las curvas. Pero Ricky no le hizo ningún caso.

En la próxima curva el carrito cayó de lado y se le

desprendieron las ruedas y las varas, porque rodó dos veces sobre sí mismo y quedó en el suelo boca abajo.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Dave, con desespero—. Tendremos que volver a hacerlo todo.

—Lo siento —murmuró Ricky, avergonzado—. Yo os ayudaré. —Y en seguida añadió con un guiño—: Pero ha sido un accidente estupendo, ¿verdad?

—Ya lo creo —contestó el bonachón de Pete—. Deberías haber salido en la televisión.

Los chicos se pusieron en seguida a la tarea de reconstruir el carro, que esta vez quedó doblemente fuerte. Cuando lo llevaban hacia la casa, aparecieron las niñas por la puerta trasera.

—¡Ya tenemos los arneses preparados! —anunció Pam—. Hasta se los hemos probado a Zip y le van a la medida.

—Necesitamos riendas —recordó Holly.

Para ello, la señora Hollister les dio unas tiras de tela, y los niños silbaron, llamando a Zip. El perro salió saltando entre unos matorrales y fue a lamer la mano de Pam.

—¿Serás un perro bueno y tirarás de nuestro carrito? —preguntó Sue a Zip, mientras le acariciaba tiernamente.

Después de mirar el carro, Zip empezó a menear la cola.

—Eso es que contesta que sí —aseguró Holly—. Vamos a ponerle los arneses.

Al principio, Zip no supo qué querían los niños y empezó a retorcerse de un lado a otro. Pam opinó:

—A mí me parece que lo mejor será que uno de nosotros le acompañe andando, la primera vez, para que no se asuste.

Ricky subió en el carro y Pam acompañó a Zip a dar una vuelta por el patio.

—¡Chicos! ¡Esto es estupendo! —gritó Ricky—. ¡Qué bien lleva el carro este perro!

—Me parece que ya le he entrenado bastante. Ahora subiré yo —dijo Pam.

La niña saltó al carrito y cogió las riendas, tirando de ellas suavemente y, mientras, Zip paseó alrededor del patio, como si toda su vida la hubiera pasado arrastrando un carro.

Después que cada uno de los mayores hubo dado dos vueltas, subieron al carro Holly y Sue. Las dos niñas estaban a mitad de su

paseo, cuando desde el caminillo lateral, alguien gritó:

—¡Ja, ja! ¡Todos sois muñequitas, yendo en un coche de bebés! ¡Qué gracia tiene! ¡Ja, ja!

—Ya está ahí el pesado de Joey —se lamentó Pam, al ver acercarse al chico.

Pero, al ver divertirse a los otros, Joey exigió:

—Quiero dar un paseo en eso.

—Como piensas que es un coche para muñecas no vamos a dejarte subir —le repuso Pete.

Holly y Sue seguían montadas en el carro.

—No, ¿eh? —masculló Joey, enfurecido—. Yo arreglaré las cuentas con vosotros. —Y en seguida, se puso a gritar—: ¡Zip, un gato! ¡Un gato, Zip! ¡Ssss, atrápalo, atrápalo!



Aunque, por lo general, Zip era muy tranquilo cuando jugaba con los niños, ahora, al oír la palabra «gato», se paró en seco y puso

muy tiesas las orejas.

—¡Allí, en el árbol! ¡En el árbol! —gritó Joey.

Zip dio un aullido y salió corriendo en la dirección que le señalaba Joey; luego, apoyándose sobre las patas traseras, levantó las delanteras sobre el tronco, para mirar mejor entre las ramas.

Mientras esto ocurría, todos los Hollister gritaban, porque el carro se había levantado por uno de los extremos, y Sue y Holly habían caído de cabeza sobre la hierba.

—¿Ves lo que has hecho? —gritó Pam.

—¡Lo mejor será que salgas de aquí inmediatamente! —dijo Pete, amenazador, saliendo en persecución del camorrista.



Joey prefirió no llegar a una pelea, porque Pete estaba verdaderamente rabioso, y salió corriendo calle abajo, mientras los Hollister y Dave ayudaban a levantarse a las dos pequeñas.

—¿Os habéis hecho daño? —preguntó Pam.

Sue lloraba un poco.

—No…, no «tenemos daño», sólo… miedo.

Pero no quiso volver a subir en el carro. Los demás estuvieron paseando por el patio, en el carro, durante la tarde. Cuando llegó el padre a casa se echó a reír viendo a Zip, que ya estaba muy cansado, tirando del carro.

Pete sugirió que se podía usar para llevar los envíos que tuviera que hacer el «Centro Comercial». Pero el señor Hollister movió negativamente la cabeza, diciendo:

—Me temo que el pobre Zip llevaría una verdadera vida de perro si le dedicásemos a eso. Dejadle suelto y dadle carne y un buen hueso, como premio a este día de trabajo.

Mientras Holly se encargaba de eso, Pam preguntó a su padre cómo harían la fotografía del merodeador.

—Prometiste decírnoslo hoy —insistió.

Su padre le pasó un brazo por el hombro.

—Es muy sencillo —dijo.

Y en seguida comunicó sus planes a los niños. Pete tenía una cámara fotográfica que hacía fotografías de interior. La colocarían en el sótano para que el merodeador se hiciese, sin darse cuenta, una fotografía.

—¡Estupendo! —exclamó Pete.

Después de cenar, su padre y él bajaron a preparar aquel cepo. Pete situó su cámara con una cinta atada al disparador. Su padre le ayudó a tender la cinta a través de la ventana del sótano y de la puerta de salida.

—Si alguien toca la cinta, es seguro que la cámara captará su imagen —dijo Pete, feliz.

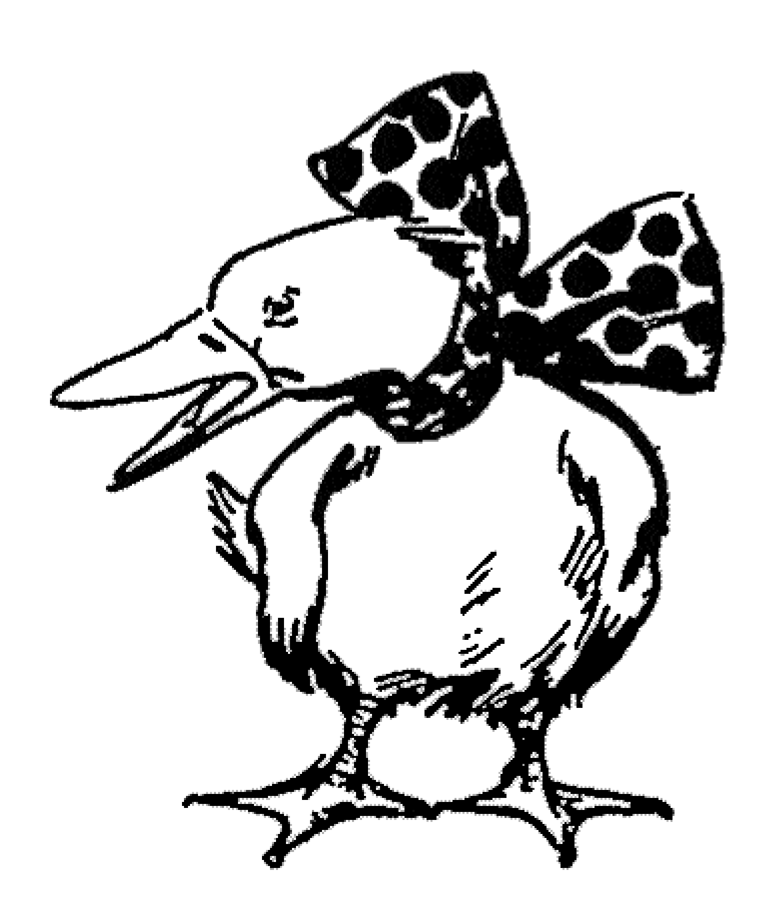
Los niños casi no podían aguardar a la mañana, pete, incluso llevó a Zip a su habitación para que no espantase al intruso.

Aunque la casa estuvo toda la noche silenciosa, el señor Hollister no pudo dormir mucho, pero tampoco oyó ningún ruido que le hiciera levantarse.

A la mañana siguiente, él y sus hijos corrieron al sótano. Pete fue el primero en coger la cámara fotográfica.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Ha funcionado el flash! ¡Ya tenemos una fotografía del hombre!

UNA DIABLURA MALINTENCIONADA



Todos estaban nerviosísimos, mientras Pete sacaba la película de la máquina. Los niños y su padre formaron un círculo para poder ver bien la fotografía.

Pero, cuando Pete la enseñó, todos se echaron a reír. ¡Era una fotografía de Morro Blanco!

—¡Seré zopenco! —Exclamó el señor Hollister, todavía trémulo,

a causa de las carcajadas que había soltado—. Nos olvidamos de sacar a la gata del sótano. El animal rozó la cinta, haciendo funcionar el flash. ¡Y ahí tenemos su fotografía!

—Y fíjate, es muy buena —rió Pete.

—Tendremos que intentarlo otra vez —suspiró Ricky. Lo haremos también esta noche.

—Muy bien —asintió el señor Hollister.

Después de desayunar, preguntó a sus hijos si entre la una y las dos de la tarde querrían hacerle un favor. Él tenía que ir a dar una conferencia al Club de Hombres de Negocios de Shoreham, de donde se había hecho socio hacía pocos días, y, como Tinker tenía que hacer algunas entregas a aquella hora, necesitaba ayuda en la tienda.

—¿Queréis ir vosotros a sustituirme, hijos?

—Claro que sí, papá —dijeron a coro, todos, incluso la pequeña Sue.

—Eso está bien. Me alegra ver que estáis deseosos de ayudar.

—Papá —dijo Pam, mirando a su padre con orgullo—; me gusta mucho saber que los señores de Shoreham quieren que tú des una conferencia.

—Apenas te conocen, John —recalcó la señora Hollister, sonriente—. Es un cumplido.

El marido sonrió ante tantos halagos y explicó que los hombres de negocios deseaban que él les hablase de sus inventos y de cómo tenía las ideas para hacerlos.

—Yo creo que les has agradado, papá —añadió Pete.

El muchachito admiraba enormemente a su padre y más de una vez había dicho a Pam que, cuando fuese mayor, querría ser como él.

—Bien. Bien. Ahora se me ocurre otra cosa que voy a mencionar en mi charla —dijo el padre, con un guiño.

—¿Qué es, papá? —preguntó Holly.

—Sois vosotros, hijos. Diré a todos cuánto me habéis ayudado a hacer prosperar el «Centro Comercial».

Besó a toda su familia y salió de casa. Poco después, Holly se escabulló silenciosamente a su habitación. Estuvo muy callada durante un largo rato y su madre se preguntó si estaría haciendo alguna diablura. Ya estaba a punto de llamarla, cuando Holly bajó

las escaleras con un rebujo en sus brazos.

—Mira, mamá, he estado haciendo una cosa que necesitaba hacer —declaró—. Tenía que vestir a Morro Blanco con vestidos de muñeca.

La gata estaba vestida con un pomposo vestido color de rosa que se anudaba al cuello con una cintita negra. En la cabeza, la gata lucía un coquetón gorrito azul y las uñas afiladas de sus patas traseras estaban escondidas dentro de unos zapatos chiquitines del mismo color azul que el gorro.

Ya todos sus hermanos se habían acercado, corriendo, a ver a Morro Blanco. Cuando Holly, que sostenía al animal muy apretado, aflojó un poco las manos, la gata saltó al suelo.

—¿Podrá andar con todas esas ropas? —preguntó Ricky.

Al principio, Morro Blanco se quedó quieta, pero luego, con los dientes, se dio dos buenos tirones del vestidito.

—¡Quieta, Morro Blanco! —Reprendió Holly—. ¡Anda un poquito!

El gato miró un momento a la niña y luego empezó a andar lentamente, levantando muy alta cada pata para no enredarse con el vestido.

—Está presumiendo, igual que una chica con un vestido nuevo —rió Pete.

—Es verdad —asintió Pam—. O puede que se crea ser el tamborilero mayor de un desfile.

Al oír la palabra desfile, los ojos de Ricky se iluminaron.

—¡Viva! —gritó—. ¡Vamos a hacer un desfile de animales! Sí. Sí. ¡Ahora mismo!

—Podemos vestir también a todos los gatines —añadió Pam.

—¡Qué «perciosos»! —exclamó Sue, dando grititos de alegría—. Yo voy a buscarlos ahora mismo. —Y recogió a Morro Blanco, diciéndole—: Anda, guapa dime dónde tienes a tus niños.

—Si vamos a hacer ese desfile de animales, puede que nuestros amigos quieran traer sus animalitos —dijo Pete.

—¡Eso es! ¡Buena idea! —Aplaudió Ricky—. Dave Meade tiene un coatí[1] y Jeff Hunter un pato.

—Ann tiene dos marmotas —recordó Holly— y Donna Martin una tortuga.

—Y nosotros podemos preparar el carro, como si fuese un coche

de bomberos. ¡Zip tirará del carro como n los desfiles de verdad!

Los niños se dispersaron en todas direcciones para disponer el desfile de animales. Media hora más tarde, el patio trasero de los Hollister estaba lleno de actividad.

Jeff había llegado con su pato, al que acababa de adornar con una gran cinta encarnada en el cuello. Dave llevó su coatí sujeto por el collar, mientras el animal, de brillantes ojitos, no cesaba de revolcarse por la hierba.

Donna intentaba que su tortuga se hiciese amiga de las marmotas de Ann, pero los animales no se prestaban mucha atención unos a otros.

Pronto se presentaron Sue y Pam, llevando los cinco gatitos en una cesta. Humo y Medianoche iban vestidos como muñecos, y Tutti-Frutti, Bola de Nieve y Mimito llevaban atavío de muñeca, como su madre.

Cuando las niñas dejaron el cesto en el suelo, los gatitos salieron corriendo. ¡Qué risa daba verles pasear por el prado, maullando y moviendo el rabo! Mimito descubrió un saltamontes y lo cazó de un zarpazo. Sus hermanitos corrieron junto al gatito, mientras los niños reían.



Al poco salió Ricky por la puerta del garaje, tirando del carro. Algo había cambiado en el aspecto del carro y era que los lados habían sido recubiertos con papel rojo. Dentro del carro iba la manguera verde, de regar el jardín, enrollada alrededor de un tronquito de árbol. A uno de los lados del carro se veía una escalera de mano, sujeta con unos cuantos clavos.

—¡Muy bien! —aplaudió Dave—. Parece un verdadero coche de bomberos.

—Ahora mismo empezará el desfile —anunció Pam—. Ven aquí, Zip, que te pondremos los arneses.

El obediente perro pastor se acercó a Pam, quien le colocó las tiras de cuero alrededor del cuerpo.

—Zip puede abrir el desfile —propuso Ricky.

Pero Holly y Pam recordaron a su hermano que, en los desfiles de verdad, los coches de bomberos van al final de todo. Y Pete opinó:

—Yo creo que el primero debe ser el coatí de Dave.

Tras unos momentos de discusión se decidió que el primero de la fila sería el coatí. Después iría Morro Blanco con sus hijitos, luego el pato, las marmotas y la tortuga. Ricky iría al final, con el coche de bomberos.

Mientras todos intentaban alinear sus animalitos, Donna y Jeff comprendieron que la tortuga y las marmotas no serían capaces de ir al mismo paso que los demás.

—Entonces, «tendremos» que llevarles en coche —reflexionó Sue.

—¡Claro! ¡Eso haremos! —asintió Ann—. ¿En dónde podemos montarlos?

—Yo tengo un camión de carga —ofreció Jeff.

A todos les pareció muy bien y Jeff salió corriendo, camino de su casa. A los pocos momentos ya estaba de vuelta con un bonito camión azul, donde se metió a los animalitos poco andarines.

—Ahora ya estamos preparados para salir. Pero me habría gustado tener música —dijo Ricky.

La señora Hollister, que había estado mirando, divertida, a los niños desde el porche, les dijo:

—Si esperáis un poco, os traeré el tocadiscos pequeño.

—Pon «La Marcha de las Bonitas Muñecas» —gritó Pam, muy nerviosa.

La señora Hollister colocó inmediatamente el tocadiscos sobre la hierba y puso el disco favorito de sus hijos.

—¡Marcha al frente! —gritó Pete.

El coatí empezó a andar airosamente, seguido del pato que avanzaba dando bandazos. Morro Blanco, con la cabeza muy alta, marchaba delante de sus cinco hijitos. Después iba Ann, tirando del camión que llevaba a las marmotas y la tortuga, y Zip cerraba la marcha, tirando del improvisado coche de bomberos, mientras Ricky sujetaba orgullosamente las riendas.

—Parece que saben marchar al compás de la música —rió Pam, viendo cómo los animalitos daban la vuelta al patio.

—Mi pato nunca se había portado tan bien —dijo Jeff—. ¡Es un verdadero pato de infantería!

Después de dar la primera vuelta, el coatí se aproximó más al tocadiscos y acabó parándose para ver cómo giraba el disco, pero Dave le dio un empujoncito y el animal continuó andando.

Cuando el coche de bomberos pasó junto al tocadiscos, Zip volvió la cabeza para espantar a un moscón que zumbaba en la hierba. De pronto, una de las ruedas del carro chocó contra el tocadiscos y la aguja se deslizó sobre el disco haciendo un desagradable ruidillo:

—¡Iiiiihhh!



Aquello asustó al pato, que levantó las alas y se remontó un poco sobre el suelo, para ir a caer en seguida sobre el lomo del coatí. Éste echó a correr describiendo pequeños círculos, y aterró a toda la procesión de gatitos.

—¡Eh, quietos! —gritó Pete.

Pero su advertencia ruidosa sólo sirvió para que aumentase la confusión.

A los pocos instantes, todos los animales corrían enloquecidos por el patio, mientras cada niño se esforzaba por alcanzar al animal que le pertenecía.

Dave alcanzó su coatí en la copa de un árbol. El pato de Jeff aterrizó en el techo del garaje y el niño tuvo que subir tras él. Ann rescató a sus marmotas en el porche.

Morro Blanco y sus gatitos fueron los más inteligentes de todos porque corrieron al porche y se sentaron en la baranda a mirar a los otros.

—En verdad ha sido una bonita exhibición —dijo Dave, al despedirse—. Deberías haber cobrado entrada.

Cuando sus amigos se marcharon, los niños Hollister se sentaron a comer. Antes de la una, la señora Hollister acompañó a todos al «Centro Comercial».

Durante el trayecto, Pete murmuró al oído de Pam:

—Seguramente papá piensa que somos buenos dependientes. A ver si podemos vender mucho, mientras él está fuera.

Cuando llegaron a la tienda, el señor Hollister dijo a Tinker que sus hijos se quedaban a ayudarle, y luego se marchó a dar el discurso.

Apenas había cruzado la puerta cuando sonó el teléfono. Era el señor Hunter que necesitaba cinco botes grandes de pintura. ¿Había alguien disponible para que se los llevasen inmediatamente?, preguntó el señor.

Tinker consultó con los niños lo que podían hacer. Pete dijo que él mismo se ocuparía de aquel encargo, mientras los demás despachaban y Tinker hacía los otros repartos. Y Pete cogió una carretilla donde colocó la pintura para el señor Hunter.

Entre tanto, los demás niños ocuparon sus puestos detrás de los mostradores.

Los demás, menos Sue. La pequeña se escabulló hasta el

recipiente automático del agua fresca y cogió un vaso de papel. Le gustaba mucho oír gorgotear el agua en la gran botella, mientras ella oprimía el botón para que bajase. Sue bebió un vaso y, en seguida, volvió a apretar el botón para beber otro.

—No te bebas toda el agua, Sue —advirtió Pam—. Tienes que dejar por si algún cliente tiene sed.

La botella estaba casi vacía, pero la pequeña Sue notaba una sed enorme, enorme. Y se tomó otro vaso.

En aquel momento, entró un señor en la tienda. Quería comprar un juguete para su hijo. Mientras los niños indicaban distintos juguetes, Sue siguió bebiendo. Y, cuando el cliente se hubo decidido a comprar un garaje, la botella estaba completamente vacía.

—¡Huy, Sue! —regañó Pam—. Ahora tendremos que poner otra botella.

Encontró otra botella allí cerca. Cuando regresó Pete, sacó el tapón con un sacacorchos. Luego, intentó levantar la botella para colocarla en su sitio, pero le resultó demasiado pesada. Pam se ofreció a ayudarle. Entre las dos podrían levantar la enorme botella. Estaban a medio camino cuando la botella les resbaló de las manos y… ¡pum!

La botella acababa de dar en el suelo, se rompió en varios pedazos y el agua se derramó por todas partes.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Mirad lo que habéis hecho! A papá no va a gustarle.

Pam cogió una bayeta y empezó a secar el agua, mientras Pete recogía los vidrios de la botella rota.

—Parece que hemos dado más pérdidas que ganancias —dijo Pete, lastimeramente—. Espero que podamos hacer una buena venta para pagar este desperfecto.

Aún no había acabado de decir aquello, cuando entró en la tienda Joey Brill.

—Dile que se vaya —rogó Ricky a su hermano mayor.

Pero Pete le contestó que no podía hacer eso porque podía ser que Joey hubiera ido a comprar algo. Pete se acercó a Joey y, como si fuera un dependiente de verdad, preguntó:

—¿En qué puedo servirte?

Joey se mostró enfurecido.

—¿Que en qué puedes servirme? Devuélveme mi gata.

—Lo siento, pero tu gata no está aquí.

—Entonces, vete a casa y tráemela —ordenó Joey.

Pete le repuso que en aquel momento no podía hacerlo. Tenía que permanecer en la tienda de su padre, mientras que Tinker estaba fuera.

—¿De modo que aquí no hay nadie, más que críos? —preguntó Joey, dirigiendo una maligna mirada a su alrededor.

—Nada más que nosotros. Estamos cuidándonos de la tienda —anunció Pete, muy orgulloso.

Joey no dijo nada, pero empezó a pasear de un lado a otro, tocando esto y aquello, como si estuviera examinando cosas que pensaba comprar. Al fin se detuvo ante una mesa en la que se exhibían toda clase de herramientas y cogió una llave inglesa que empezó a hacer girar en su mano.

Pete se acercó a él, preguntando:

—¿Piensas comprar esa llave inglesa, Joey?

—No.

—Entonces, déjala. No tienes que tocar las cosas que no piensas comprar.

Joey miró a Pete despectivamente, y dijo:

—Prueba a quitármela tú.

Mientras Pete se aproximaba para cogerle la herramienta, Joey hizo un rápido movimiento, bajando la mano. La llave se soltó de su mano y cruzó toda la tienda.

—¡Oh! —gritó Pam, cubriéndose la cara con las manos.

La llave inglesa fue a parar a una estantería llena de platos. Y, en el mismo instante, se oyó un estrépito aterrador.

LA GRAN VENTA DE PETE



En medio de los gritos de los niños, los platos rotos se vinieron al suelo ruidosamente. Mientras Pam y Holly corrían a recoger los trozos, Joey Brill se apresuró a salir de la tienda.

Pete tenía deseos de salir tras él y darle un puñetazo en la nariz, pero, al mismo tiempo, comprendía que no debía dejar sola la tienda, mientras Tinker no hubiera vuelto. Ya se ocuparía de Joey más tarde.

—Puede que papá no vuelva a dejarnos nunca más en la tienda —dijo Pam, preocupada.

Incluso la pequeña Sue estaba triste. Se acercó a sentarse en el caballito de balancín, pero se estuvo quieta sobre él. Si el papá no les permitía volver a la tienda, ella dejaría de poder jugar con

aquellos juguetes tan lindos.

Viendo a su hermana tan triste, Holly fue a consolarla.

—No te preocupes, Sue. Cuando vayamos a casa te daré un paseo en el carro.

De pronto, tras ellos se oyó una voz de mujer que decía:

—Quisiera comprar unas correas para un perro.

Las niñas se volvieron extrañadas, y vieron a una señora delgada que llevaba gafas.

—Tenemos muchas —contestó en seguida Sue.

Holly condujo a la señora hasta una vitrina donde se veían una serie de collares y correas para perro.

—¿Es muy grande su perro? —preguntó Holly.

—Es un perro pastor, de buen tamaño.

—Sería mejor que trajese usted el perro —dijo Holly—. Así podríamos medirle.

La señora se echó a reír.

—¿Cómo voy a traer a «Mocito», si tiene la correa y el collar rotos?

—Nosotros también tenemos un perro pastor —explicó, entonces, Holly.

—¿Un pastor? —Repitió la señora—. Pues puede que el collar que use vuestro perro le valga de medida al mío.

Con una risilla, Holly dijo:

—Una vez probamos las cosas del perro a mi hermano Ricky y le iban a la medida. Como Ricky está aquí podemos usarle de modelo. ¡Eh, Ricky, ven un momento!

Mientras la señora contemplaba a todos, divertida, Ricky se acercó.

—Ponte a cuatro patas —indicó Holly—. Tengo que probarte correas y collares de perro.

Aguantando la risa, Ricky se agachó y quedó en el suelo, apoyado sobre pies y manos.



—¿Qué le parece éste? —preguntó Holly a la clienta, mientras ajustaba unos correajes de color marrón a la espalda de Ricky.

—Yo diría que la medida es exacta —contestó la señora, riendo a carcajadas al ver que Ricky empezaba a dar saltos y a imitar los ladridos de un perro.

—Gua, gua, gua —decía el pecoso Ricky.

La señora levantó los brazos en alto, sacudida de pies a cabeza por las carcajadas.

—Nunca he visto nada tan gracioso —aseguraba.

Pagó las correas y salió de la tienda, riendo.

—Ricky, deberías comprarte un traje de perro y entrar a trabajar en algún teatro de animales —aseguró Pam.

Mientras Pam estaba hablando, en la tienda entró un hombre alto y robusto. Tenía los hombros anchos y los brazos muy fuertes; los niños pudieron darse cuenta de todo eso, porque el hombre llevaba una camisa con el cuello desabrochado y las mangas cortas.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó el recién llegado, con voz de trueno.

—Aquí —contestó Pete.

El hombre le miró, sonriendo.

—¿Tú eres el jefe?

—Sí. Mi padre ha salido y yo estoy al cargo de la tienda.

—¿Y éstos son tus pequeños ayudantes?

—Sí, señor. Éstos son mis empleados —dijo, bromeando, el mayor de los hermanos Hollister.

—Muy bien. Pues me alegro de conoceros.

—Nosotros también, aunque no estamos muy alegres —dijo Holly en seguida.

Y la niña contó al señor todos los percances que les habían ocurrido.

—¡Caramba! —exclamó el cliente—. Yo también he sufrido un accidente.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó Pete, amablemente.

—Se me ha roto la canoa. Estaba remando en el lago y he tropezado con un tronco de árbol que había bajo el agua. Se me ha destrozado todo el fondo de mi bote y ahora tengo que comprar uno nuevo.

—¿Un fondo nuevo? —preguntó Sue.

—No, hijita. Un bote, bueno, una canoa nueva —rió el señor—. ¿Vosotros vendéis embarcaciones?

—Sí, señor —contestó Pete, con orgullo—. Haga el favor de venir aquí.

Pete llevó al señor a la parte posterior de la sección de artículos de deporte, donde, sujetas en un bastidor, se podían ver cinco canoas.

—Tenemos de todos los precios —explicó Pete—. Esta pequeña…

—¡Déjate de pequeñeces! —le interrumpió el hombre—. Yo necesito una canoa grande.

—¿Es que tiene usted que meter muchos niños? —quiso saber Sue.

—No. No tengo niños, ni siquiera mujer. Soy Bill Barlow y estoy soltero, Pero, como veréis, soy un hombre robusto y necesito una canoa grande para que resista todo mi peso.

Desde que le vio entrar, Ricky estuvo mirando al señor Barlow con mucha atención. ¡Qué músculos tan estupendos…! Aquel hombre debía de conducir una canoa muy «deprisota», pensaba Ricky.

—Ésta —indicó el señor—. Esta canoa creo que me conviene.

Era la más grande de todas y la que más costaba.

—Ésta es muy cara —dijo Pete, dando la vuelta a la etiqueta del precio, para que el comprador lo viera.

—Hombre grande, canoa grande y precio grande —rió, tranquilamente, el señor Barlow—. Me parece que es lo lógico.

—Entonces…, ¿va a comprarla? —preguntó Pete.

El muchachito estrechó al hombre la mano. ¡Qué apretón tan fuerte recibió Pete!

—¡Magnífico! —sonrió Pete—. ¿Quiere que se la enviemos?

El señor dijo que sí y dio sus señas. Mientras Pete guardaba el dinero de la venta en la máquina registradora, regresó Tinker. En seguida vio la botella del agua, rota y preguntó:

—¿Qué ha pasado, niños?



Los Hollister explicaron lo que había ocurrido y Tinker subió del sótano una nueva botella que colocó fácilmente. El señor Barlow tomó un vaso de agua.

—Tiene usted aquí un gran equipo de vendedores —dijo el comprador, haciendo un guiño a Tinker.

—Este señor acaba de comprar la canoa más grande que tenemos —explicó Pete.

—Esto me parece muy bien —dijo el viejo, sorprendido de que los niños hubieran hecho una venta tan importante. Entonces se dirigió al señor Barlow para preguntar—: ¿Quiere usted que se la enviemos en seguida?

—Si pueden, desde luego que sí.

Tinker aseguró que le encantaría trasladar inmediatamente la embarcación hasta la camioneta de reparto. Entre él y el señor Barlow sacaron la embarcación de la tienda y la colocaron en la camioneta. Tinker se puso al volante, el hombretón saltó a su lado y se pusieron en marcha.

Al cabo de un rato regresó el señor Hollister de la conferencia.

—¿Qué tal te ha ido, papá? —preguntó Pete.

—Pues creo que el discurso ha estado bien —sonrió el señor Hollister—. Al menos todos han aplaudido cuando yo he acabado de hablar.

Y el padre explicó que en su charla había mencionado la tienda y lo orgulloso que estaba de la ayuda que sus hijos le prestaban.

—Me parece que no estarás tan orgulloso de nosotros cuando sepas lo que nos ha pasado —dijo Pete.

—Sí, se ha roto la botella del agua fresca —notificó Ricky—. Y Joey ha roto muchísimos platos.

—Es lamentable, hijos, pero vosotros no tenéis la culpa de ello.

—Obligaremos a Joey a que pague los platos —dijo Holly, furiosa.

El señor Hollister movió de un lado a otro la cabeza.

No. No quiero que hagáis eso. Somos una familia nueva en Shoreham y no conviene que empecemos a discutir con los vecinos.

Hablaron un rato sobre el asunto, y tanto el padre como los niños acabaron diciendo que lo mejor era olvidar la maldad de Joey. Cuando el señor Hollister abrió el cajón de la máquina registradora, dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¿De dónde ha salido todo este dinero? —preguntó.

Pete le contó lo del simpático y robusto señor que había comprado la canoa.

—¡Muy bien! —dijo el padre, dando unas palmaditas a Pete en el hombro—. Creo que eres mejor hombre de negocios que yo. Ésta es la mayor venta que se ha hecho desde que abrimos la tienda.

Los niños se alegraron mucho de que su padre se mostrase complacido. ¡Después de todo no habían sido un estorbo en el «Centro Comercial»! El señor Hollister todavía se mostraba orgulloso de sus hijos cuando llegaron a casa por la noche.

—Elaine —dijo a su esposa—, ¿sabes que Pete ha hecho una magnífica venta esta tarde? Creo que, para celebrarlo, deberíamos

tomar helado de postre.

—Ya lo tenía pensado —contestó ella.

Después de la cena, los niños salieron a jugar, hasta la hora de acostarse. Antes, Pete recordó a su padre:

—¿Preparamos otra vez la cámara esta noche? Puede volver ese hombre misterioso.

Al señor Hollister le pareció bien, pero se echó a reír, diciendo:

—Lo mejor será que esta noche metamos los gatos en la cocina. No nos interesan más falsas alarmas.

—Es verdad —asintió Ricky, también con una risilla—. Si no, puede que Morro Blanco quiera hacer fotografías a todos sus hijitos.



Pete cogió la cámara fotográfica, el flash y la cinta, y bajó al sótano. Sue y Ricky le siguieron. Después de colocar la cámara sobre una caja, Pete ató con todo cuidado la cinta al disparador. Luego, pasó la cinta por la ventana y la puerta y sujetó el extremo en un clavo, sobre un banco de carpintero.

—Pete es listo, ¿verdad? —Dijo Sue a Ricky—. Va a hacer una fotografía de nadie.

Sus hermanos rieron y Ricky aseguró:

—Si el señor «Nadie» viene por aquí esta noche, el flash hará «puff» y mañana tendremos la fotografía.

—¿Qué cosa hace «puff»? —se interesó la pequeñita, acercándose a la cámara.

Ricky estaba deseando enseñar a su hermana el funcionamiento de la máquina, así que acercó el dedo al disparador y, mirando a Sue con mucha seriedad, empezó a decir:

—Esta cosita tan pequeña…

Y antes de que pudiera seguir hablando, su dedo tocó la máquina. Se oyó un chasquido y relampagueó una luz.

—Pero ¿qué has hecho? —se enfadó Pete, que estaba acabando de colocar bien la cinta—. Has tomado una fotografía y me parece que ésa era mi última bombilla de flash.

—¡Huy, qué lástima! —dijo Ricky, condolido.

—Ha sido culpa mía —dijo valientemente Sue—. Pero yo tengo una velita de cumpleaños y te la doy para que la uses en vez de la bombilla.

A sus hermanos les hizo mucha gracia la ocurrencia de la nena, y Pete le explicó que la velita no serviría, de modo que subía a ver si encontraba otra bombilla. Por suerte, aún le quedaba una.

Después que Pete cargó otra vez de película la máquina, los tres niños llevaron todos los gatos arriba, los dejaron en la cocina y se acostaron. La noche pasó sin ninguna inquietud para nadie.

A la mañana siguiente, Pete fue despertado por Ricky, que no podía esperar más a saber lo que había sucedido en el sótano.

—¡Corre! ¡Levántate! Puede que haya una fotografía.

Bajaron las escaleras del sótano, y Pete dejó escapar un grito de alegría.

—¡Hay otra fotografía! —anunció.

Sus palabras hicieron llegar corriendo a todos los demás.

—Hoy no habrán salido gatos —opinó Holly, acercándose a Pete.

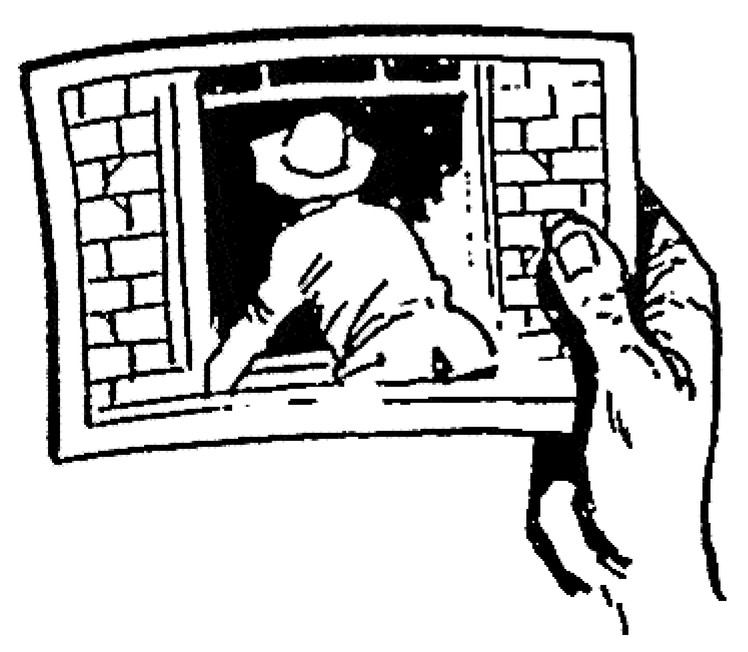
—En seguida sabremos de quién es la fotografía —repuso Pete, mientras probaba si se abría la puerta trasera del sótano. No. Estaba bien cerrada y lo mismo ocurría con la ventana.

¿De quién sería la fotografía? ¿De algún fantasma? Pete la sacó de la máquina fotográfica.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister—. ¡Es un hombre!

En la fotografía no se veía más que un hombre de espaldas. Iba mal vestido y ¡llevaba en la cabeza un estrafalario sombrerito de color rojo!

UN EXTRAÑO MAULLIDO



—¡Es el hombre del sombrero estrafalario! —exclamó Pete—. ¡Es él quien nos ha robado los juguetes!

—Entonces, la cosa es más seria de lo que yo creí —dijo el señor Hollister, y añadió que, hasta entonces, había creído que el intruso no sería más que un bromista inofensivo—. Pero estoy viendo que ese hombre tiene un propósito determinado. Y él debe de tener el maletín. No os lo había dicho, pero en el maletín iban unos documentos importantes que necesito recuperar.

—Puede que ese hombre esté intentando encontrar el tesoro escondido en esta casa —opinó Pete.

—No me extrañaría. Y creo que lo mejor será advertir a la policía sobre todo esto —resolvió el padre.

Telefoneó y, mientras estaban desayunando, llegó el oficial Cal, quien opinó que la pista que le proporcionaban con la fotografía era

tan buena que la policía resolvería el asunto fácilmente.

Propuso que aquella información se mantuviera en secreto, y los Hollister estuvieron de acuerdo en no decir nada a nadie sobre la reciente pista. Incluso Sue dijo, muy seriecita, que no diría nada de aquello a sus amigos.

—¿Pasará algo, si se lo digo a Annie? —preguntó, a pesar de todo.

—¿Annie? —repitió el oficial.

—Es mi muñeca. Annie no lo dirá a nadie.

La ocurrencia de Sue hizo reír a carcajadas al policía. Pam dijo entonces que los felices Hollister creían que el intruso buscaba un tesoro que se suponía escondido en aquella casa.

—Entonces, lo mejor será que lo busquéis.

—Ya hemos mirado por todas partes —dijo Holly.

—Un buen detective no se da nunca por vencido —sonrió Cal, al marcharse.

—Podemos jugar a detectives —propuso, entonces, Ricky—. Encontraremos el tesoro, al hombre con ese sombrero, nuestros juguetes y tu maletín, papá.

—Muy difícil me parece la empresa —rió el padre—, pero os deseo buena suerte. Esta noche ya me diréis qué novedades hay.

Durante todo el día los niños estuvieron jugando muy seriamente a detectives. Cuando llegó un vendedor, ofreciendo sus mercancías, Holly le miró atentamente, preguntando:

—¿No tiene usted un sombrerito rojo?

El vendedor miró a la niña, muy sorprendido y contestó que sí. Él tenía un sombrerito rojo, que llevó a un baile de disfraces hacía varios años, pero que hacía mucho que no lo veía. Seguramente lo tendría en el desván.

—¿Te gustaría jugar con él? —preguntó el hombre.

Holly contestó que no, que no era por eso por lo que le interesaba el sombrerito. El hombre vendió a la señora Hollister dos kilos de fresas y se marchó.

Por la noche, durante la cena, mientras se servía nata en su plato de fresas, el señor Hollister dijo:

—Bueno. ¿Y qué han hecho hoy los jóvenes aprendices de policía?

—Yo he mirado debajo de todos los matorrales y arbustos de

nuestro patio —explicó Ricky—. Pensé que el tesoro podía estar enterrado por ahí. Por lo menos he encontrado una punta de flecha india —concluyó, mostrando orgulloso su hallazgo.

Holly notificó que había buscado en el garaje y que, verdaderamente, había encontrado un tesoro.

—Estaba escondido detrás de una de las vigas.

Todos la escuchaban atentamente y la niña sacó de su bolsillo una moneda antigua.

—Es un verdadero dólar de plata —aseguró, muy formalmente.

—Eso es demasiado pesado para llevarlo en el bolsillo —rió el diablejo de Ricky—. ¿Por qué no lo utilizamos para comprarnos un helado?

El pecosillo hizo reír a todos, pero Holly declaró que no gastaría el dinero porque lo guardaba para un regalo de Navidad.

Pete contó a su familia que había seguido buscando en el desván y encontró una novela vieja.

—Pero es para chicas —concluyó, despectivo.

Pam dijo, burlona, ocultando las manos a la espalda:

—Te lo cambio por lo que he encontrado en el sótano.

—¿Qué es?

—Ni te lo digo, ni te lo enseño —rió Pam.



—De todos modos, te lo cambio.

Pam mostró lo que escondía en la mano. Era una pequeña armónica.

—La he lavado y todavía funciona.

Pete tocó unas cuantas notas y dijo alegremente:

—Es muy buena. La usaré para despertar a todos mañana.

—Pues que no sea demasiado temprano —rogó su padre—. Hoy tengo que acostarme tarde porque he de leer unas cosas.



Se fue a la cama a la misma hora que los niños, pero se llevó un libro y estuvo leyendo un par de horas. Entonces, dejó el libro y apagó la luz, mientras mantenía la vista fija en la ventana.

El señor Hollister vio una oscura silueta que cruzaba el césped y desaparecía hacia el lago.

«¡Es el merodeador! ¡Esta vez le atraparé!», se dijo.

Después de ponerse la bata, bajó las escaleras de puntillas y salió de la casa. Alguien hacía un extraño ruido en el desembarcadero.

Como vio que una persona se inclinaba junto al agua, el señor Hollister se preguntó:

«¿Qué hará? Puede que piense robarnos la barca».

Avanzó unos pasos, sin hacer ruido, hasta que se encontró a diez palmos del desembarcadero. En la oscuridad, no podía distinguir más que el intruso era un hombre bajo… ¡De la medida apropiada para deslizarse por la ventana del sótano!

—¡Deténgase! —ordenó el señor Hollister, al mismo tiempo que saltaba sobre el intruso.

Mientras sus manos se aferraban a las piernas del desconocido, se oyó un grito apagado y el intruso se desplomó en el desembarcadero.

—¡No se mueva! ¡Ya le tengo! —gritó heroicamente el señor Hollister.

—Pero… pero, papá, si soy Pete. Déjame levantar.

El señor Hollister aflojó el apretón de sus manos y se quedó inmóvil, sin poder creer lo que había sucedido. Luego, se echó a reír de buena gana, mientras Pete se ponía en pie.

—Lo siento, hijo. Creí que eras el intruso. Pero ¿qué estás haciendo por aquí?

—Serías un buen portero de fútbol, papá —dijo Pete—. Yo no hacía más que venir a poner unas cuantas cañas de pescar.

Explicó Pete que las cañas ya estaban colocadas y que lo que hacía cuando su padre saltó sobre él era recoger el bote con los cebos.

—No comprendo cómo Zip no ha ladrado cuando tú has salido de casa —comentó el señor Hollister, mientras volvía a dentro, con su hijo.

—Eso ha sido cosa mía —rió Pete—. Metí a Zip en el cuarto de Pam.

A la mañana siguiente, Pete fue el primero en levantarse, se vistió a toda prisa y salió de casa, hacia el lago. Una de las cañas estaba muy tensa. Pete la levantó. En el anzuelo había un gato marino de medio metro de largo, que dio varias sacudidas en el agua, mientras Pete le sacaba.

—¡Eh! ¡Mirad! —gritaba Pete—. ¡Mirad lo que he pescado!

Todos sus hermanos salieron corriendo de la casa, seguidos por los padres.

Cuando Sue vio el pez, se estremeció de miedo.

—¡Qué bigotes tan raros! ¿Morderá el gato marino, papá?

Y, como el señor Hollister contestó que era posible que mordiese, la pequeñita se apartó a considerable distancia. De todos modos, tenía muchas preguntas que hacer sobre el pez.

El señor y la señora Hollister volvieron a casa, pero los niños permanecieron junto al lago. Sue preguntó a Pete:

—¿Por qué se llama gato marino, Pete?

—Seguramente será porque maúlla —respondió, bromeando, su

hermano.

—No seas bobo —reprendió Pam—. Es porque tiene bigotes como un gato, Sue.

La pequeña estaba muy asombrada.

—¿Es verdad que un gato marino puede maullar como un gato?



Su hermano mayor ya no sabía si debía o no seguir embromándola. Quitó el anzuelo de la boca del pez y luego lo levantó en alto. De pronto, el chico puso cara de sorpresa. ¡El pez parecía estar hablando!

—«Miauuu, miauuu» —se oyó decir al pescado, que luego dejó escapar un runruneo.

Pete quedó con la boca abierta de par en par y miró a Pam con verdadero susto.

—El… el pez ha… maullado —tartamudeó con voz que casi no le salía de la garganta.

—Claro. Claro —se alegró Sue—. Ya lo habías dicho tú.

Los ojos de Pam estaban tan redondos como una rueda. Otra vez se volvió a oír: «Miauuu, miauuu».

Pete dejó caer el pez. Aquello era más de lo que él podía soportar… ¡Un pez que maullaba igual que un minino! Hasta Ricky estaba asustado.

En aquel momento los niños oyeron reír a alguien. Se volvieron a mirar y vieron salir al señor Hollister, que había estado escondido detrás de un árbol cercano.

—Imito bien al gato marino, ¿verdad? ¿Es posible que hayáis creído que era el pez el que maullaba?

—¡No está bien, papá! —se quejó Pete—. Siempre nos estás gastando bromas.

—Cuando no sois vosotros los que me las gastáis a mí —repuso el padre.

Pete sonrió y luego corrió a la casa para buscar un cuchillo con que cortar al pez. Después pidió permiso para encender una hoguera cerca del desembarcadero y poder asar el gato marino. El señor Hollister le dio permiso, a condición de que todos tuvieran cuidado y luego se marchó al «Centro Comercial».

Cuando tuvieron la hoguera encendida, Pam llevó de la cocina una cacerola con mantequilla. El pez fue cortado en pedazos y metido entre rebanadas de pan.

Era la primera vez que Sue veía hacer tales preparativos y estaba tan contenta que empezó a dar vueltas y saltos alrededor de la hoguera.

—No te acerques demasiado, Sue —advirtió Pam.

La pequeña se apartó, pero, a los pocos momentos, volvía a estar

junto a la hoguera. Pete y Holly habían ido a buscar más leña y Pam estaba en la cocina, cogiendo más mantequilla.

De repente, Ricky, que era el único que estaba cerca de la pequeña, se quedó sin respiración. Mientras jugaba y saltaba junto a la hoguera, Sue se había acercado demasiado y las llamas tocaron su vestido, que en seguida relució también, con una llamarada.

Ricky corrió junto a su hermana, la empujó al suelo y, con las manos, empezó a sacudir las ropas encendidas.

GATITOS A LA DERIVA



En pocos segundos, Ricky había apagado las llamas del vestido de su hermanita. Sue lloraba, pero, por suerte, no tenía quemaduras. En cambio, las manos de Ricky estaban llenas de ampollas.

—Mira lo que te he hecho, pobrecito Ricky —decía la pequeña, entre hipidos—. ¡Qué pena me da!

Los dos niños fueron a casa, y la señora Hollister alabó la buena acción de su hijo. Puso pomada en sus manos quemadas y se las envolvió en una venda.

Durante todo el rato, Sue estuvo mirando con los ojos muy abiertos y luego prometió no volver a acercarse jamás tanto a una hoguera.

—Estoy segura de que no volverás a hacerlo —asintió su madre.

Y la señora Hollister pidió a Holly que jugase con Sue durante aquella mañana. Después de comer el pescado, Pam se encargó de fregar los platos, y Pete estuvo podando las plantas que rodeaban el garaje. Cuando acabaron aquellos trabajos, Pete decidió intentar otra vez encontrar al merodeador al que habían hecho la fotografía, y fue a pedir ayuda a Pam.

—Me parece muy bien. ¿Por dónde buscaremos? —preguntó su hermana.

—Nunca hemos mirado por la orilla del lago.

Juntos empezaron a caminar por la pedregosa playa del lago de

los Pinos. Muchas de las personas cuya casa estaba a orillas del lago se encontraban en sus patios. Unos segaban la hierba de sus prados, otros reparaban sus barcas. Los niños fueron preguntando a todos ellos si habían visto alguna vez a un hombre que tuviera un extraño sombrerito rojo.

—No. No conocemos a nadie así —les respondían.

Cuando Pete y Pam habían andado aproximadamente un kilómetro llegaron ante un jardín muy bonito. Una señora vieja estaba quitando las hierbas malas de un lecho de flores. Cuando los niños se acercaron, ella levantó la cabeza, sonriendo.

—Hola, niños —saludó—. ¿No sois vosotros dos de los felices Hollister?

Pete y Pam se quedaron muy asombrados de que la señora les conociese, porque ellos nunca la habían visto hasta entonces.

—Sí, señora —contestó Pete—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Porque todo el mundo, en la ciudad, está interesado por conocer a los que han ido a vivir a la vieja casona.

—Nos han dicho que nuestra casa tiene fantasmas —dijo Pam—. ¿Es verdad?

—Eso dicen —contestó la señora, que en seguida, preguntó—: ¿Queríais algo de mí?

Los niños le dijeron que estaban buscando a un hombre que llevaba un extraño sombrerito rojo. La mujer dejó la herramienta de jardinería que tenía en la mano y apretó los labios, como si estuviera pensando.

—¿Un extraño sombrerito rojo? —murmuró luego—. Sí. Conozco a alguien que tiene un sombrero rojo, que a mí me parece pequeño y raro.

Los dos hermanos se pusieron tan nerviosos que empezaron a hacer preguntas al mismo tiempo.

—¿Quién es?

—¿Dónde vive?

—¿Podremos encontrarle ahora?

La anciana sonrió ante la impaciencia de los niños.

—No tendréis que ir muy lejos. El hombre que tiene ese sombrero vive en la casa de al lado.

Pete y Pam se sentían llenos de asombro y, al mismo tiempo, un poco asustados. ¿Cómo capturarían a aquel hombre? ¿Deberían

obligarle a que admitiese que era él quien rondaba por casa de los Hollister? ¿Qué habría hecho con los juguetes y con el maletín de su padre?

—Muchas gracias —dijo Pete—. Iremos ahora a ver a ese hombre.

—A ver si tenéis suerte y le encontráis en casa —dijo la mujer.

La casa de al lado no era más que las ruinas de un edificio de piedra. Mientras se acercaban, Pam preguntó:

—¿Cómo le capturaremos, Pete?

—Pues. Yo creo que tendremos que agarrarle fuerte —contestó su hermano.

Ya se estaban acercando a los escalones cuando se abrió la puerta. Un hombre gordo, de aspecto alegre, mejillas coloradas y cabeza calva se acercó a ellos.

—Hola, niños. ¿Estáis buscando trabajo? —Preguntó el señor gordo—. ¿Qué os parece si segáis la hierba del prado?

—No buscamos trabajo, señor. Buscamos al hombre que tiene el sombrerito rojo —explicó Pete.

El señor gordo pareció muy sorprendido. Miró primero a Pam, luego a Pete y al fin dijo:

—Pues creo que habéis dado con la persona que buscabais. Yo tengo un sombrerito rojo.

—¿Usted? —preguntaron los niños, a coro.

Inmediatamente se dieron cuenta de que se habían equivocado de persona. Un hombre tan gordo no podría deslizarse por la ventana del sótano. Además, el señor gordo tenía cara de bueno. ¿Cómo iba a ser un ladrón?

—Me parece que no debe de ser el de usted el sombrero que buscamos —tartamudeó Pete.

Luego, explicó al hombre que había una persona que rondaba su casa, y que la pista que tenían de él era un sombrerito rojo que llevaba siempre. Pete pidió al señor gordo que guardase secreto sobre lo que le contaba para que el ladrón no llegase a enterarse de que le seguían la pista.

—Siento mucho lo que os pasa —dijo el hombre—, pero me temo que vais a encontrar demasiados sombreritos rojos.

Y contó a los niños que un granjero amigo suyo, que vivía abajo, en la carretera, había dado un sombrerito rojo a todos los que

trabajaban con él, segando sus campos. Como le sobraron algunos, los regaló a sus amigos.

—Por eso también tengo yo un sombrerito rojo —añadió el señor gordo.

—Pete, podríamos preguntar a ese granjero dónde viven las personas a las que dio un sombrero —apuntó Pam.



El señor gordo les informó de dónde vivía el señor Hill y los niños se marcharon. Cuando llegaron a la casita blanca de la granja, una amable señora que estaba sentada en el porche, les preguntó:

—¿Buscáis a alguien?

Cuando Pete le dijo que deseaban hablar con el señor Hill, la señora contestó que ella era su esposa, y les llevó a la gran cocina de la casa. Su marido, un hombre muy fuerte y tostado por el sol, estaba sentado a la mesa, bebiendo un vaso de leche. Al verles, el hombre saludó:

—Buenos días. ¿Queréis acompañarme, tomando un vaso de leche fresca, calentita? —dijo sonriendo—. Hace un momento que he ordeñado a «Rechoncha».

Antes de que Pete y Pam hubieran tenido tiempo de contestar «sí» o «no», la señora Hill les había servido dos grandes vasos de leche cremosa. Los dos hermanos le dieron las gracias y empezaron a beber. No estaban acostumbrados a tomar leche recién ordeñada, pero les pareció deliciosa. Pam explicó, entre tanto, que buscaban a un hombre que llevaba un sombrerito rojo, muy estrafalario. Y los Hollister se habían enterado de que el señor Hill había regalado algunos sombreros como los que llevaba aquel hombre.

—Hummmm —murmuró el granjero—. Es muy extraño. ¿Ese sombrero se parece a éste?

Y saliendo al vestíbulo, el señor Hollister volvió con un sombrero encarnado, muy chiquitín. Tenía la misma forma que el del hombre que había fotografiado la cámara de Pete.

—Sí. ¡Es igual! —afirmó el muchachito.

—Adquirí estos sombreros el año pasado, por carnaval —explicó el señor Hollister—, y los repartí entre mis empleados. ¿Qué aspecto tiene el hombre… ése que decís anda merodeando por vuestra casa?



Pete contestó que no lo sabían. Sólo podían decir que iba mal vestido. Eso no prestaba mucha ayuda, porque todos los trabajadores de la granja iban mal vestidos.

—¿Viven por aquí esos hombres? —preguntó Pete.

El granjero dijo que no; la mayoría de ellos eran temporeros que llegaban de pueblos apartados y que se iban quedando a trabajar en las granjas donde la cosecha estaba a punto para ser recogida.

—Un momento —dijo de pronto el señor Hill, rascándose la barbilla—. Hay uno que se quedó en esta población. Es delgado, con los ojos muy juntos y los cabellos negros y siempre en punta. Un hombre de aspecto cómico. Le vi en la ciudad hace cosa de un mes, pero no me paré a hablar con él.

—¿Quién es? —preguntó Pete.

—Se llama Bo Stenkle.

—¿Y dónde vive?

—No lo sé, pero mantendré los ojos bien abiertos —prometió el señor Hill.

Los niños dieron las gracias al granjero por su información y volvieron a casa tan de prisa como pudieron. Llegaron al patio y, antes de poder informar a los demás de la nueva pista que habían averiguado, vieron que Sue y Holly estaban llorando.

—¿Qué os pasa? —preguntó Pam.

La pequeña Sue lloraba con demasiado desconsuelo para que le fuera posible hablar, pero Holly consiguió explicar que Morro Blanco y sus hijitos habían desaparecido. Alguien se los había llevado.

—Probablemente ha sido Joey —dijo Pam.

La señora Hollister salió de la casa; dijo que había visto a un chico corriendo por la hierba, pero que no dio importancia al asunto hasta que las niñas se dieron cuenta de la desaparición de los gatos.

—¿Por dónde iba ese chico, mamá? —preguntó Pete.

La señora Hollister señaló hacia la Cala del Pez Luna, que era una caleta de aguas poco profundas en la que vivían muchos peces luna.

—Vamos a ver por allí —propuso Pete.

Los cuatro corrieron hacia la caleta y… ¡qué extraña escena distinguieron! Muy apartados de la orilla, en una balsa de madera,

estaban Morro Blanco y sus cinco hijos.

—¡Pobrecitos gatines! —lloriqueó Sue—. ¡Se van a ahogar!

Morro Blanco hacía cuanto podía por mantener la balsa a flote, pero, cada vez que se acercaba a uno de los extremos, para ver si llegaba alguien a salvarles, la balsa se ladeaba peligrosamente.

—Tendremos que hacer algo por ellos en seguida —dijo Pam.

Pete ya estaba pensando en llegar nadando hasta los gatitos, cuando vio una canoa que se deslizaba por la orilla de la caleta. En la parte de detrás iba sentado un hombretón que remaba con movimientos rápidos y firmes.

—Pete —dijo Pam, entusiasmada—, aquel señor es Bill Barlow, y va en la canoa que te compró en el «Centro Comercial».

—¡Es verdad! —dijo Pete, llamando luego, a voces, al remero de la canoa.

Bill volvió la cabeza y, al ver a los niños, levantó los brazos saludándoles y empezó a remar hacia ellos.

—Hola, muchachos —dijo, al llegar—. Os aseguro que me vendisteis una buena canoa. Nunca había tenido otra igual.

Pete dijo que se alegraba mucho de que Bill hubiera quedado complacido con la compra y después añadió que tenía que pedirle un favor.

—¿Querría usted salvar a nuestra gata y sus cinco hijitos que están en la balsa?

El hombre miró en dirección a Morro Blanco, contestando:

—Lo haré con mucho gusto. Pero ¿cómo han podido llegar hasta allí esos animales?

—Nos parece que lo ha hecho un chico muy malo —contestó Pam.

Con unas cuantas remadas profundas, Bill llegó junto a la balsa. Con la mano, la aproximó a su canoa y fue trasladando los mininos, uno a uno, a su embarcación. Morro Blanco saltó a la canoa sin esperar ayuda, y muy satisfecha.

—¡Están salvados! ¡Están salvados! —gritó Sue, jubilosa, empezando a dar saltitos.

El hombre llevó los gatitos hasta la arena. ¡Cómo acariciaron los niños a sus queridos gatitos!

—Morro Blanco, guapísima —decía Holly—, creí que nunca más ibas a volver.

Y la gatita frotó su cabeza contra los tobillos de Holly, como queriendo decir: «Me alegro mucho de volver a estar contigo».

El hombre de la canoa se despidió y se alejó, remando. En cuanto hubo desaparecido por una curva de la caleta, se presentó un chico entre los Hollister.

¡Era Joey Brill!

—¿Has metido tú en la balsa a Morro Blanco y sus hijos? —quiso saber Pete.

—No pienso decirte ni que sí, ni que no.

—Bueno, pues, si lo has hecho, eres ¡horrible! —declaró Pam—. Me alegro mucho de que los gatos no vivan contigo nunca más.

Los niños dejaron en el suelo a los animalitos, y Joey se agachó, dispuesto a recogerlos. En aquel momento todos oyeron el ladrido de un perro. Desde los altos matorrales salió un perrazo negro.

Con un gruñido, se lanzó directamente hacia Morro Blanco y sus pequeñuelos.

UN VIAJE CON TINKER



Morro Blanco arqueó el lomo y se preparó a responder al ataque del perro, pero éste no le hizo el menor caso, sino que se dirigió en línea recta a los pequeños.

—¡Fuera! ¡Quieto! —gritó Pete.

En aquel instante se vio una masa de piel canela que pareció llegar por los aires.

—¡Es Zip! —exclamó Holly—. ¡Zip ha venido a rescatar a nuestros gatitos!

Antes de que el perrazo negro hubiera podido hacer nada a los pequeñitos, Zip había caído sobre él. Los dos animales rodaron por el suelo, gruñendo y ladrando.

—¡Basta, Zip! ¡Basta de peleas! —ordenó Pam, cuando tuvieron a los hijitos de Morro Blanco en sus brazos—. Ya los tenemos.

La pelea no duró mucho, porque Zip era demasiado fuerte para luchar con el perro negro, el cual escondió el rabo entre las patas y se marchó mohíno. Zip corrió junto a los niños, lamiéndoles las manos. Entre tanto, Joey Brill había desaparecido.



—Sigo pensando que ha sido él quien ha metido a los gatos en la balsa —declaró Pam.

Los niños habían llegado a la Cala del Pez Luna siguiendo la pedregosa orilla, pero, ahora, para regresar a casa, prefirieron tomar el camino de la carretera. Era un poco más largo, pero mucho más cómodo que andar sobre tantos pedruscos.

Varias personas pararon a los Hollister para admirar los mininos. La señora Elkin, una mujer muy simpática, les pidió que dejasen ver los animalitos a su hija Joan. Pam contestó en seguida que sí y acompañó a la señora por el camino que llevaba a la casa de Joan, que era una niña de la edad de Sue, que estaba jugando con la arena.

—¡Qué lindos! ¿Puedo quedarme con uno? —preguntó Joan.

Pam le explicó que aquellos gatitos eran de los Hollister, pero que, si Morro Blanco volvía a tener bebés, uno de ellos se lo guardarían a Joan.

La señora Elkin entró en la casa, saliendo en seguida con un plato lleno de bollitos. Cada uno de los Hollister cogió un bollo y amablemente dio las gracias a la señora.

Joan les invitó a ver los juguetes que tenía en la parte trasera del patio. Cuando dieron la vuelta a la esquina de la casa, Pete se fijó en una regadera de aspersión que giraba en el prado. Era igual que una que les había hecho el señor Hollister, y que utilizaba tanto para regar, como para ducha de los pequeños. Aquel aparato iba en el furgón pequeño de mudanzas.

—¿Dónde ha comprado usted eso? —preguntó Pete a la señora Elkin.

—¿Verdad que es bonito? Joan se divierte mucho con ese aparato. Al mismo tiempo que la uso para regar la hierba, me sirve para «regarla» a ella.

Y la señora añadió que lo había comprado unos días atrás a un hombre que llamó a su puerta, ofreciéndolo.

—No se enfade usted, pero me parece que ese aparato es nuestro —dijo Pete.

—¿Es posible? —Se asombró la señora Elkin—. No sé cómo se te ocurre pensar eso.

Pete tuvo que contarle todo lo referente al robo del furgón de mudanzas y añadió que estaban intentando encontrar a un hombre

que llevaba un estrafalario sombrerito rojo, y cuyo nombre era Bo Stenkle.

—El hombre que me vendió esta regadera no llevaba sombrero rojo y, desde luego, no me dijo su nombre.

Pete estaba contrariado, pero se le ocurrió preguntar a la señora Elkin cómo había transportado el hombre aquel aparato que era demasiado pesado para poder llevarlo lejos, a mano.

—Lo trajo en una lancha —contestó la madre de Joan—. Le vi remando por el lago, hasta que vino a detenerse delante de nuestra casa y, luego, trajo hasta aquí el aparato.

Aquello dio a Pete una idea. Si el hombre había llegado en barca… ¿era que tenía una barca? ¿Vivía cerca de allí?

Pete dijo a la señora que hablaría a su padre de aquel aparato de riego para que él lo viese y dijera sí era el suyo.

—Me parece muy bien —afirmó la señora Elkin—. Y confío en que encontréis a ese hombre del sombrerito rojo.



Cuando llegaron a casa los niños, su padre ya estaba comiendo. Entre todos, informaron de la nueva pista que tenían.

—Buen trabajo —dijo el señor Hollister—. De modo que el nombre del intruso puede ser Bo Stenkle… Bien. Veré si puedo averiguar algo más sobre él.

En cuanto él y Pete acabaron de comer, los dos subieron a la furgoneta y se encaminaron a casa de los Elkin. Tanto la señora como su marido fueron muy amables. El señor Hollister examinó el aparato de riego y lo identificó como suyo, diciendo que él mismo lo había construido.

—Eso me servirá de escarmiento para no comprar nada a

desconocidos —dijo la señora Elkin—. Pagué a aquel hombre un buen precio por ese aparato.

—Pues hay que aguantarse y perder el dinero —contestó su marido.

Pero el señor Hollister les dijo que podían quedarse con el aparato. Si a la pequeña de los Elkin le había gustado, él construiría unos cuantos aparatos más, para ver si los vendía en el «Centro Comercial».

—Le estoy muy agradecida —sonrió la señora Elkin—. Uno de estos días pasaré por su tienda para comprar algunos juguetes y cosas de cocina.

Durante el trayecto de regreso a casa, a Pete se le ocurrió una idea. ¿Dejaría el señor Hollister a Tinker que les acompañase a él y a Pam a la isla Zarzamora? Si el ladrón había atravesado el lago en una barca, era posible que viviese en la isla.

—¿Te acuerdas de que Pam encontró en la isla una fotografía de nuestra casa? ¿Y de que dijo que había una hoguera con cenizas calientes?

—Es verdad.

Al principio, el padre no quería dar el permiso que le pedía Pete por considerar peligrosa la aventura, pero como Pete le aseguró que tendrían mucho cuidado, el señor Hollister acabó consintiendo.

Inmediatamente, condujo la furgoneta hacia el «Centro Comercial». Como había sido un día de calma, podía prescindir de Tinker que no tenía encargos que llevar. El viejo sonrió ampliamente ante la perspectiva de atrapar al ladrón y marchó con Pete a casa de los Hollister a recoger a Pam. La niña se sintió muy emocionada al pensar en la aventura que les esperaba; verdaderamente, Pam hacía tan bien como su hermano el papel de detective.

—A ver si hoy podemos atrapar al ladrón —dijo la niña, mientras se encaminaba a la barca de remos, de donde tenía que sacar parte del agua que había en el fondo. Pam se ofreció a hacer aquello ella sola, mientras Pete y Tinker iban al garaje a sacar el motor de fueraborda.

—Debemos llenar primeramente el depósito de gasolina —dijo el muchachito, mientras levantaban el motor en un soporte especial que él mismo había hecho.

Mezcló entonces gasolina y petróleo en un recipiente y lo sacudió para que quedasen bien combinados. Llevó el combustible hasta la barca y entonces volvió para ayudar a Tinker a transportar el motor.

Cuando tuvieron ajustado el motor en su lugar, Pam ya tenía el fondo de la barca completamente seco. Pete desenroscó el tapón del depósito y vertió dentro el combustible.

—Parece que lo tenemos todo preparado —dijo, secándose las manos en un trapo.

La señora Hollister, que les había estado observando desde la casa, se acercó al desembarcadero cuando Pete, Pam y Tinker se disponían a marchar.

—Buena suerte. Y cuidado de no separarse. Ese hombre puede tener malas intenciones.

—Está bien, mamá —dijeron los niños.

Y Tinker aseguró que él les cuidaría bien.

Cuando los tres estuvieron en sus puestos, la señora Hollister empujó la barca para separarla del amarradero. Pete puso el motor en marcha y la embarcación avanzó velozmente por el lago.

Cuando habían recorrido la mitad del camino hasta la isla, Pete se volvió a mirar atrás. Aún pudo distinguir a su madre que hacía ondear un pañuelo blanco, despidiéndoles.

Y de pronto, vio algo más. Otra barca motora que parecía seguirles. Pete viró hacia la izquierda. La otra embarcación hizo lo mismo. El muchacho cambió el rumbo a la derecha y la otra embarcación le imitó.

—¿Será que quien conduce aquella barca quiere burlarse de nosotros? —murmuró Pete.

—¿Quién es? —preguntó su hermana.

—¿Lo sabe usted, Tinker? —dijo Pete.

Tinker miró atentamente, pero no pudo ver más que a un hombre inclinado sobre su embarcación.

—Creo que todo lo que hace es para que no podamos verle la cara —opinó Pete, que ya estaba receloso.

¿Qué debía hacer?, se preguntaba el hijo mayor de los Hollister. Había leído historias de aviación en las que un avión era perseguido por otro. Era una buena solución invertir los papeles y empezar a perseguir al perseguidor.

«Eso es lo que haré», se dijo Pete.

Advirtiendo a Tinker y a Pam para que se sujetasen fuertemente, Pete hizo girar la embarcación y la situó frente al hombre que les seguía.

El otro actuó también con toda rapidez, cambió de curso y se dirigió a la zona norte de la isla Zarzamora.

—No puedo alcanzarle —se lamentó Pete, mientras avanzaba tras él—. Esta barca lleva demasiado peso.

Cuando la barca de los Hollister se aproximó a la orilla, la otra embarcación desapareció por una curva de la playa.



Ahora Pete puso la máxima atención en no chocar con ningún peñasco, llevo con cuidado la barca a la orilla y todos saltaron a la arena.

—No sé por dónde empezar a buscar en esta isla —dijo Tinker —. Es muy grande y está llena de árboles y matas.

—Yo creo que lo mejor es buscar por la orilla —opinó Pete—. Pero sin separarnos.

Antes de empezar a buscar, Pete pidió a Tinker que le ayudase a llevar la barca bastante dentro de la playa. Luego, los tres empezaron a andar por la orilla. A los pocos minutos, Pete gritó:

—Veo huellas de pasos.

Tinker y Pam se acercaron a él en seguida. Sí. Se veía un círculo de pisadas, dejadas por un hombre.

—¿A dónde conducen? —preguntó Tinker.

—Hacia aquí —contestó Pete.

Los niños siguieron las huellas que se perdían junto a un viejo tronco, caído cerca de la orilla. Pam llegó hasta el otro lado del tronco y dejó escapar un grito.

—¡Mi muñeca! ¡Mi muñeca francesa! —exclamó.

Muy excitada, la niña se agachó a recoger la bonita muñeca, vestida de raso y encajes, y que era una de las de su colección de muñecas extranjeras. Pam la había colocado en su escritorio, el cual había sido metido en el furgón pequeño de mudanzas.

—¿Cómo habrá llegado aquí, Pete? —preguntó Pam, mirando a su alrededor con inquietud—. ¡Puede que Bo Stenkle ande por esta playa!

—Yo creo que debe de vivir en esta isla. Ven, lo averiguaremos —decidió Pete.

—No va a resultar tan fácil —aseguró Tinker.

—¿Se ven más huellas de pisadas? —preguntó Pam.

Tinker y Pete se agacharon. El muchachito no pudo distinguir nada, pero el viejo estuvo mirando unos segundos fijamente por el suelo y al fin anunció:

—Estoy seguro de que por aquí se ha deslizado alguien entre los arbustos.

Los tres se abrieron camino entre el espeso ramaje. Las huellas de pasos no tardaron en desaparecer por completo.

—El hombre no puede haberse esfumado en el aire —notó

Tinker, muy extrañado.

Pam se agachó para examinar el suelo. Pete y Tinker prosiguieron la búsqueda, andando y alejándose cada vez más de la niña.

—¿Ve usted algo, Tinker? —preguntó Pete.

—Nada en absoluto.

—¿Y tú, Pam?

Nadie contestó. Pete se volvió, buscando a su hermana. Pam no se veía por ninguna parte.

—¡Pam! ¡Pam! ¿Dónde estás?

Como ahora había llamado a gritos, en seguida tuvo respuesta.

—Estoy aquí, entre estas matas. Ven a ver lo que he encontrado.

Pete volvió en dirección a donde se oía la voz de su hermana que la encontró inclinada, mirando al suelo.

—Aquí hay una huella muy profunda y que parece de la misma medida que las de antes.

No se veían más pisadas cerca.

—Ese hombre ha debido de dar un salto —opinó Pete.

—Tienes razón —dijo Tinker, acercándose—. Habrá saltado a aquel tronco.

En frente había un trozo de tronco de árbol, caído junto a un arroyuelo rebosante de agua. Examinando atentamente el tronco encontraron la señal dejada por un pie.

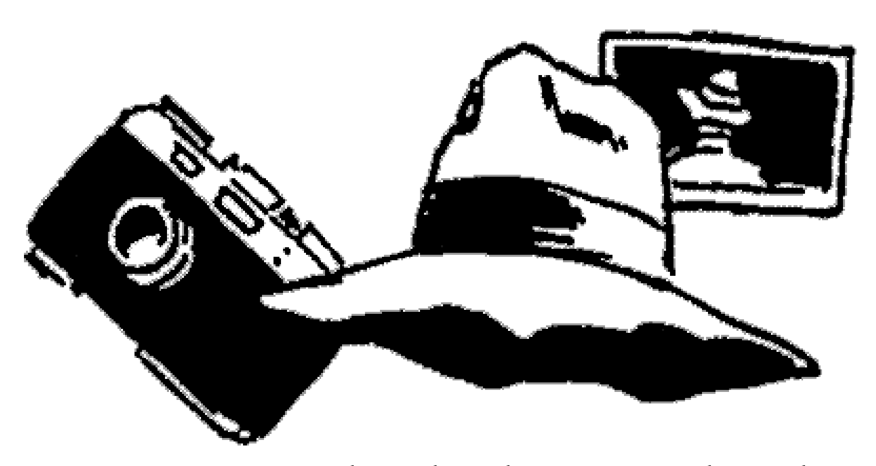
—Seguramente el hombre ha saltado al arroyo y ha andado por dentro del agua —dijo Pam—. Ya no podremos encontrar ninguna huella de pies.

—Sea quien sea, obra con inteligencia —confesó Tinker, mientras se rascaba la cabeza pensativamente.

Tanto Tinker como los niños estaban ya casi decididos a dar media vuelta y regresar a la orilla, cuando un objeto de color vivo atrajo la atención de Pam. Era algo rojo que se había enganchado en una zarza. Todos corrieron a ver lo que era.

—¡El sombrerito estrafalario que buscábamos! —exclamó Pam.

LA PERSECUCIÓN



Pete y Pam miraron bien el sombrero. Era igual que el que les había enseñado el granjero Hill y exacto también al que llevaba el intruso que fotografió la cámara de Pete.

—Ahora ya es seguro que está en la isla —opinó Pete—. Tinker, ¿nos ayuda usted a seguir buscando?

Tinker repuso que haría todo lo que pudiera y sugirió que se llevasen el sombrero como prueba, de modo que Pete se lo metió en el bolsillo. Entonces, los tres se pusieron a buscar nuevamente.

—Si Bo Stenkle vive aquí, tendrá una cabaña o algo por el estilo —dijo Pam.

—Y, seguramente, no la tendrá cerca de la playa, para que no se le pueda ver —razonó Pete, con lógica de buen detective—. Vamos hacia el centro de la isla.

Los tres empezaron a abrirse paso con dificultad a través de los espesos matorrales. La hierba era muy alta y las zarzamoras les hacían difícil la marcha. Al cabo de un rato llegaron junto a un grupo de abedules.

—¿Qué es eso de allí? —preguntó Pete, señalando algo que se veía a través de los árboles—. ¿Una casita?

Tinker y Pam miraron atentos hacia donde Pete indicaba.

—Sí —afirmó Pam—. Allí hay algo. Parece una cabaña.

Aproximándose al lugar, tan silenciosamente como pudieron, distinguieron una pequeña choza, casi escondida entre los árboles.

—Buen escondite. Seguro que es del ladrón —dijo Pete.

Cautelosamente, se aproximaron y vieron que la cabaña no debía de tener más que una habitación. La fachada era un pequeño porche, casi derruido. Pete subió silenciosamente al porche y miró por una ventana rota.

—No hay nadie dentro.

Pam abrió la puerta y los tres entraron. En el centro de la habitación había una mesa vieja y una silla destartalada. En el suelo, junto a la mesa, había un sobre que Pete recogió. Muy nervioso, enseñó a los demás aquel sobre en el que se veía un nombre y una dirección:

BO STENKLE
Lista de Correos
STONY POINT

—¡Seguimos la pista buena! —gritó Pete con entusiasmo, mientras se guardaba el sobre en el bolsillo—. ¡Éste es el escondite de Bo Stenkle!



Apenas había pronunciado aquellas palabras, cuando en la parte trasera de la choza se oyó una especie de crujido. Pete se lanzó a abrir una puertecilla trasera con el tiempo justo de ver a alguien que corría entre las matas.

—¡Ahí está! ¡Hay que perseguirle! —chilló el muchacho.

Pete corría a toda prisa, empujando a un lado las matas y las ramas bajas de los árboles. Pam y Tinker iban detrás. Parecía que estaban a punto de alcanzar al fugitivo, cuando Pete dio un traspiés en unas zarzas y se cayó de cara al suelo.

La caída dejó sin respiración a Pete, que permaneció unos momentos en el suelo, hasta que llegaron Tinker y su hermana y le ayudaron a levantarse.

Para entonces, el que huía había avanzado mucho y, cuando sus perseguidores reanudaron la carrera, oyeron zumbar una lancha motora.

—¡Se ha ido! —exclamó Pam, con desaliento.

—Todavía no —dijo Pete, corriendo delante de sus compañeros.

La embarcación se había separado unos diez pasos de la orilla y Pete corrió hacia allí, zambulléndose en el agua. Se acercó y logró cogerse a uno de los lados de la barca, que ya estaba entrando en aguas más profundas.

—¡Eh, tú! ¡Sal de ahí! —ordenó el de la barca, con voz ronca.

Pete siguió sujeto a la embarcación, mirando fijamente al hombre. Éste tenía la cabeza pequeña y el cabello negro y erizado. Los ojos muy juntos, la nariz delgada y la boca de expresión cruel. ¡Aquél era Bo Stenkle!

—¡Vete! —volvió a ordenar el hombre, acercándose a Pete.

—No me iré hasta que usted se entregue —dijo valientemente el muchachito, saltando al interior de la barca.

Bo Stenkle dio un gruñido y, con la rapidez de un rayo, lanzó su mano huesuda contra Pete. Pete recibió el golpe en el pecho, se tambaleó y cayó de espaldas al agua, desapareciendo de la vista.

Al ver aquello, Pam dio un grito de angustia.

—No te preocupes —la tranquilizó Tinker—. Pete es un buen nadador. ¿No es eso?

Pero el muchachito no salía a la superficie y la embarcación se alejó rápidamente.

—¡Ay, qué miedo! —murmuró Pam—. ¿Y si ese hombre ha

dejado a Pete sin sentido?

En aquel momento vio la cabeza de su hermano saliendo a la superficie; con fuertes brazadas, el chico alcanzó la orilla.

—¡Oh! Creí que te habías ahogado —exclamó Pam, mientras su hermano caminaba por la orilla, chorreando agua.

—He nadado por debajo del agua para que Bo no pudiera verme —explicó Pete.

—Entonces, ¿era Bo Stenkle? —preguntó Pam.

—¡Claro! ¡Y aún podremos cazarle!

Los niños decidieron que lo mejor era volver a Shoreham y contar a la policía cuanto sabían de Bo. Los tres saltaron a su barca y la pusieron a toda velocidad, hasta que fue tan de prisa que la proa se levantaba un poco del agua.

—Llevaré la barca al desembarcadero de la policía —decidió Pete, que al cabo de un rato detuvo el motor.

—Lo mejor será que yo vuelva a la tienda —dijo Tinker, añadiendo con una sonrisa—: Esto ya lo podéis solucionar solos. Verdaderamente, sois unos detectives estupendos.



Tinker se marchó y los dos Hollister se dirigieron al cuartelillo de policía. El oficial Cal Newberry estaba de guardia.

Hola, jovencitos —les dijo—. ¿Qué deseáis de mí?

Pete y Pam le contaron rápidamente todo lo ocurrido: la isla era el escondite del ladrón. Creían que el nombre del ladrón era Bo Stenkle…

—Aquí tenemos las pruebas —dijo Pete, ofreciendo orgullosamente al oficial el sobre y el sombrero rojo.

—Eso es asombroso —declaró Cal, tomando rápidamente nota de todo—. Me alegrará dar con el ladrón.

Cal les dijo, después, que era nuevo en el departamento y que estaba deseando resolver algún misterio verdaderamente importante. A lo mejor aquélla era su oportunidad.

—Además —añadió—, no podemos permitir que un individuo como Bo Stenkle ande suelto por Shoreham. Voy a ver si tenemos ficha de ese hombre.

Cal abrió un archivo y estuvo mirando gran cantidad de documentos. Por fin exclamó:

—Sí. Aquí está su nombre y su fotografía.

—¡Es ese hombre! —anunciaron los dos Hollister a un tiempo.

—El año pasado cometió una fechoría en Stony Point —dijo Cal —. Robó un caballo a un granjero y le descubrieron. Pero la pena que le impusieron fue pequeña, porque aquél era su primer delito.

El joven oficial cerró el archivo y se acercó al teléfono. Mientras marcaba un número, dijo a los niños:

—Estoy llamando a la Patrulla Fluvial para que acentúen la vigilancia de la isla Zarzamora desde el lago. No voy yo mismo, porque esta tarde tengo que permanecer en el cuartelillo.

Cal habló con el oficial de la Patrulla Fluvial que contestó a la llamada, poniéndole al corriente del misterio que estaban resolviendo los Hollister. Indicó que debían trasladarse dos hombres a la isla y pidió que le notificasen, en seguida, si se encontraba al ladrón.

—Nosotros nos iremos a casa —dijo Pam, marchándose con Pete.

Al oscurecer, los Hollister miraron hacia la isla Zarzamora. Por todas partes se veían brillar luces.

—Es la policía —dijo Pete.

¿Tendrían suerte y atraparían a Bo Stenkle?

Por la mañana, todos aguardaban ansiosamente que Cal Newberry les diese alguna noticia. Sonó el teléfono y Pete se apresuró a contestar.

—El oficial Cal al aparato —dijo una voz—. Acabo de recibir un mensaje por radio de nuestra Patrulla Fluvial.

—¿Qué dicen? —preguntó inmediatamente Pete.

—No encuentran a nadie. Ahora regresan. Co vendría que vosotros hablaseis con ellos cuando desembarquen en el muelle de la policía.

—Muy bien. Iremos —contestó Pete, colgando el auricular.

El señor Hollister no se había marchado aún al «Centro Comercial» y Pete preguntó a su padre si podía llevarle en la

furgoneta hasta el desembarcadero de la policía. Pam y Ricky también quisieron ir.

El señor Hollister consintió en llevarles.

—Sue, Holly y yo vamos a ir de compras a la ciudad —dijo la mamá—. Supongo que nos llevarás también en el coche.

—De acuerdo —contestó su marido.

Dejaron a Zip atado cerca del garaje y después de darle el desayuno, se marcharon en la furgoneta.

Poco tiempo tardaron en llegar al desembarcadero y una vez allí Pete, Pam y Ricky salieron del coche y se despidieron de los demás. La motora de la policía llegaba en aquellos momentos. En seguida, dos policías amarraron la embarcación y saltaron a tierra. Los niños se presentaron a ellos.

—De modo que sois los felices detectives Hollister, ¿no? Pues lamento deciros que no hemos localizado a Bo Stenkle.

—Pero más pronto o más tarde, daremos con él —afirmó el oficial—. No andará mucho tiempo suelto.

Ricky estaba muy interesado por la embarcación policial. Al darse cuenta de ello los policías preguntaron a los niños si querían echar un vistazo a la motora.

—Quiero mirar también por debajo —declaró Ricky—. Quiero saber si la hélice funciona también con una cinta de goma, como en las barcas de juguete que vende papá.

Como los policías mostraron extrañeza ante las palabras de Ricky, Pete les dijo:

—Está hablando en broma.

Los policías ayudaron a los chicos a subir a la embarcación. ¡Qué hélice tan grande tenía!, pensó Ricky. Además, les dijeron que el motor era tan potente que permitía a la embarcación ir mucho más de prisa que ninguna otra del lago.

—Ésta es nuestra radio. ¿Quieres hablar con el oficial Cal que está en el cuartelillo? —preguntaron a Ricky.

Al pecoso le gustó la idea. Cal se alegró de oír a Ricky y se echó a reír cuando el chico le dijo que también él sería policía fluvial.

Cuando los tres hermanos hubieron mirado todos los artefactos de la barca policial que les llamaron la atención, dieron las gracias a los policías y se marcharon a casa. Al llegar, quedaron asombrados de ver la puerta trasera completamente abierta.

—Debe de haber vuelto mamá —opinó Pete.



Pero no se veía a nadie.

—Estoy segura de que mamá cerró cuando nos marchamos —dijo Pam, preocupada—. ¡Debe de haber entrado alguien en casa!

Los niños pasaron de una habitación a otra, bus cando juntos al posible intruso. Miraron en los armarios y debajo de las camas, pero no pudieron encontrar a nadie.

—Hemos debido de equivocarnos —dijo Pete, mientras volvían al cuarto de estar.

De pronto, Pam se dio cuenta de que en la habitación todo estaba cubierto de un fino polvillo.

—¿De dónde será? —murmuró.

—Puede que de la chimenea —apuntó Pete, mientras iba a mirar, casi deseando encontrar a alguien en el humero.

Pero se equivocó. Tampoco allí había nadie.

—Ya sé —dijo Ricky—. Este polvo es del sótano. Vamos a ver.

Abrieron la puerta y los tres bajaron a toda prisa las escaleras.

¡Qué confusión había en el sótano! Se veían ladrillos desparramados por todas partes y el aire estaba lleno de un polvillo de cemento. Pete empezó a toser.

—¡Mirad! ¡Mirad! —dijo a sus hermanos—. ¿Veis la parte baja de la chimenea? ¡La han destrozado!

UN GRANERO INTERESANTE



Todo el suelo del sótano de los Hollister estaba lleno de ladrillos y partículas de cemento. En medio de todo aquello se veía una barra de hierro. ¡Mientras la familia estaba ausente alguien había entrado en la casa para destrozar la chimenea!

—¡Aquí ha estado Bo Stenkle! —afirmó Pete—. Mientras nosotros le buscábamos, él vino a nuestra propia casa.

—Y se habrá llevado también el tesoro —indicó Pam.

—Pues le seguiremos la pista y le haremos volver —resolvió tranquilamente Ricky—. Haremos que Zip siga su pista.

Inmediatamente, fueron al patio trasero y desataron a Zip. ¡Cuánto sentían ahora no haber dejado al fiel animal dentro de la

casa!

—¡Zip, sigue la pista de Bo! —ordenó Pete, soltando al perro pastor—. ¡Vamos, chico, sigue su pista!

Primero, llevó a Zip al sótano, dejándole que olfatease bien. El perro parecía comprender lo que querían de él. Cuando ya tuvo la pista, Zip corrió al exterior y fue andando con el hocico casi pegado al suelo.

Pete, Pam y Ricky siguieron al perro que atravesó el césped y se dirigió a la calle. El animal se detuvo en la parada del autobús. Entonces, levantó la cabeza y miró a Pete, como diciéndole que era allí donde terminaba la pista.

—Bo Stenkle debe de haber escapado en el autobús —dedujo Pam—. ¿Qué hacemos ahora?

En aquel momento, vieron llegar otro autobús. Se detuvo en la esquina, como si el conductor pensara que los Hollister querían subir. Pete preguntó cuándo había pasado el último autobús y el hombre repuso que hacía quince minutos.

—¿Y a dónde iba? —volvió a preguntar Pete.

—A Stony Point.

Cuando los chicos le hablaron de Bo Stenkle, el hombre repuso:

—Si el otro conductor le ha llevado en el autobús, os lo dirá.

Y sin más, el conductor se puso en marcha. Los niños tuvieron que esperar media hora. ¡Qué lentamente pasaba el tiempo…!

Los tres hermanos se sentaron en el bordillo hasta que, por fin, vieron llegar un autobús en dirección opuesta al primero. Cuando el vehículo se detuvo, su conductor contestó a los niños que, efectivamente, un hombre de las señas que ellos indicaban había tomado el autobús una hora antes en aquella misma parada.

—¿Y dónde se ha bajado? —preguntó Pete, muy nervioso.



—Al otro lado del lago. Cerca de Stony Point.

Cuando el conductor describió el lugar, los niños comprendieron inmediatamente que aquello era cerca de donde se había encontrado el furgón de mudanzas. Dieron inmediatamente las gracias al conductor y volvieron a casa corriendo, para telefonear al oficial Cal. Éste se entusiasmó al oír a Pete hablar de aquella nueva pista.

—Llegaré en seguida en el coche policial —anunció.

Los niños salieron fuera a esperarle.

No tardó mucho en llegar el coche patrulla de Cal. El automóvil dio un frenazo, deteniéndose en el camino del jardín y el policía bajó de un salto.

—Nos estamos viendo con mucha frecuencia últimamente, ¿verdad? —rió—. Y ahora, decidme dónde bajó del autobús Bo Stenkle.

Pete describió el lugar y el oficial Newberry dijo:

—Voy ahora mismo hacia allí. Supongo que venís conmigo.

Sin hacerse rogar, los Hollister subieron al coche de la policía. El oficial hizo retroceder el vehículo por el camino del jardín y en seguida se encontraron avanzando por la carretera de la playa que corría alrededor del lago. Poco después llegaban al otro lado del lago y tomaban una carretera lateral.

—Fue aquí —anunció Pete—. En este mismo sitio estaba el furgón que robaron.

El oficial detuvo el coche, conectó el emisor de radio y habló con el sargento del cuartelillo, diciéndole donde estaba y lo que hacía.

Por el altavoz se oyó una voz que decía:

—Si necesita usted ayuda, Cal, póngase en contacto con nosotros y le mandaremos a otro hombre.



—Está bien, sargento.

Los niños y el policía salieron del coche patrulla y en seguida empezaron a buscar huellas en las polvorientas zonas laterales de la carretera. Por fin, Pete descubrió la señal de un tacón de hombre en el polvo.

Eso fue suficiente para el oficial que, como era muy hábil en la búsqueda de huellas, encontró muy pronto las demás. Las pisadas iban por un espeso matorral que había entre los bosques de aquel lado de la carretera. El oficial dedujo que Bo Stenkle había tenido que huir atropelladamente.

—Sin duda, temía que alguien le siguiera.

Por fin, las pisadas les condujeron hasta un espacio despejado que se encontraba a alguna distancia del lago.

—Allí veo un granero —anunció Ricky—. ¿Cree usted que Bo está allí dentro?

—Eres un buen detective —alabó Cal—. Ése sería un sitio ideal para escondite de un ladrón.

Tomando muchas precauciones, el policía y los tres niños se abrieron camino entre las altas hierbas hasta el granero. Al llegar allí comprobaron que las puertas estaban cerradas con llave, pero uno de los tablones de la parte baja estaba roto.

—Voy a colarme por ese agujero y veré qué hay dentro —decidió el mayor de los hermanos Hollister.

—No hagas eso, mientras yo no esté seguro de que no hay peligro —le advirtió Cal.

A continuación, el policía enfocó el interior con la luz de su linterna y echó un vistazo.

—Parece que no hay nadie. Puedes entrar. Pero da en seguida un grito de advertencia si ves a alguien. Romperé la puerta, si es necesario.

Pete se tendió en el suelo e hizo pasar por el hueco la cabeza y los hombros. Luego se arrastró, introduciendo todo su cuerpo.

Dentro, la oscuridad resultaba fantasmal. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la poca luz, Pete vio algo que le dejó sin aliento.

¡En un rincón del granero estaba el resto de los juguetes robados!

Pete se acercó inmediatamente a la puerta de doble hoja y levantó la estaca de madera que la cerraba. Al entrar los demás, los

niños gritaron muy alegremente.

—¡Nuestros juguetes! ¡Nuestros juguetes perdidos están aquí!

—¡Qué contenta estoy! —exclamó Pam, acercándose en seguida a su escritorio, dentro del cual encontró su colección de muñecas extranjeras.

Pete recogió unos patines de ruedas, un trineo y un tobogán, alegrándose mucho de que todo estuviera bien conservado. A Ricky lo único que le interesaba era encontrar el desaparecido maletín de su padre. El oficial seguía mirando por todas partes, con la débil esperanza de que Bo Stenkle estuviese oculto en el granero. Al cabo de poco, subió por la escalera que llevaba a lo alto del henil y miró entre las balas de paja almacenadas allí.

Poco después, Pete miraba hacia arriba y se quedó contemplando a unos insectos que penetraban volando, por un agujero del tejado. Mientras los miraba, el chico vio, de pronto, una mano que aparecía por la ventana.

—¡Eh! ¡Allí está Bo Stenkle! —advirtió Pete—. ¡Va a escaparse!



Entretanto, el ladrón se había dejado caer entre la hierba, en una zona en que el suelo de la parte exterior quedaba mucho más alto que la superficie del granero.

Pete, Pam y Ricky salieron corriendo, mientras el hombre se ponía en pie. Ricky se agarró con las dos manos a las piernas del hombre, mientras Pam y Pete le sujetaban cada uno por un brazo.

EL TESORO



—¡Dejadme! ¡Dejadme! —gritó el ladrón.

El hombre manoteó y dio golpes con los pies, pero los niños siguieron sujetándole.

—¡No se escapará usted, Bo Stenkle! —advirtió Pete.

Al oír esto, el hombre se mostró asustado. ¿Cómo podían saber aquellos niños su nombre?

Entonces llegó Cal desde el granero y esposó al ladrón.

—Ya ha cometido usted bastantes delitos —dijo—. Bo Stenkle, queda usted arrestado.

Comprendiendo que no iba a valerle de nada, el hombre no ofreció resistencia al policía.

Cal dio las gracias a los niños por haber capturado a Stenkle.

—Habéis sido más eficientes que todo el Departamento de Policía de Shoreham.

Luego, se volvió a Bo Stenkle, añadiendo:

—En cuanto a usted, tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

Bo estaba temblando. No quería ir a la cárcel. Dijo al oficial que lo confesaría todo.

Antes de que hubiera tenido tiempo de decir nada más, se oyeron gritos al otro lado de los campos.

—¡Es mamá! —exclamó Pam—. Viene con Holly y con Sue.

Las tres llegaban acompañadas por otro policía y la señora Hollister se sintió muy tranquilizada al ver que sus tres hijos mayores estaban sanos y salvos. Estrechó entre sus brazos a Pam y acarició dulcemente a los muchachitos.

—¡Qué orgullosa estoy de vosotros! —exclamó, al ver que Bo Stenkle había sido capturado.

—Son unos verdaderos héroes —aseguró Cal—. Espero que no se haya asustado usted por la ausencia de sus hijos, señora Hollister.

—Estaba muy preocupada —repuso la señora—. Cuando llegué la señora Hunter me dijo que les había visto marcharse en un coche de la policía. Como no podía comprender qué había sucedido, telefoneé al cuartelillo. Y a papá también, hijitos. No tardará en llegar.

En el momento en que acababa de decirlo, se presentó el señor Hollister corriendo. Sus hijos le explicaron en seguida lo relativo a la captura de Bo Stenkle.

—Está dispuesto a hacer una declaración —dijo el oficial Cal—. Le escuchamos, Stenkle.

El detenido agachó la cabeza, avergonzado. Dijo que había estado viviendo en la isla Zarzamora. Un día, mientras iba de camino a Stony Point, vio el furgón a un lado de la carretera y sin ninguna persona dentro.

Como necesitaba dinero, Bo robó el furgón. Había vendido algunos juguetes y el aparato de riego, pero todo lo demás estaba en el granero.

—¿Hay también un maletín? —preguntó el señor Hollister.

—Sí.

—Enséñemelo.

Bo les condujo al interior del granero. Había escondido el maletín en un rincón del pesebre para los caballos. En seguida, el señor Hollister abrió el maletín. ¡Dentro estaba todo lo que le pertenecía!

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Entre tanto, Sue y Holly habían encontrado sus juguetes. Holly empezó a tocar el piano y Sue cogió en sus bracitos a tres muñecas a un tiempo.

—Papá —dijo Pete, acercándose al señor Hollister—, nos falta hacer una pregunta a Bo. ¿Qué ha hecho con el tesoro de nuestra casa?

Al principio, Bo Stenkle no contestaba.

—Vamos, hable —le apremió el oficial—. Ya tiene usted bastantes delitos de que responder. No se complique las cosas.

—Está bien —gruñó el detenido.

Y entonces explicó que había oído hablar del tesoro escondido en casa de los Hollister. Estuvo registrándolo todo, antes de que los Hollister fuesen a vivir allí, pero no pudo encontrar nada.

Pero, el día antes de la llegada de la familia, descubrió que algunos ladrillos de la chimenea del sótano parecían más nuevos que los otros y tuvo la seguridad de que era allí donde estaba oculto el tesoro. No tuvo tiempo de levantar aquellos ladrillos porque llegó la furgoneta grande a dejar los muebles.



Bo Stenkle huyó en seguida hacia Stony Point. Entonces fue cuando vio el furgón y lo robó, mientras los empleados estaban en el lago, dándose un baño. Como oyó decir que los Hollister no llegarían hasta más tarde, Bo volvió a buscar el tesoro, pero tampoco pudo encontrarlo.

—¿Y por qué estaba usted en el desván cuando nosotros llegamos? —preguntó Pete.

Bo contestó que fue por culpa de Zip. El perro había estado rondando de un lado a otro de la casa y Bo no supo por dónde escapar. Cuando alguien bajó al sótano, Bo subió por las escaleras secretas cuya existencia conocía. Luego, cuando Pete y Pam subieron al desván, él tuvo que bajar corriendo al sótano y escapar por la ventana. Entonces, Zip estaba dentro de la casa.

—Pero usted siguió entrando en nuestra casa, con la intención de levantar los ladrillos, ¿no es cierto? —inquirió el señor Hollister.

Bo admitió que había sido así, pero que en todas las ocasiones sucedió una cosa u otra que le asustó. Luego, cuando los niños dieron con las pistas de la isla Zarzamora, Bo comprendió que debía actuar rápidamente.

—Por eso decidí romper aquellos ladrillos, en la primera ocasión en que la casa estuviera sin gente.

—Y, cuando derribó usted los ladrillos, ¿encontró el tesoro? —se interesó Pam.

El hombre movió negativamente la cabeza, pero sus ojos relucieron con un brillo sospechoso.

—¿Está usted seguro de que no lo ha encontrado? —preguntó severamente el policía.

Pete, que miraba fijamente al ladrón, se dio cuenta de que cada vez que Bo decía que no con la cabeza, dirigía la vista disimuladamente hacia el granero.

—Me parece que este hombre no dice la verdad, oficial —dijo el muchacho—. A mí me parece que encontraremos el tesoro en algún rincón de este granero.

Al oír aquello, Bo hizo un esfuerzo por soltarse del oficial, pero Cal le tenía fuertemente sujeto.

—Creo que la corazonada de Pete va a ser cierta —afirmó el policía.

Pete fue al henil y subió por una desvencijada escalera de mano.

Decidió mirar primero entre las balas de heno que había cerca de la ventana por donde había saltado Bo.

Era un trabajo pesado el mover las balas de paja y el polvo, que se levantaba al buscar, hacía estornudar a Pete.

Pete encontró una vieja lámpara de petróleo y los restos de un arnés.

«Bueno», se dijo Pete. «Si Bo ha escondido aquí el tesoro, seguramente lo ha metido en algún rincón secreto».

Pero, a pesar de lo que pensaba, Pete seguía metiendo las manos entre las balas de heno.

Al fin tocó algo duro. Era un estuche que Pete sacó a toda prisa y, cargado con él, bajó las escaleras. Los ojos de Bo se abrieron tan grandes como platos al ver lo ocurrido.

—Creo que es el tesoro —anunció Pete, muy nervioso, tendiendo el estuche a su padre.

Mientras todos los demás miraban atentamente, el señor Hollister abrió el estuche. Estaba lleno de fajos de billetes de cinco, diez y veinte dólares.

—¡Eso es una fortuna! —exclamó el oficial Cal, perplejo—. No me extraña que Bo negase haberlo encontrado. Pensaba que algún día volvería y lo recuperaría para sí.



—¡Y ahora todo eso es nuestro! —gritó alegremente Ricky.

—No lo creas, hijo —le dijo su padre—. Esto no nos pertenece. Es del antiguo propietario de la casa, que lo escondió allí.

—Es de ese viejecito que ahora resulta que no anda dormido, ¿verdad, papá? —preguntó Holly, haciendo reír a todos.

—Le devolveremos su dinero —dijo la señora Hollister— y estoy segura de que le daremos una agradable sorpresa.

Cal sonrió, comentando:

—Ahora comprendo por qué la gente les llama a ustedes los felices Hollister. Les gusta hacer felices a otras personas y de ese modo son felices ustedes mismos.

Después de unos instantes de silencio, el oficial añadió:

—Otra cosa, jovencitos. Me habéis ayudado a resolver mi primer caso importante y tengo que daros las gracias. Puede que por esto consiga un ascenso.

Entonces, se despidió de los Hollister y condujo a Bo Stenkle a través de los campos, hasta donde estaban estacionados los coches de la policía. Los Hollister salieron detrás de él y subieron a su furgoneta.

Mientras se dirigían a casa, los niños iban cantando. Todos estaban alegres y nerviosos. Aquélla había sido su primera gran aventura en Shoreham. Habían resuelto el misterio de su nueva casa.

La pequeña Sue, que había estado con los ojos muy abiertos cuando se encontró el tesoro, hizo ahora un comentario.

—Ha sido un día muy «devertido». ¿Podremos hacer lo mismo mañana?

—¡Estupendo! —contestó Ricky—. ¡Yo te ayudaré a buscar otra aventura!

Notas

[1] Coatí o cuatí, especie de mono de color pardo y claro, propio de América meridional. < <